



Dirección: Purpleknight
 Producción: Purpleknight, GES,
 Dreiver, Rockero2000, Vortex,
 IrisMont, Alberto Minamoto,
 Silence, Alberto-M.
 Diseño y Edición PDF: Estigia.
 Publicidad: Germaine.
 Distribución Online: Estigia.

Nuevos Fics

My Hero Academia: La dama de la creación - "El comienzo de una heroína"

Por Alberto-M

Contenido

El monte cristalino - "Dioses"

Por Purpleknight

Fate/Excelsior - "El precio de la cumbre"

Por Vortex

Vampires & Zombies in Fearland - "El juicio"

Por Dreiver

Bleach Samsara - "Deathberry Returns 3"

Por Silence

Fate/Inferno - "Swords & Arrows"

Por GES

Pentaphobia - "Quarta: Después de la tormenta"

Por IrisMont

Star Wars: Los misterios de la fuerza - "Vacío"

Por Rockero2000

One Shot

"Estela"

Por Alberto-Minamoto

Este mes descansan...

Star Wars: La saga de Darth Morgul

Por Kojiro Mibu

My Hero Academia: Golden Days

Por marq96

En pausa indefinida

Solamente para tus ojos

Por RonSnow

Pet Shop of Horrors

Por X.Nagrién

Pokémon: Te elijo a ti

Por Alberto Minamoto

ÍNDICE

El monte cristalino - <i>“Dioses”</i>	03
Fate/Excelsior - <i>“El precio de la cumbre”</i>	21
Vampires & Zombies in Fearland - <i>“El juicio”</i>	36
Bleach Samsara - <i>“Deathberry Returns 3”</i>	47
Fate/Inferno - <i>“Swords & Arrows”</i>	55
Pentaphobia - <i>“Quarta: Después de la tormenta”</i>	66
Star Wars: Los misterios de la fuerza - <i>“Vacío”</i>	71
My Hero Academia: La dama de la creación - <i>“El comienzo de una heroína”</i>	76
One Shot - <i>“Estela”</i>	80

EL MONTE CRISTALINO

CAPÍTULO VII: DIOSSES

PARTE I

El recinto en donde se hallaban Drent y los cazatesoros, el mismo lugar donde estaba el gigante coloso atado a los muros, no transmitía sosiego en absoluto. No es que fuera un salón lúgubre, tétrico, emitiendo sonidos desgarradores, unos que anunciaban el porvenir de todo aquel que entrase en dicha morada. Solo era necesario un detalle para que ellos supieran que los planes de Eile distaban de ser algo inofensivo: ataúdes. Colocados alrededor de donde permanecía la joven en ese momento, estaban recubiertos de unos cristales apagados, como si los ojos de uno hubieran perdido su brillo. Y lo que hacía ella, aunque aparentemente sencillo, era algo que caía fuera del alcance de su comprensión. Manipulando una piedra preciosa con sus manos y mojándola de tanto en tanto en un cuenco de agua que tenía ante ella, observaban que, a ratos, Eile lograba hacer desprender un intenso fulgor de la misma piedra. Ahí esbozaba una sonrisa de satisfacción. Y cuando no, la fatiga se hacía notar. Dos de sus lacayos tocaban el cuenco con sus manos; en cuanto el agua formaba un pequeño remolino, las sumergían hasta que calmase. Seguían a rajatabla un ritual que les permitiría apropiarse más del poder divino.

Pero claro, eso los cazatesoros, y ni siquiera Drent, lo podían saber.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Barkeon, sin dirigirse a nadie en específico. Se mantenía inclinado hacia delante, sentado, agotado y adolorido por las heridas. Kait se había quedado adormecida, con la cabeza sobre su hombro, aún mareada por la lucha contra los Dadantuls. Zhaer era incapaz de apartar su mirada del coloso que había en el fondo, dándose cuenta de que realmente era un ser vivo, pues podía apreciar que respiraba. Gienn estaba asustada, atemorizada por aquellos ataúdes. En su mente solo había un posible final para su corta vida. Drent, inmutable. Arrodillado, maniatado como los demás pero con espalda recta y firme, había puesto toda su atención en aquella joven que había conocido años atrás, quien había sido parte del Clan de los Traviesos. Pudiera ser qué él supiera algo—. ¿Drent? ¿Qué hace la chica?

Pero no. Ni él lo podía entender.

—Buen hombre, en esta última luna he descubierto cosas que llevan escondidas desde hace siglos —dijo Drent de manera pausada, con una calma difícil de comprender por Barkeon—. Desenterrado una gran cantidad de secretos. Este no es uno de ellos. Sé algo de un pueblo bendecido, con capacidades superiores a los de un humano, ¿pero esto?

—Tú mismo eres un ejemplo.

—En efecto —se rió entre dientes—. Imagina lo asustado que estaba por necesitar luz, en una de las noches que estaba en mi forja, y percatarme de que mi propio cuerpo se iluminaba. Pensé que deliraba. Le conté a mi hermano; no me creyó. No era capaz de demostrárselo. No me volvió a salir, hasta tiempo después.

—¿Cuándo? —preguntó Barkeon, tras comprobar que Kait había vuelto a abrir los ojos. Escuchaba atentamente al caballero. Si no estuviera maniatado por la espalda, en ese momento la habría acariciado.

—Para entonces, ya me había adentrado en el bosque. Sentía una clara llamada en mis sueños. Visiones que primero hablaban de Marovir y que se cumplían. Luego hablaban del bosque y también se hicieron realidad. Para comprobarlo, tuve que irme del condado, por supuesto.

—¿Y has tenido una visión en la que salimos de aquí con vida? —Gienn formuló aquella pregunta como un desesperado ruego—. Dime que sí...

—La última vez que vi algo... —suspiró, recordando lo que había soñado—. Sí, fue una conversación que tuve con mi hermano. Ojalá supiera si él tuvo el mismo sueño que yo...

—Sí —afirmó Kait de un modo repentino. Todos enarcaron sus cejas, atentos a ella. Exceptuando Zhaer. Kait se incorporó y, en su mente, recolocó sus recuerdos, remontándose a la reunión que habían tenido con Orstyn y Jakobias—. Sí, él tiene esos sueños... ¿Te acuerdas Barkeon? Lo de Pyrel.

Al escuchar ese nombre, fue como si Barkeon estuviera teniendo aquella conversación otra vez. Se acordó del conde, titubeando y dudando de si compartir lo que consideraba una locura, unas simples pesadillas por el estrés que estaba atravesando. Entonces todo cuajó.

—¡Es cierto! Drent, le dijiste a Jakobias que Pyrel iba a morir, ¿no?

—Sí, hace bastantes días ya. Muchos, más de los que recuerdo. ¿Qué fue de él?

—Se cumplió lo que dijiste, según nos contaron Orstyn y tu hermano. —El cazatesoros esbozó una mueca de asco—. Murió de manera horrenda.

—Maldición, entonces sí que hablé con él anoche. ¿Tirei también murió, en vez de Rykalas?

—Murió ayer mismo —respondió Kait, extrañada—. O eso supongo, si estamos a día doce. ¿Cómo que en vez de Rykalas?

—Si eso se cumplió... —Drent ignoró la última pregunta. Palideció. Y, con los ojos como platos, dejó de respirar por un instante.

—¿Drent? ¡Drent! —gritó Kait—. ¿Qué pasa?

—Perdona —el caballero se sacudió la cabeza—. Cosas más. No creo que tenga importancia.

—Lo parece, Drent...

—Oye Zhaer, ¿estás con nosotros o qué? —Gienn golpeó hombro con hombro al ex-marinero—. ¡Hoolaaaa!

Como si se volviera a conectar con la realidad, bajándose uno de la misma luna, así regresó Zhaer de su ensimismamiento. Se sacudió la cabeza, apretándose los ojos y echó un último vistazo al coloso. Se dirigió a la pequeña del grupo.

—Esa cosa de ahí está viva, tía.

—¿Qué dices? ¡Si es una estatua na más!

—¿De dónde crees que salió el rugido? ¿No viste lo que la chica le hizo antes, con solo levantar la mano?

—Tiene razón —respaldó Drent—. Y me cuesta creerlo. ¿Qué será?

—Se parece a esas estatuas andantes de las que huíamos hace poco, Zhaer —comentó Kait, temblando aún, sobrecogida, a causa de los entes cristalinos—. Solo que este se ve más...

—... humano —completó Barkeon.

—¡Callad!

Cerca de ellos estaban otros dos de los súbditos, quienes les mandaron a cerrar la boca a menos que quisieran recibir unos cuantos golpes. Uno podría pensar que entonces callarían y esperarían pacientemente a que sucediera algo, pero Gienn es Gienn y Zhaer es Zhaer. Al escuchar la amenaza, la pequeña se alteró de mala manera, soltando una serie de improperios relacionados con ahorcarles usando sus propias entrañas. Por suerte, solo se ganó un fuerte patadón. De inmediato, Zhaer se levantó y embistió contra el agresor, mientras soltaba otra serie de agravios que palidecían ante los dichos por su amiga. El segundo súbdito, sin ganas, se encogió de hombros, se limitó a desenfundar su espada y la puso al cuello del peliblanco. En seguida lo hizo regresar con los demás. El súbdito debió soltarle alguna burla a su compañero, pues éste le replicó enfadado, al incorporarse.

Una brisa fría invadió el lugar.

De la puerta principal, aún cerrada, apareció una de esas criaturas cornudas. Un Dadantul. Con él, un águila de cola dorada posando en su brazo, que abría y cerraba sus alas constantemente. Parecía ser un hombre corriente, a pesar de los cuernos, pues su piel no estaba tan agrisada o azulada como el resto de la raza. En cuanto habló, Eile detuvo el ritual, puso el cristal en el cuenco y mandó a los lacayos a apartarse, aguardar. Se dio la vuelta, expectante. Esperaba noticias.

Hablando en un idioma diferente, el Dadantul informó de unos avances, ante los cuales la mujer respondía afirmativamente, cabeceando y notándose cada vez más eufórica. Tras unos breves intercambios, ella hizo una señal a los guardias que estaban al lado de la puerta para que la abrieran, dejando pasar tres escuadrones que vestían con las mismas prendas rojinegras. Los cazatesoros y el caballero se mantuvieron en vilo ante la llegada de estos, viendo que tenían un paso firme, decidido y coordinado, como un ejército de un reino en auge. Pararon todos en seco, a la vez. Eile mandó a los líderes de cada escuadrón a dar un paso al frente. Les comunicó una serie de mandatos y los envió a otra misión. Esperó a que abandonaran la sala para extender la mano, llamando al águila con ella, colocándose sobre su hombro. Rozó su ala con los dedos, hablándole.

De reojo, Eile vio a Barkeon. Se redirigió al Dadantul. Ella dijo; él escuchó, atentamente. Ella propuso; él aceptó, con gusto. Cuando los dos miraron al cazatesoros, ni él ni los otros se esperaban nada bueno.

—Barkeon, te están... —comenzó a decir Kait.

—Lo veo, querida.

—¿Por qué? ¿Qué quieren? —preguntó Gienn, nerviosa—. No te van a hacer nada, ¿no? Ay madre...

—Como te agarren, le vuelvo a embestir al cabrón...

—Lo aprecio, Zhaer, pero mejor contrólate. Vete a saber qué te harían esta vez.

—¡Tráiganlo! —indicó Eile, señalando con la mano—. A ese mismo. El de los ojos dorados.

—¡No! ¡No le toquéis! —gritó Kait, desesperada—. ¡Ni se os ocurra hacerle nada!

—Bueno bueno, me parece que estrenaré esta espadita... —amenazó uno de los súbditos.

—¡No es necesario!

Haciendo el silencio en toda la sala con esas tres palabras, Barkeon se apresuró a ponerse de pie, aunque le costara dolores hacerlo. Inspiró todo el aire que pudo y bufó. Aguantó los pinchazos de su cadera, se tragó todo el orgullo que pudiera tener un líder con varias victorias y descubrimientos a sus espaldas, y comenzó a cojear, gruñendo con cada paso. Los dos súbditos, con desinterés total, se pusieron tras él para asegurarse de que no se detuviese. Barkeon bien sabía que algo querían hacer con él; lo notaba claramente en los ojos de aquella chica. También dorados.

Como las de su hermana mayor. *Espero que estés bien, pensó. Incluso después de lo que nos hiciste. No te perdono aún...pero no deseo otra tragedia en mi familia.*

Tremoló el suelo. En seguida los súbditos, lacayos y guardias pusieron las manos sobre las empuñaduras, dispuestos a desenfundar. Eile alzó la mano, mandándoles a que no hicieran nada. Cerró los ojos. Escuchó. Los abrió. El monte volvió a la calma.

—Ya está. Por un momento, se me escapó un Ixalo del control —indicó con la cabeza que todos descansaran—. Volvamos a ti, muchachito. Siéntete honrado por ser el primero de muchos. O más bien el segundo.

—Sea lo que sea que vayas a hacer, no te saldrás con la tuya —respondió Barkeon, temerario. Luego miró aquellos ataúdes; ya no estaba tan seguro de lo dicho.

—¡Uh, qué tipo! ¿Qué te hace pensar en eso? —reparó su reacción al ver los ataúdes—. ¿Crees que están de adornos? No es necesario que te mees encima, niño. Están todos ocupados.

—¿Por qué nos tienes aquí, entonces? ¿Cuáles son tus planes? Marovir, las desapariciones, los asesinatos... Este lugar. ¿Qué eres?

Eile se puso pensativa, midiendo bien sus próximas palabras. Se dio una vuelta lenta, caminando alrededor de Barkeon, dejando ir al águila. Se detuvo a su lado.

—Apenas hay tiempo pero, ya que te usaré para experimentar, supongo que te debo algo a cambio. Aun cuando no vayas a recordar nada dentro de poco. Ven conmigo.

La mujer rubia fue adonde el cuenco con la piedra sumergida en agua y le dijo que se pusiera al otro lado. En cuanto se acercó, Barkeon apreció que el agua emitía luz, como si tuviera luciérnagas sumergidas con la piedra. El líquido ondeaba, pero la piedra se mantenía intacta.

—Mírala bien.

—¿El cristal?

—Sí. ¿Cómo es?

—No tiene color. Parece ser transparente.

—Lo es. Ahora, observa bien.

Eile metió las manos en el agua y agarró la piedra. En cuestión de segundos, el agua se agitó más y más, hasta el punto de casi salirse del cuenco. Entonces, el cristal desprendió otra vez ese fulgor que había visto antes. La mujer apartó las manos e inmediatamente todo volvió a la normalidad.

—¿Y ahora? ¿Qué viste?

—El cristal se encendió.

—En efecto. —Eile rodeó el cuenco para volver a ponerse a su lado—. Esa piedra posee un poder adormecido, esperando a ser despertado. Está aquí ahora encerrada, bajo un monte cristalino que la contiene. Sin embargo, un día, como una oruga en su crisálida esperando a ser una bella y libre mariposa, su poder se liberará, rompiendo la crisálida, y se mostrará al mundo en todo su esplendor. —Pausó su corto discurso, disponiéndose cara a cara con Barkeon—. Jovencito, yo soy esa mariposa. Somos esa mariposa. Con una diferencia. Nosotros no nos metimos en la crisálida por voluntad propia. Y por ello, no saldremos de ella para ser parte de la vida de afuera, sino para que ellos sean parte de la nuestra. Eso es todo lo que tienes que saber.

—¿Y no podríais simplemente salir?

—Dices eso porque desconoces la historia. Todo a su debido tiempo, jovencillo. Aunque, lamentablemente, tú jamás lo llegarás a conocer. Atelbi, ven.

El Dadantul se acercó por el otro lado, dejando a Barkeon totalmente rodeado. El cazatesoros no presagiaba algo bueno.

—Ahora hablemos de lo que quiero saber —dijo Eile.

—No te diré nada.

—Eso esperaba. Por eso serás mi experimento. Verás, no soy una persona normal y corriente. Poseo algunos dones... peculiares. Aún estoy aprendiendo, pero un dios —vio la reacción incrédula de Barkeon—, sí, un dios me dio el don de tejer la realidad. Uno que da muchos dolores de cabeza y complicado de usar, pero que se torna útil por momentos. Todo el que entre a este bosque, entra a mi mente, al sueño que yo misma perfilo y moldeo conforme a mi voluntad. Y como todo aquí forma parte de mi plano, hay instantes en que puedo conocer más allá de lo que uno ve, oye y siente. Arduo trabajo, dada las dimensiones. Por ello me llaman La Tejedora.

A cada palabra que pronunciaba ella, Barkeon se veía en mayor desesperación. No daba crédito al hecho de que, dos días atrás, solo era parte de un grupo de amigos muy queridos que buscaban a Xoei. Saber que en Marovir habían desaparecido tantas personas, y que un par de ellas habían sido asesinadas, habían logrado desconcertarlo; en el poco rato que llevaba en aquel monte, aquellas palabras habían conseguido volcar su vida completamente. Para mayor carga, sentía también el peso de su pasado.

—Gracias a eso, he sido capaz de verte tal como eres. Sé que eres noble, Barkeon Arathor del reino de Kumu. ¿O debería llamarte por tu nombre real?

—Ni se te ocurra...

—¡Jajaja! Ni se me había pasado por la cabeza —dijo, exagerando sus expresiones, muy teatreras—. Realmente no me interesa jugar contigo. Como dije antes, apenas hay tiempo. Planeo dar una visita a Kumu en un futuro y me vendría bien conocer de antemano ciertos detalles de ese reino. Atelbi, adelante. Entra en él y saquea lo que haga falta.

—A sus órdenes —respondió el Dadantul.

—Espera, ¿qué vas a...?

Sin previo aviso ni demora, el Dadantul se lanzó hacia Barkeon, quien por acto reflejo se tiró de espaldas, sobre el cuenco con el agua y el cristal. Antes de tirarlo todo y de toparse con el

suelo, notó como aquella criatura cornuda se metía dentro de él, sintiendo una sacudida violenta.

Dejó de apreciar bien sus alrededores. Lo último que vio, antes de pasar a completa oscuridad, fue el rostro de su querida gritando por su nombre.

* * *

—... y claro, así no hay manera de hacerla entrar en razón. Tu hermana está totalmente cegada por el poder. Hasta busca oportunidades en las desgracias ajenas, con tal de subir escalones en la nobleza. Y tu hermano mayor, el segundo, o sea Farelis, peor aún. ¿Te acuerdas del día que te hablé sobre el desamor entre el príncipe Nepatiel, de Aldir, y la bailarina Cyloa, de Lonta?

—Como si fuera ayer.

—Pues el imbécil de tu hermano fue el que lo provocó. Créeme que lo sé. O sea, adivina quién se ha comprometido con esa bailarina.

—Ya, claro. No estarás precipitándote, asumiendo lo primero que pasa por tu cabeza, ¿no?

—¡Qué va! Me aseguré de ello. Lo anunciarán en breves por todo lo alto, con el aniversario de la fundación de Kumu. No se le pasa la oportunidad de restregárselo al príncipe otra maldita vez. Seguro se ríe en cuanto vea la cara del príncipe, toda roja como un tomate de la vergüenza. Y te pregunto, que eres hombre inteligente: ¿qué conseguirá tu hermano con esta movida suya?

—Nada, amigo mío. No es que Farelis pueda conseguir nada con ello. Mi familia no es de sangre real, y ella es tan solo una bastarda del rey de Lonta, quien tiene como ocho hijos legítimos. Uno más, uno menos. Perdí la cuenta.

—¿Estás de broma, tío? ¡Si Farelis es un puto genio maniático! Le subestimas. Pensé que le conocías mejor, al ser tu hermano. Te explico. Es verdad que Cyloa es tan solamente una bastarda, pero una muy respetada. De las pocas personas que se ha visto beneficiada por dicho estatus. Total, que Farelis se casa con Cyloa, dejando en evidencia al príncipe Nepatiel quien, para colmo, es hijo único de un rey que ya está en las últimas. Mucho durará este señorito hasta tener otra oportunidad, pues así de cabrona es la nobleza con los chismes y los estigmas. Entretanto, tú bien sabes que, con su Legión Suprema de Exploradores de Kumu, que menudo nombre más mierda, pedante y arrogante, por cierto, tu hermano irá de visita a... ¿dónde? Dímelo, anda.

—Aldir.

—¡Aldir! Coño, es que no hace falta ni que te diga qué planes tiene en mente.

—Deliras. Aparte, seguramente le pillarían y eso lo sabe él. No es tan inteligente borrando su rastro si no se trata de huellas en tierra, fogatas y recursos gastados, incluso si asesinase contratando a un tercero. Y se haría muy evidente al haberse casado con Cyloa recientemente. No, Tober. Van allá para reclutar en su cruzada al norte. Sabe que tiene más oportunidades para encontrar gente en ese reino que aquí. ¿Quiénes se atreven a aventurarse en la Cordillera Gélida? Ellos y poca gente más. Tal vez algún haarkí que otro, o un grupo de nómadas imprudentes y locos de remate. Los aldinós se saben todos los peligros como la palma de sus manos. Mi hermano, Farelis, es de todo menos un santo, eso es verdad, pero ha mostrado un deseo de honrar a nuestro padre y ganar respeto hacia nuestro apellido, en su anhelo por crear una dinastía de exploradores. Imagínate: al frente de una legión que viaja bajo el estandarte kumeño y alдино, para luego volver con conocimientos invaluables de la región de Solarias. Y quién sabe si con nuevos aliados.

—Tal vez tengas razón... Diantres. Espero la tengas. ¿Y qué hay de ti? ¿Te sumará al sueño de tu padre e irás a algún lugar?

—Jamás me iré de Kumu. No me interesa el mundo de afuera.

—Nunca digas jamás...

Tras acabar aquella conversación, Barkeon se percató que estaba en una especie de visión, en la cual no podía ser más que un mero espectador. Se sentía como un ser incrustado en otro, un simple observador dentro de su cuerpo, moviéndose y hablando por sí mismo. No podía hacer nada.

Caminaba junto con Tober, un viejo amigo suyo con quien se crió desde pequeño. Se dirigían a la cima de las montañas noroeste de Kumu, nombrado Pico del Águila, pues ahí se podía ver todo el reinado desde arriba. La senda era empinada y requería un esfuerzo tal que pocas personas se animaban a subir las cuestas, a menos que planearan estar todo el día allá. Aún cuando uno acababa agotado al llegar, al fin, en lo alto de la montaña, la sonrisa de satisfacción era incomparable. No solo por los riachuelos y las fuentes de agua que se encontraba uno en el trayecto, o por las bellas plantas y mares de árboles caducifolios que coloreaban el panorama, sino por la vista final. En especial si subías temprano en la mañana, aunque perdieras la experiencia de todo lo anterior, por la oscuridad matutina.

Pues ahí, a primera luz del día, el sol asomaba en el horizonte, bañando el reino como un manto suave, deseándole una pacífica y grata amanecida a todos los kumeños e invitados, soplando un viento apacible como la caricia de una madre. Y ahí, en ese mismo Pico del Águila, fue donde Tober y Barkeon suspiraron, casi al unísono.

—Valió la pena no dormir.

—Y que lo digas, Tober.

Permanecieron en silencio. Barkeon volvió a quedarse pasmado ante tal maravillosa vista, como sucedió antaño junto a su viejo amigo. Al borde de un precipicio de larga caída, era testigo de la grandeza de un reino en torno a la cual giraba la región de Kandes. Ciñéndose a los hechos históricos recopilados, fue el primero en establecerse en aquella porción del planeta, creciendo, expandiendo y enriqueciéndose a un ritmo sin par. Gente de pueblos asentados en las cercanías se sumaban día y noche al llamado de una unión bajo un solo estandarte. Una bandera que reinaría con fuerza, poder y renombre que alcanzase hasta más allá de las fronteras de la región. Con el paso de dos milenios, Kumu se tornó tan inmenso que el rey de entonces optó por frenar su expansión y levantó murallas. Quiso centrarse en seguir siendo sostenibles con sus propios recursos y expandirse a través de condados, mientras negociaba con el resto de reinos que fueron surgiendo con el paso de los siglos. Tú me das esto, yo te doy lo otro. Tú me apoyas en esta propuesta, yo te apoyo en tu ascenso en la realeza. Yo te presto mis hombres en tus batallas, tú me das tributo. Dicho rey fue inteligente, sabiendo dónde aportar, qué construir, cuándo aparecer y con quién estar. A quién invitar y a quién no. Lamentablemente, a causa del orgullo, avaricia y de la excesiva confianza de los nobles y gobernantes, aquella inteligencia no fue algo que se transmitió de una generación a otra. En el tercer milenio, solo hacía falta que uno trajera o fuera algo único para ser recibido en el palacio real, con los brazos abiertos y un sonrisa de oreja a oreja. Porque nadie puede con nosotros. Y de ese privilegio ha habido sequía durante más de medio milenio.

Barkeon dejó de pensar. De recordar. Aunque ya era tarde. Había caído en la trampa.

De súbito, su amigo desapareció de la visión. Su propio cuerpo se agitó y, sorprendido, recuperó el control del mismo. Movi6 los pies, los brazos. Escuch6 unos pasos. En el lugar donde estaba Tober, apareci6 aquel ser que invadi6 su cuerpo en el monte. El Dadantul se plant6 ante el precipicio, mirando el amanecer.

—Mala suerte, Barkeon —dijo, cruzándose de brazos y mostrándose más serio de lo que el cazatesoros se esperaba—. Ya sé todo lo que hace falta.

—Te juro que...

—No puedes hacer nada. Estás aquí atrapado conmigo. Solo Eile podrí­a hacerlo y dudo que entre en sus planes.

La mano de Barkeon fue a parar hacia su costado, buscando la empuñadura de la espada que no llevaba. Se lament6 y gruñ6, sintiéndose impotente. Ya no se veía solamente limitado allá afuera, con su brazo roto y la cadera que bien pudiera ser que se hubiera dislocado. Eso se temía él. Ahí dentro, en su cabeza, tenía la sensaci6n de ser ahora un mero prisionero de un invasor. Debía salir. Sea como sea. Tal vez lanzándose por el precipicio... o llevándose al Dadantul con él.

—¿En serio? Eso no funcionará.

—Ahora lees mi mente —dijo Barkeon, bastante alterado.

—¿Cómo no voy a leerlo si estoy en tu cabeza? Idiota. Mira, ¿sabes qué? Te voy a ahorrar el sufrimiento. Voy a usurpar tu voluntad y dejarte como un cuenco vací­o. No te preocupes; no dolerá nada.

—¡Ni se te ocurra acercarte!

—¡Oh! No me es necesar...

Contra todo pron6stico para el Dadantul, sintió una especie de presencia abrumadora que lo hizo gritar y hacerle caer de rodillas. Por un breve instante, estando totalmente confundido, Barkeon no sintió nada, hasta que de golpe y porrazo algo le tir6 por el precipicio.

Mientras caía, veía figuras inmensas pero difíciles de discernir. Una de color marr6n. Otra de color verde. Tambi6n una casi transparente; juraba que se asemejaba al coloso del monte. Luego, una amarilla. Fugazmente, crey6 ver a su querida Kait, gritando otra vez por su nombre y forcejeando contra uno de los súbditos. Asegur6 percibir a Eile moviendo sus brazos, batallando contra los que debían ser los Ixalos. A Gienn y Zhaer desatándose, agarrando armas, corriendo. A Atelbi, el Dadantul, esfumándose tras un muro, huyendo despavorido. Los lacayos y guardias siendo superados sin poder hacer frente ante sus adversarios. Y a Drent emitiendo haces de luz con sus propias manos...

¿Quién cojones está con Drent?

Ni pudo tener un segundo para fijarse. Había dejado de caer y ahora estaba en pie, en una carretera que reconoci6 al instante. La frontera este de Kumu, donde las construcciones se tornaban más rurales en comparaci6n al resto del reino, se consideraba el rinc6n más agradable para un buen puñado de kumeños, incluso de extranjeros. Las presiones de la nobleza eran mínimas; las intenciones malévolas, inexistentes. De ahí sali6 el dicho de *quien sana la tierra, sana tambi6n su coraz6n*. Raras eran las veces en que alg6n incidente sacudía la

paz de los granjeros, agricultores y humildes mercaderes, artistas, gente sencilla; y, si lo hacía, poco duraba.

Allá en la carretera, Barkeon y su hermano Farelis protagonizarían uno de los incidentes más desgarradores que podría enfrentar una familia. Para colmo, aquel día llovía. En exceso.

—¡Asor!

Volver a escuchar su nombre lo dejó sin aliento.

—¡Asor! Levanta esa cabeza y atrévete a dar la cara, hijo de la gran puta. Y con perdón de nuestra madre.

Alzó su cabeza y vio a su hermano Farelis, en el otro lado de la carretera. Junto a tres amigos suyos, los cuatro estaban ahí, vestidos de cualquier manera y empuñando mandobles. Farelis dio un paso. Los demás le siguieron. Barkeon, prácticamente helado, se fijó que ahora tenía una espada en mano. Y habló solo.

—No sé qué te han dicho, Farelis, pero no es verdad...

—¡Pero qué cojones me vas a contar tú, cabrón! Primero que no tenías ni interés en sumarte a las filas de los Gladiadores de Kumu y, cuando estoy a poco de ingresar, tienes las putas narices de alistarte y dejarme por los suelos en un duelo singular. ¿Es que no te bastó con esa humillación, que ya me dura cinco años? ¿Tenías que matar a mi propia prometida? ¡Yo la quería, joder! ¡No era una fanfarronada de mierda de esas que hacen esos harpías, no! ¡La quería de verdad! ¡La amaba más que Nepatiel y nadie más!

Entre tanto que hablaba Farelis, sus compañeros rodearon a Barkeon al completo. Lo tenían acorralado, sin opción a escape.

—No lo hice... no maté a Cyloa...

—¡Cállate! ¿Sabes cómo murió? Joder, ¡claro que lo sabes! ¡Tu propia daga! ¡La que nunca dejas de lado ni permites que nadie la toque! Y ahora dime, ¿dónde la tienes? ¿Eh? ¿Dónde la tienes!?

Razón no le faltaba. No la tenía ya.

—Sé lo que parece, pero déjame explicarte...

—¡Al carajo tus explicaciones! ¡Matadlo!

Aquel momento fue confuso. Duro. Triste. Barkeon no quiso matarlos; no tuvo opción. Le fue difícil medir sus tajos, su fuerza. Y ellos estaban torpes, no solo por la lluvia, sino porque mostraban claros signos de haber bebido. Aparte, estaban furiosos.

No quiso matarlos, pero uno no puede resolver solo con intenciones.

En un abrir y cerrar de ojos, se halló ante el cuerpo de su difunto hermano, desangrado por numerosos cortes por todo el torso y las extremidades. Se fijó en su brazo cercenado. Maldijo en voz baja. Lloró. Sollozó. Gritó a toda voz. Entonces se hizo el silencio. Cesó la lluvia.

Un cuervo con ojos rojos se plantó ante él. Graznó. Se esfumó.

—Buen trabajo, hermanito... buen trabajo.

Los ojos de Barkeon se abrieron de par en par al escuchar aquella voz. Sus manos se cerraron en puño. Las casas rurales de los alrededores se deshicieron; la tierra bajo sus pies desapareció. Quedó solo, tendido en la nada. Apareció ella.

—Vikla...

—Asor —los ojos de su hermana penetraban como el veneno de una serpiente, su voz le resultaba amargo al cazatesoros—. Como dije, buen trabajo.

—¿Qué has hecho?

No dijo nada. De su espalda, sacó un objeto. Una daga única, de plata y con incrustaciones esféricas, tres diamantes de color blanco, rojo y negro. La daga de Barkeon. Comprendió entonces lo que sucedió. No hizo falta que ella le contara nada, pero le asolaba una pregunta.

—¿Por qué?

Despierta Barkeon.

¿Qué?

Despierta, mi amor.

¿Me oyes?

Mírame, por favor.

Barkeon. Aquí. Justo aquí.

¿Kait? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

Aquí delante.

Por favor... mírame.

Llevas varios días así, querido.

Por favor, despierta.

¿Kait? ¿Cómo que varios días? No... no entiendo.

Tenuemente, las figuras verde y marrón que vio antes, mientras caía, se le aparecieron otra vez ante él. Seguía sin discernir bien sus siluetas ni lo que hacían, pero tuvo la sensación de que uno de ellos extendió la mano para tocarle en la frente.

Regresó en sí. Delante estaba la mujer de ojos de fuego, la ex-cazadora, su querida Kait Barangar, nativa de Marovir. Ella esperaba una respuesta suya. Detrás de sí estaba Drent, en pie, suspirando de alivio al ver que Barkeon reaccionaba.

—Kait —dijo él—. Al fin volvió.

—¿¡Sí!? —gritó Kait, emocionada y contenta—. ¡Barkeon! Responde, por favor.

—¿Kait?

—¡Sí, soy yo! —le besó varias veces y le abrazó—. Me has tenido muy preocupada. Desde que escapamos del monte, te has quedado extraño. Tenías los ojos abiertos muchas veces pero no decías nada, ni reaccionabas, ni respirabas casi, y luego ni siquiera parecía que respondieras a cualquier cosa que dijera yo, o que te hiciéramos, que Zhaer como siempre aprovechándose para alguna bofetada, ya se lo devolvía yo, pero igual, nada servía, nada de lo que probamos, ni echándote agua, ni tratando de darte de comer, porque es que encima es eso, ¡llevas sin comer varios días! ¿Cómo te sientes? ¿Cómo estás? ¿Tienes hambre? ¿Mareos? ¿Qué? ¡Dime algo!

Ella decía muchas palabras, muchas frases, lanzaba preguntas, pero Barkeon no parecía entender nada de lo que decía. Le estaba costando asimilar lo sucedido, estando aún bastante aturrido y teniendo la imagen vivaz de su hermana mayor devolviéndole su preciada daga. De su boca solo salió:

—¿Qué acaba de pasar, Kait?

PARTE II

El pueblo de Marovir lo tenía difícil para pegar ojo en aquella noche del día doce. Habiendo pasado solo medio día desde el incidente con los consejeros, la verdad es que no sabían aún a ciencia cierta qué había sucedido exactamente en dicha reunión. Eso no impidió que los rumores comenzaran a correr de una punta a otra, tras ver a un apurado Rohfur Jodinhais llevando en brazos a una inconsciente Ehnil Shair, quien acababa de perder un ojo, hacia el hospital principal; al poeta Eien Shair, conocido como El Tulipán, corriendo con todas sus fuerzas para ver a su esposa recién hospitalizada; a guardias reposicionándose de manera provisional en diferentes puntos del condado, poniendo especial atención en el portón sur, donde relegaron a un ajetreado y enfadado Sargento Eken; y a los cuatro cadáveres siendo sacados de la residencia del Conde Jakobias, cuyos nombres sonaban en cada boca maroviana.

Volod, Anveld, Zevi y Rykalas.

Se precisaba un comunicado. Levantando oficial y definitivamente el toque de queda, para sorpresa de muchos por lo ocurrido, Jakobias Boledain llamó al pueblo a reunirse en la Plaza del Conde a la hora de la tarde, para luego pedirles que volvieran a sus casas y siguieran con sus vidas lo mejor que pudieran. Entrada la noche, su discurso, breve y conciso, aún seguía resonando en la cabeza de la mayoría.

—¡Pueblo de Marovir! —esperó a que la multitud se acallara, lo cual tardó un rato. A la gente le costaba disponerse a estar quieta en tiempos así. En cuanto se hizo el silencio, infló su pecho, tomando todo el aire posible. No podía calmarse. Sus manos temblaban—. Mi amado pueblo. Marovianas y marovianos. Damas y caballeros. En las últimas lunas nos hemos enfrentado a nuestras peores pesadillas. Al parecer, están lejos de terminar. Como habréis visto y no dudo que también escuchado, en esta mañana la reunión de consejeros no ha resultado como imaginábamos. Llamando a cuatro sospechosos para escucharles y luego declararles sentencia, la sesión tomó un giro inesperado. Seré breve, directo. Estáis confusos y necesitáis explicaciones. Lo sé. El cazador Volod y el agricultor Rykalas, con ayuda del Sargento Zevi, han sido los culpables de la muerte del pintor Pyrel y del bibliotecario Tirei Finael —al pronunciar aquellas palabras sentenciadoras, se formó un barrullo con la gente hablando entre sí, algunos dejándose llevar por la histeria. El conde pidió calma. Tardó otro buen rato—. Al

verse acorralados por las pruebas en su contra, decidieron pasar a la acción, cayendo en combate por la mano de nuestros guardias. Para nuestro lamento, Anveld, a quien conoceréis mejor como El Florista, ha resultado ser una víctima mortal inocente en medio de este incidente. Que en paz descanse. Que los dioses, si deciden volver alguna vez, lo tengan en su regazo. Así mismo, la consejera y noble Ehnil Shair ha sido hospitalizada de inmediato, por la pérdida de un ojo y, según el primer diagnóstico, daños cerebrales. Pero no teman, se recuperará. Nos recuperaremos. Los asesinos han recibido su propia justicia, por lo que el pueblo puede descansar tranquilo en esta luna.

El conde se tomó un tiempo, antes de proseguir. Podía notar la desesperación en los ojos de los pueblerinos, aun habiendo anunciado la muerte de los asesinos. Tal vez se olieran que aquello no era totalmente verdad, tal como Orstyn, los consejeros y él sabían. Las piezas no encajaban del todo y con toda seguridad el culpable estaba aún en medio de la multitud. Quién o quiénes, no había manera de saberlo. Una mentira para tratar de brindar calma, aunque fuera temporal. Un intento fallido. O tal vez no fueran los asesinatos lo que navegaba en las mentes de los habitantes, salvo por Danalis Finael y su hija Maran, o la esposa y el niño del difunto Rykalas, por supuesto. Seguramente pensaban en todos sus familiares, amigos desaparecidos. Sí, debe ser eso, pensaba el conde.

—Hay otro mal que nos angustia, que nos quita el sueño. Los desaparecidos. Creedme; me siento igual que vosotros. Drent, mi hermano, lleva bastante tiempo sin volver y, como muchos, me estoy temiendo lo peor. Pero no pierdo la esperanza. Nadie debe perderla. Sabemos que, en Marovir, todos luchamos. Nunca nos rendimos. Ellos no lo harán; no lo hagamos nosotros. Confiemos en su regreso. Confiemos también en Iolta y su clan, el mejor y más experimentado de este condado. El líder de todos los cazadores, quien nos brinda paz y seguridad en el frente del bosque. Quien ya antaño logró encontrar a vuestros hijos perdidos, hombres que se desviaban del camino y mujeres que se veían acorraladas en su búsqueda de flores. Confiemos en Kait, quien nos honró con su corta pero agradable y necesaria visita. Ella, junto con tres amigos suyos, también se ha embarcado en la búsqueda de los desaparecidos. Kait Barangar, la nada más y nada menos que la Heroína de Marovir. La misma que nos salvó de los últimos tigres escamados. Si ellos luchan, ¡nosotros también lucharemos! Volvamos a nuestras casas, a nuestros trabajos para que, cuando vuelvan ellos, todos tengan su ropa nueva para vestir, su comida deliciosa para comer, su familia y amigos listos para abrazar, besar y celebrar su vuelta, y su cama para descansar. ¡Por ellos! ¡Por Marovir!

Para alegría del Conde Jakobias, quien en aquel momento necesitaba volver a tener un mínimo de gozo, los habitantes corearon. Por un momento, la angustia y la preocupación desaparecieron. Pero solo por un momento. Luego, a la noche, pocos pudieron pegar ojo.

* * *

Los tres cazadores estaban en su pequeña caseta, a la espera de órdenes. Con paciencia, aguardaban el momento en que el resto de su calaña se fuera a dormir, quedándose tan solo unos cuantos despiertos patrullando a través de la frontera. Cierto era que también debían estar al tanto de los guardias, pero sabían que no iban a acercarse mucho a las afueras del condado. Después de todo, junto con los vigilantes, soldados y patrulleros, se habían reorganizado en aquel día y con frecuencia se precisaba de su presencia.

Para los tres, la oportunidad tardó una eternidad en presentarse. Uno de ellos optó por matar el tiempo limpiando, lijando, afilando, gravando su lanza al son de unos silbidos que entonaban una melodía clásica de Marovir; otro quiso aprovechar preparando el desayuno del siguiente día para los presentes, con tal de estar ocupado; la última se dispuso a tejer sus prendas de cuero, maltrechas por las mangas a causa de una caída a mitad de una cacería. Y así estuvieron, viendo pasar la noche ante sus ojos, iluminados con unas pocas velas especiales para espantar a los insectos nocturnos, una luz que se reflejaba sobre la lanza con intensidad.

El viento dejó de aullar. Una ardilla se coló por la ventana medio abierta, cayendo a cuatro patas y, de un modo apresurado, se plantó ante el joven que pulía su arma. En cuanto lo vio, dejó lo que estaba haciendo y se fijó en los ojos. Tenían un color anaranjado. De pronto, se levantó.

—Chicos, es Aider. Vamos ya.

—Id vosotros dos —dijo el otro hombre—. Yo me quedo aquí a terminar el desayuno de mañana.

—Hemos de estar todos en la reunión, Karven. Todos —insistió la chica, dejando las prendas a un lado.

—Todos no. Yo no pienso ir.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora? ¡Cómo no vayamos los tres, vete tú a saber lo que nos hará Jethro! Estamos con las manos atadas y... —carraspeó, señalando a la ardilla con los ojos.

—¡Pues que se joda! He estado haciendo de recadero de Volod, reuniéndome en su nombre, arriesgando mi pellejo. ¿Y para qué? Ayer Tirei murió, justo después de quedar con él, y luego va Volod y le da por morirse hoy también. Paso de esto. Total, Jethro aún no puede entrar aquí como el prisionero que realmente es, así que estoy seguro que me encarcelarán antes de que me pueda tocar. Qué diantres, puede que hasta me presente yo mismo.

Los otros dos chicos se miraron el uno al otro, cabeceando y musitando. La chica indicó con su cabeza de simplemente irse, dejar a Karven con el desayuno, pero el otro joven tenía otra idea metida en la cabeza. En cuanto Karven se giró para volver con lo suyo, agarró su lanza y, con cuidado, se aproximó por su espalda, dispuesto a amenazarle con tal de obligarle a que fuera con ellos. No podía permitirse que Marovir se ganara un chivato. La chica, sin llegar a decir nada, movía sus brazos, sus hombros, su cabeza, pidiéndole que se echara hacia atrás. Que lo dejara. Que no fuera tan loco. Pero el joven tenía otra idea.

Y Karven lo conocía demasiado bien.

Cuando estaba suficientemente cerca, Karven hizo una finta y, en un abrir y cerrar de ojos, le colocó el cuchillo en el cuello. Una gota de sangre cayó. El joven se quedó pasmado, congelado del todo, no moviendo ni un dedo.

—Karven, no le hagas nada —pidió la chica.

—No lo haré. Idos. Cuando volváis, probablemente ya no estaré. Si decir esto os deja tranquilo, en caso de que le cuente a Orstyn y a Jakobias lo que se está planeando, no os incluiré a vosotros.

—¿Y qué les vas a contar? —le preguntó el otro chico—. Precisamente vamos a la reunión para saber cuál es el siguiente paso. Ahora que no está Volod, no hay nadie dentro de Marovir. Sin contar a Aider.

—¿Eres sordo o qué? Volod tan solo era el cuarto; nos lo dijo él un día. El tercero es Aider. Hay un segundo y un primero en el condado. El quiénes son, eso no lo sé, pero mis oídos y mis recuerdos no me traicionan. —Retiró el cuchillo del cuello—. No importa. Tan solo idos. Ya. He tenido suficiente con esto. Si queréis seguir vosotros, no os detendré.

Recelosos, los dos chicos se retiraron, alejándose de Karven. El joven seguía pensando que no era buena idea dejarlo ahí, pero si no lo pudo pillar por sorpresa, ya ni caso había en intentar pararle los pies. Recogieron sus arcos y salieron de la caseta. La ardilla se quedó ahí parada, al lado de una vela, clavando su mirada en el cazador que se había quedado dentro. Karven la observó durante un buen rato. Chasqueó la lengua, sacudió su cabeza. Clavó el cuchillo sobre la mesa donde preparaba el desayuno, con rabia.

—Supongo que me escuchas Aider. Yo seguiré con mi plan. Vosotros seguid con el vuestro, pero no me incluyáis. No pienso volver al bosque nunca más, y dejar que los dioses decidan nuestro destino. Yo escogeré el mío.

Entre los puestos de los cazadores, en la frontera este de Marovir, se juntaron un par de decenas de personas en la zona central. Sus pasos eran ligeros, no haciendo ruido alguno con sus botas y hablando con voz casi inaudible. Reiteradamente ojeaban sus alrededores, no fuera que alguien les viese a esas horas. Uno de ellos se ocupó en asegurarse que estuvieran todos, a lo que notó la ausencia de Karven. Preguntó a los dos compañeros, quienes simplemente respondieron que no quiso venir. El hombre mostró fastidio, pero no había tiempo. Era la hora de adentrarse al bosque, aunque ninguno supiera a ciencia cierta cuándo volverían a sus puestos. O si volverían siquiera. Armándose de valor así como de temor, recordando las palabras amenazadoras de Jethro y su demostración con el cuerpo de Pyrel, se enzarzaron en un viaje nocturno cuyo fin les era incierto.

Lo que tampoco sabían era que Berus y Shirla, amigos cercanos de Kait, estaban desvelados durante toda la noche, habiéndoles visto marchar. El ojo agudo de Berus reconoció quién era cada uno; la memoria infalible de Shirla le hizo darse cuenta de que faltaba Karven.

Cuando aquellos cazadores habían desaparecido completamente de su vista, se dirigieron hacia su caseta.

PARTE III

El Caballero Blanco de Kumu se había quedado plantado ante un cuadro. De toda la carpa del líder del campamento, quien era vatrio, o eso pensaba el Caballero en un principio, lo que le llamaba más la atención era aquella pieza artística que, desde luego, debía tener años a sus espaldas. Firmado en una esquina por el poco conocido pintor Intio Vatalie, de procedencia desconocida, era una representación de *El Decandei*, específicamente de una de las primeras reuniones entre los dioses, narradas en los mitos recopilados. La escena dejaba claro que Tenos, el primer dios de todos, el Titán de Oro, era el superior, el mayor, el que estaba por encima de todos. Los demás le escuchaban. Lianmatera, en cambio, era la menor, sujeta a todos, a quien no se la relacionaba con otra cosa que con la muerte. En el cuadro, el resto la despreciaban. Ambos parecían ser humanos perfectos. El hombre perfecto, de oro; la mujer perfecta, de rojo. Sin embargo, el resto de los dioses se habían pintado y dibujado con trazos difuminados, abarcando todo el rango de colores, sin referencias claras de algún animal o criatura conocida, como si fueran seres abstractos. Se confundían y mezclaban entre sí, hasta

el punto de hacerse difícil la tarea de adivinar quién era quién. En especial Kabor, cuya silueta le costó discernir al Caballero, por la extraña decisión del pintor de representarlo como si fuera un ente casi transparente.

Dejó de inspeccionar el cuadro, bajando su cabeza hasta poner los ojos en el suelo. Ahí permanecía un hombre muerto, vestido con las prendas y colores rojinegros típicos de los vatrios. Las heridas en su pecho demostraban que había fallecido atravesado por una espada, y el estado del resto de la carpa le indicaba a uno que no había caído sin luchar. Se dio la vuelta, reencontrándose otra vez con su prometida, uno de su escolta personal y el escriba. Estuvo a punto de hablar; se limitó a rascarse el cuello. Ella, al verle embrollado, habló.

—Mi querido, si quieres dicto yo —se le acercó, soltando una mueca de disgusto al pasar entre los brazos del cadáver—. Ve hablar con el nómada y... quien quiera que sea ella.

—Una diosa, mi Dama—la tomó de la mano y la besó en el dorso—. Es una diosa. Suenan a locura.

—¿No estaremos alucinando?

—No... aunque lo parece, no estamos alucinando. —Se tomó un tiempo para pensar en las palabras que quería dictar—. Es mi deber comunicarle a nuestro Rey. Ya lo hago yo. ¿Estás?

El escriba, sentado en la mesa, o lo que quedaba de ella, asintió con su cabeza, dejando la pluma en el tintero. Desenrolló un pergamino que aún estaba en blanco y lo desplegó ante sí. Agarró otra vez la pluma y esperó a que el Caballero pronunciara las primeras palabras. Tras un tenso silencio, la primera letra salió de su boca.

16 de Arelio

Año 2762

Su Majestad,

Me dirijo a usted con noticias apremiantes. Antes de anunciarlas, déjenme relatar el cuándo, dónde, cómo, quiénes y por qué. Es una situación que requiere ser comunicado a tus oídos, pues incumbirá al Reino de Kumu más temprano que tarde. A toda la región de Kandes.

Como bien sabrá Su Majestad, en el día 35 de Dylie, tres docenas de escoltas, medio centenar de invitados entre los que se incluyen familiares nuestros, mi Dama y un servidor, decidimos viajar a Marovir con motivo de celebrar nuestra boda en ese agradable condado. Los marovianos atraviesan una época dura y es nuestro deseo darles alegría. El día 33 de Dylie, proveyéndole de uno de nuestros mejores corceles, reenviamos aquel mensajero que nos llegó tres días antes, con el urgente mensaje de parte del Conde Jakobias Boledain. Todo esto es lo cuento ahora por un motivo que entenderás pronto.

Estamos a día 16 de Arelio. Nos hallamos en la encrucijada que divide el camino en tres, en dirección a Vattris, Marovir y Lonta, ya en el tramo final del Camino del Vasallo. Para nuestra sorpresa, un grupo había levantado un campamento ahí mismo, bajo la bandera rojinegra de Vattris, vigilando a todo el que atravesara por aquel cruce. Nuestros escoltas lo vieron a lo lejos y nos lo comunicaron antes de proseguir la marcha. Opté por seguir. Nos acercamos al campamento y nos salió al encuentro un hombre que decía ser el jefe. Nos confirmó que eran enviados por el mismo Conde Jilett Teloren, mostrándonos una carta firmada y sellada.

Conversamos acerca de la situación de Marovir y él, siendo comprensivo, nos dejó pasar sin ningún impedimento. No quise preguntar más.

Mientras pasábamos, pude fijarme en que tenían en su posesión el caballo que entregamos al mensajero de Marovir, con la silla de montar cambiada. Más adelante pude comprobar que así era. Al mensajero no lo encontramos en ningún lado. Creemos que ha muerto y ha sido enterrado en algún punto cerca de este puesto, en los alrededores de la encrucijada.

Perdóneme el paréntesis, Su Majestad. Quise pasar de largo. No le había contado a nadie sobre mi observación, ni siquiera a mi prometida. En cuanto nos alejamos del campamento, el sonido de un cuerno tronó a lo lejos. De inmediato, salté al caballo de mi escolta personal y nos dirigimos a la parte de atrás de la fila de carruajes y monturas. Pudimos presenciar la llegada de un gran ejército de nómadas, viniendo del sur. Has leído bien; un ejército. Puedo asegurarnos que eran centenares.

Eso no es todo. Portaban la bandera de Lonta. Nómadas enviados por el mismo Rey de Lonta. Juro por mi familia que esta es la verdad, por más que suene a disparate, Su Majestad.

Sin piedad, sin demora, sin preguntar, sin temblar un ápice su pulso, sin hablar, tan solo gritando, con el salvajismo que tanto les caracteriza, arrasaron el campamento, dando muerte a todos los vatrios en lo que tarda uno en cagar. Perdona la vulgaridad, pero así fue. Dejamos que la escaramuza se diera por terminada, que los nómadas se asentasen y ocupasen el campamento. Nos aproximamos. Pedimos por su líder y un hombre se presentó ante nosotros. Sin tener que preguntarle nada, nos mostró también una carta firmada y sellada. Y algo más. El anillo real. Como si el Rey de Lonta estuviera ahí presente y supiera que los nómadas se encontrarían con nosotros.

Tras intercambiar unas cuantas palabras, el nómada nos entregó un escrito de parte del Rey de Lonta. Te lo adjunto con este comunicado. Allá estará más detallado pero, para comentarte por encima, numerosos viajeros han estado informando que, desde la primera luna de este año actual, diversos colectivos de procedencia desconocida, algunos de ellos haciéndose pasar por vatrios, han intentado cortar con cualquier tipo de comunicación con Marovir e impedir que otros puedan ir allá. Este era el motivo por el que el mensajero de Marovir de seguro no ha podido regresar, y por el que nuestra boda de seguro no se celebrará finalmente.

Sin embargo, no regresaremos a casa. Seguiremos hasta llegar al condado, aumentando el ritmo de la marcha, y prestaremos nuestra mano al Conde Jakobias Boledain, a su pueblo. Porque si lees el comunicado del Rey de Lonta, Su Majestad, verá que hay alguien que está preparando un ataque a gran escala contra el condado, que al parecer comenzará en la luna de Arelio y finalizará en la siguiente, en Kabor, para luego seguir con el resto de la región de Kandes. Sé que te estarás preguntando cómo el Rey de Lonta puede saber todo esto; tan solo lee su carta. Algunos de los desaparecidos de Marovir han reaparecido en el Lago de Luz, al sur del condado, y se han visto con la obligación de dirigirse al suroeste, hasta el reinado de Lonta. Es una gran noticia, pero a la vez preocupante, pues trajeron consigo todas estas verdades alarmantes. El resto lo dejo en manos del Rey de Lonta y su comunicado. Te ruego que lo leas y hagas caso de sus palabras, Su Majestad.

Por nuestra parte, iremos a Marovir y asistiremos en todo lo que sea necesario. Confiamos en que el condado, Lonta y nosotros no estaremos solos ante esta amenaza, sino que tomarás parte en esto y darás voz a la necesidad de un pueblo que también le pertenece, para que el reinado de Aldir y el condado de Vattris se nos sumen. El Rey de Lonta se encargará de comunicarse con el Rey de Haarkjian.

A ti sean todos los Honores,

*Gaunt Lantier, Caballero Blanco de Kumu, y
Sela Insvund*

En cuanto terminó, el escriba y el escolta miraron al Caballero. Supo en lo que pensaban.

—Sé que no lo he dicho todo. Si el Rey de Lonta no lo menciona, aún habiéndola visto, no veo por qué debería hacerlo yo. De seguro se perdería credibilidad, dada nuestras creencias, si es que no la ha perdido con mi torpeza en el habla.

—¿Por qué crees que la ha visto? —preguntó el escolta.

—Porque acompaña al mismo hombre que contrató. Un nómada. Nadie más puede hacerle cambiar de opinión a un rey sobre acoger los nómadas al seno de su reinado; menos aún contratarle para que arrase campamentos, dejando su anillo real en su posesión, lo cual designa una confianza sin igual. Aun cuando él es un rey liberal y a la vez violento, quien suele hacer oídos sordos a lo que está fuera de su reinado...

—Parece como si haya sido manipulado. —El escolta se mostraba muy inquieto, mirando hacia fuera de tanto en tanto—. ¿Y si está muerto y le quitaron el anillo? Alguien como ella lo podría hacer.

—No exageres. —El Caballero se rió con nervios, temblándole los labios. Rodeó a su prometida con su brazo y se encaminó hacia la salida de la carpa, adonde el escolta—. De ser así, no habrían traído un comunicado explicando la situación y pidiendo ayuda.

—Cierto es —respondió el escolta, rascándose la cabeza—. Solo espero que se quede en nuestro bando.

—En definitiva —Gaunt se volteó hacia el escriba—, ve a Kumu con ese pergamino y el comunicado del Rey de Lonta. Que vayan dos escoltas contigo.

El escriba asintió una vez más, enrollando el pergamino y guardándolo en su bolsa junto con la otra carta. Sin perder tiempo, salió de la carpa. En apariencia parecía estar totalmente sereno y tranquilo; por dentro, estaba muerto de miedo. Mientras antes volviera a Kumu, más que mejor.

—Cariño, hablemos con los dos.

—Sí, querida. A eso voy...

—¿Qué te pasa?

—Me incomoda. Me estremece.

—A mí también. Si así son los dioses, ojalá no nos encontremos con ninguno más.

—Pues al menos a vosotros dos solo os da un acojone —dijo el escolta, frotándose los brazos—. A mí me hace sentir como si alguien estuviera a punto de clavar su espada en mi cráneo.

A Sela, la prometida de Gaunt, le entraron escalofríos. El Caballero se armó de valor y puso un pie fuera. Ella le siguió. Tras ellos, el escolta.

Ahí afuera, el panorama no era agradable a la vista. No solo era la cantidad de cadáveres tirados en el suelo, todos muertos a espada por los nómadas. Tampoco era solamente por la cantidad imponente de aquellos salvajes y espíritus libres, ahora mercenarios, quienes permanecían quietos, en pie, serios, rodeando la carpa y a todos los que acompañaban a los prometidos Gaunt y Sela, esperando a que la última conversación entre el Caballero y su líder se llevara a cabo al fin.

El cielo se confundía entre el día y la noche, las nubes y el cielo despejado, el azul claro con el rojo carmesí; el viento arrojaba una neblina escarlata que parecía que portaba consigo la sangre de los difuntos. Un canto sonaba, como velando por las almas de aquellos que acababan de abandonar la vida, para así abrazar la muerte.

Gaunt vio al líder de los nómadas. Sobre él... ella. La diosa. Aquella que parecía una humana en el cuadro. Parecía, pues tendía en el aire. Parecía, pues de su espalda sobresalían alas que deslumbraban como rubíes. Vestía una túnica que la cubría del cuello a los pies, del mismo color del de sus alas. Su piel era mestiza y sus ojos destellaban con un blancor que dificultaba a uno mirarla.

Lianmatera. Diosa de la decadencia y de la muerte. Tan solo dijo una frase, dirigida tanto a Gaunt Lantier como a Sela Insvund. Dos palabras que nunca en su vida hubieran imaginado escuchar; menos aún de parte de alguien como ella.

—Os necesito.



CAPÍTULO VII: EL PRECIO DE LA CUMBRE

Seguramente encontraría la forma de resolver este dilema aunque a decir verdad le parecía un poco más complicado de lo que hubiera pensado en realidad. Su mente trabajaba de mil formas para conseguir obtener una solución pero todas terminaban en un fracaso.

Tenía ya bastante tiempo dentro de la famosa Torre del Reloj, gracias a su familia y la calidad de su Cresta Mágica logro entrar hace ya unos dos años atrás, puso mucho de su parte para lograr aprender y superarse en la taumaturgia. Hoy en día, era alguien reconocido por ser diestro en varias prácticas aunque a decir verdad, la fama no le importaba.

La Torre del Reloj se movía mucho a través de las influencias y la fama, ser parte de alguna familia con muchas generaciones y de crestas poderosas aseguraba un trato preferencial al que otras personas pudieran llegar a tener, ser una familia desconocida pudiera ser tu tumba dentro de la institución.

A decir verdad no le causaba mucha preocupación ese tipo de situaciones, solamente quería aprender y poder conocer cada vez más, tomaba mucho las cosas con inmadurez o por lo menos no les daba la seriedad con la que eran reconocidos los Magus, tal vez por ello no era muy social.

Actualmente pasaba algunas páginas de varios libros que tenía al frente, muchos de ellos eran rituales desconocidos que hablaban de rituales de invocación de control o el control de espíritus elementales, seres que no existen en esta realidad y con poderes inimaginables.

Muchos de los teóricos pensaban que estos seres tendrían una conexión directa con el Akasha o la Raíz, el origen de todas las cosas en el mundo físico y espiritual, el deseo de los Magus desde tiempos inenarrables, un desperdicio de tiempo a decir verdad.

¿Qué sentido tenía perseguir algo que no era palpable? ¿Descubrir que la misma existencia de la humana era algo simplemente inútil? ¿Valía la pena desacreditar la vida por probar algo que simplemente traería el sufrimiento existencial? No tenía sentido buscar el sufrimiento.

La magia existía para recrear milagros, producir bendiciones y descubrir las maravillas del mundo y el pasado. Tal vez por ello sentía un odio particular hacia los Magus Heréticos, nunca le gusto las prácticas prohibidas a las cuales ellos se dedicaban.

— ¿Otra vez leyendo sobre esas prácticas? Pensé que las rechazabas Arthur—.

El joven escucho una voz a sus espaldas y observo a un hombre que se acercaba a paso lento, se le veía trajeado y muy elegante pero su expresión era muy seria aunque no terminaba de ser totalmente dura.

El joven de nombre Arthur era relativamente joven ya que seguramente tendría poco más de los veinte años, de cabello corto y de color castaño claro peinado de puntas hacia atrás, de ojos verdes claros.

Este arrugo un poco el ceño ante la llegada del adulto, era uno de los profesores dentro de la Torre del Reloj y en particular uno muy estricto, su principal rama de conocimiento era sobre la mineralogía y la magia elemental, a decir verdad, el joven Arthur desde hace algunos meses atrás se había convertido en su discípulo y protegido.

—Y todavía las rechazo, cada vez que las leo más me hace criticarlas cada vez más—.

—Pensaba que eras de mente mucho más abierta, muchos profesores hablan de ti como alguien con el talento suficiente para ganar un Sello de Designación en poco tiempo—.

—Mi talento no significa que venderé mi consciencia, no puedo aceptar que existen métodos tan barbaros como estos—.

El profesor sabía que su discípulo era alguien demasiado parcial respecto a lo creía, en el camino de la taumaturgia no existían ni blancos ni negros, todo se manejaba en grises porque en el estudio no existían barreras morales, todo por el objetivo de alcanzar la Raíz.

—Mientras mantengas esos pensamientos te retrasarás—.

—¿No es usted la misma persona que me pide cuestionar todo lo que he aprendido? —.

—Pero soy la misma persona que te ha dicho que tampoco puedes huir de la realidad. Somos Magus, debemos aceptar todo lo que conlleva eso—.

El joven torció los labios en una mueca reprobatoria, su maestro era muy particular con ello, tal vez agradecía que no fuera un obseso con la línea de sangre pero era muy particular con el potencial de sus estudiantes.

—Debes entenderlo Arthur, alcanzar el Origen es aquello que nos acercará a la verdadera felicidad—.

—La Raíz solos nos alegrará de nuestra humanidad y nos convertirá en Dioses—.

—¿Y no es aquello lo que significa ser feliz? Ser aquellos que pueden hacer lo que quieren —.

—Ser Dios no es algo bueno, vivir en soledad y sin que nadie pueda estar tu lado, no es el camino que alguien quiera transitar...—.

—Los Magus no existimos para vivir en sociedad, somos los elegidos para alcanzar el deseo de todo hombre: verle la cara a Dios y poder romper las cadenas que nos atan a la esclavitud —.

¿Vivir en esclavitud? Qué tontería, Arthur era totalmente libre de hacer lo que quería y de expresar lo que quería, nada lo ataba a nada y tampoco lo ataría a hacer algo en lo que no creyera, tal vez era por ello que se oponía fuertemente a la búsqueda de la Raíz.

Nada lo esclavizaría...

...

Abrió los ojos con pesadez sintiendo horribles náuseas y vértigo. Tuvo que cerrar un momento los ojos y proferir un pequeño gruñido antes de poder ponerse de pie. Observo el cuarto a su alrededor.

Estaba actualmente en un cuarto de hotel, el Viejo Acht se tomó algunas molestias e hizo algunas reservaciones en uno de los hoteles de Ciudad Fuyuki, actualmente estaba en un lujoso pent-house que le daba una maravillosa vista de la ciudad.

Observo a los alrededores y se quedó mirando un momento su brazo diestro el cual recibía un tratamiento por intravenosa, a su lado había una bolsa con un extraño suero de color rojo parecido a la sangre y que entraba por una de sus venas, era parte del tratamiento especial de los Einzbern.

Cuando fue encontrado por ellos en aquel bosque invernal había sufrido con anterioridad poderosas heridas que resultaron en la pérdida de su brazo derecho, su ojo derecho y varios órganos y huesos completamente destrozados, era un cadáver viviente. El Viejo Acht le hizo una oferta que no pudo rechazar al reemplazar sus órganos y extremidades faltantes por otras hechas con alquimias pero el costo tal vez fue demasiado caro.

Sus Circuitos Mágicos fueron mejorados y alterados para volverlo un Magus mucho más competente y de paso alteraron su patrón emocional, gracias a ello perdió varias de sus emociones y su mente fue reprogramada y acondicionada para siempre obedecer a los Einzbern de manera inconsciente y automática, como lo haría cualquiera de sus homúnculos.

Conscientemente había pensado traicionarlos pero cuando quería hacerlo no podía, cada vez que quería intentarlo su cuerpo se desconectaba y rechazaba esa orden, ellos habían pensado una manera de lograr que su cuerpo solamente reaccionara a los intentos de rebelión y las órdenes directas, podría decirse que Arthurus Von Einzbern era un prisionero de su propio cuerpo, aunque no todo era perfecto, este trabajo no podía sostenerse de manera permanente.

Por ello cada semana era necesario administrarle un medicamento especial que aseguraba que los órganos y extremidades artificiales no provocaran rechazo en el anfitrión o que los Circuitos Mágicos se vieran perjudicados. Obviamente, en este medicamento venían también encima y receptores neuronales que evitaban que la reprogramación fuera alterada o desecha.

Al parecer, la adrenalina que era producida por el cuerpo era capaz de deshacer todo el trabajo que los Einzbern habían hecho y por lo cual este medicamento alteraba los niveles de dopamina en sus receptores biológicos y apagaban algunos receptores neuronales, por ello su falta de emociones.

Arthurus quitó la manguera que estaba sobre su brazo y se acercó a la ventana de la habitación manteniendo su mirada puesta sobre la ciudad. Siempre que recibía aquella medicina terminaba sufriendo de vértigo y náuseas sin mencionar que los recuerdos de su pasado afloraban y lo atormentaban.

Qué tonto, pensaba que no sería esclavo de nadie y fue en lo que se convirtió, en el muñeco de trapo de la Familia Einzbern, en verdad que la vida le gustaba mofarse con ironías muy crueles.

Escuchó unos delicados pasos detrás de suyo y por el reflejo del cristal se dio cuenta de que era la mucama que el mismo Acht le había asignado para esta guerra. Era una mujer joven pero la verdad era un simple homúnculo.

Su belleza era innegable y su porte sereno y tranquilo la hacía ver como alguien que solo servía a la realeza. Su cabello platinado controlado por una larga trenza descansaba sobre su hombro derecho, sus ojos rojos como rubís se mostraban fríos e inexpresivos.

Su vestimenta era un largo vestido de color negro de estilo antiguo junto a un delantal blanco que completaba su uniforme como mucama de Arthurus. Este la miraba de manera fría y con cierto recelo, nunca le gusto estar rodeado de las muñecas del anciano, tal vez ella estaba presente como un método para mantenerlo vigilado.

—Parece que su tratamiento ha terminado Arthurus-Sama, recuerde que deberá hacerlo nuevamente dentro de una semana—su voz era suave y chillona pero no quitaba esa falta de humanidad tan presente en los homúnculos—fueron ordenes de Jubstacheit-Sama que mantuviera una vigilancia sobre su tratamiento—.

—Estoy perfectamente consciente de tu presencia en esta lugar Laphicet—Arthurus la miro por el rabillo del ojo, no estaba acostumbrado a su presencia y sabía que su verdadera presencia en este lugar era para mantener al anciano homúnculo al tanto de los sucesos de la guerra— ¿Existe algo más que quieras mencionar? —.

—Vine a decirle que ya hemos recibido los encargos que usted había pedido, debo mencionar también que Jubstacheit-Sama se mostró muy poco conforme con ellos pero ha mencionado que está abierto a las ideas que tenga en mente—la homúnculo de nombre Laphicet hizo una ligera reverencia al tiempo que su expresión se mantenía congelada—están justamente sobre la mesa del lobby—.

El hombre de ojos heterocrómicos acomodo las mangas de su camisa y volvió a colocar encima su chaqueta al tiempo que iba a la sala del pent-house. Sobre una mesa había una gran maleta de color negro y que parecía estar sorprendentemente cargada.

Sin esperar mucho Arthurus abrió la maleta y se sintió satisfecho por ver que todo había llegado completo y sin contratiempos. La cantidad de armas y aditamentos era impresionante para una sola persona pero el hombre sabía que estas herramientas mundanas aseguraban por mucho la ventaja y la posible victoria sobre sus enemigos.

Comenzó a sacar algunas de estas armas para evaluar que no estuvieran dañadas. Primero que todo tomo entre sus manos sus armas más características que eran el dúo de pistolas M1911, con mover la corredera y revisar la cámara estaba seguro de que su funcionalidad era óptima.

Procedió a sacar algunas granadas de fragmentación y aturdidoras que podrían ser útiles para emboscar o aturdir a sus enemigos. Seguido tomo una escopeta recortada de dos disparos, a su lado habían algunos cartuchos, estos tenían municiones especiales como por

ejemplo algunas estaban cargadas de sal en grano lo cual la hacían municiones no letales pero si extremadamente dolorosas.

Tomó entre sus manos una subametralladora especializada para combate a mediano rango y en zona urbanas o de poca movilidad, esta era una H&K UMP americana, era un arma compacta y de gran resistencia que le daba una gran habilidad de movimiento y fuerza de para admirable.

Entre las otras armas que había sacado estaba posiblemente una de las más impresionantes al ser este un rifle de francotirador AS50 de color negro brillante, tenía una mira telescópica multipropósito especializada para disparos a distancias equivalentes a un kilómetro, al igual tiene dos miras adicionales para visión nocturna y visión infrarroja.

Laphicet no decía nada y solo se dedicaba a observar como su actual maestro tenía cierta paciencia y preocupación por inspeccionar aquellas armas, el sonido de las piezas móviles chocando, las posturas que este tomaba imaginando los posibles escenarios que pudiera enfrentar.

—Aunque pueda sonar como una muestra de impertinencia de mi parte tengo la curiosidad de conocer el porqué de sus métodos Arthurus-Sama—la repentina interrupción de Laphicet trajo nuevamente a Arthurus a la realidad que dejaba las armas sobre la mesa— ¿Por qué usar estos artefactos es tan necesario? —.

—Los Magus son el tipo de personas que no dejan cabos sueltos y siempre piensan que todo se resuelve de la manera más justa y elegante posible, nunca tienden a huir de una contienda y más sabiendo que gracias a los conocimientos o habilidades de sus propias magias pueden hacer frente a varios enemigos—el hombre cabello blanco tomó una de sus pistolas y mantuvo su vista puesta sobre ellas unos momentos—el usar armas de fuego es considerado un insulto debido a la forma burda y barbárica de tomar la vida de los enemigos pero nunca se preparan para este tipo de situaciones—.

Los Magus despreciaban cualquier uso de armas o aditamentos de la actualidad debido a sus maneras de actuar totalmente tradicionalistas por ello en los ámbitos de los mismos Magus ellos vivían apartados y usaban los métodos clásicos y antiguos ya que los consideraban fundamentales.

A decir verdad era una tontería y Arthurus había descubierto que el uso de este tipo de armas aumentaba y llevaba los niveles de éxito a porcentajes extremadamente favorables y era por ello que usar armas de fuego, explosivos y este tipo de tácticas le aseguraría una ventaja entre sus enemigos y sus aliados.

—Creo que mantengo mis reservas ante ese tipo de tácticas pero mientras se asegure el Santo Grial a la Familia Einzbern Jubstacheit-Sama le da total confianza para ejecutar su plan— la criada mantenía sus manos al frente con la vista puesta sobre Arthurus— ¿Es todo lo que necesita de mi Arthurus-Sama? —.

—Necesito un último favor Laphicet...—era extraño pedirle favores a una muñeca, simplemente lo tomaría como una orden pero tal vez el mismo subconsciente de Arthurus buscaba amarrarse a su humanidad con sutiles expresiones—quiero que me traigas la información de la que disponen respecto a la Cuarta Guerra del Santo Grial—.

Si en verdad esta guerra se había logrado llevar en otras cinco ocasiones sin un ganador claro, significaba que algunas piezas faltaban o tenían una relación particular.

Pero no por ello se dedicaría al uso de armamento, también entre las cosas que había ordenado pidió algunos elementos que pudieran ser útiles para una batalla entre Magus ya que todavía mantenía su propio orgullo a pesar de no expresarlo.

Entre las cosas que había traído estaba preparado con varias piedras preciosas especiales que habían sido cargadas con su Prana para fines multipropósito, de igual forma había traído algunos químicos y diferentes artefactos que podrían marcar una diferencia contra sus amigos y sus aliados.

Pero todavía necesitaba contar con la mayor arma que existiera: información.

Ir a la guerra sin conocer el terreno o tus enemigos era algo que solo un suicida haría y para asegurar que sus propios objetivos personales puedan cristalizarse era necesario conocer todas las contingencias particulares, una de ellas era conocer a sus aliados y que los motivaba, de esa manera podría encontrar la mejor manera de encontrar sus debilidades.

Obviamente continuaba la lucha contra la Facción Roja, todos y cada uno de ellos eran totalmente desconocidos y hasta el más débil en ese equipo podría significar un obstáculo a sortear.

Si buscaba obtener la victoria a veces era necesario retroceder en el tiempo unos momentos. Si la información que había leído con anterioridad era cierta tal vez podría encontrar una manera de buscar una respuesta.

Y esta tenía un nombre: Emiya Kiritsugu.

— ¿Por qué busca la información de la Cuarta Guerra? Jubstacheit-Sama es muy sensible respecto a ese tema—la criada no cambio de expresión pero su voz tomo un ligero tono más asertivo— ¿Existe algo que quiera decirme? —.

—No es nada de lo que debas preocuparte Laphicet, son solo preparaciones para la guerra —Arthurus volteo a verla con cierta tranquilidad al tiempo miraba de rojeo el arma en su diestra—ya Jubstacheit lo mencionó ¿Verdad? Con tal de lograr una victoria es necesario pensar en lo que sea necesario incluso si tenemos que retroceder uno o dos pasos—.

—... Como diga, buscaré esa información lo antes posible—la criada hizo una reverencia para dirigirse a una habitación continua ante la mirada bicolor de Arthurus—con su permiso me retiro, su cena se encuentra servida sobre la mesa—.

El hombre de cabellos níveos sabía que debía existir una relación en las anteriores guerras y es por ello que debía investigar todo lo que estuviera a su alcance, para estar seguro de su victoria ante sus enemigos debía tener la información que fuera necesaria para ello.

Si quería destruir a la Familia Einzbern necesitaba todas las opciones a su alcance entre ellas estaba el hecho de que no obtuvieran el Grial y para ello debía conocer perfectamente el terreno y lo mejor que podía hacer para lograrlo era algo muy simple.

Necesitaba un aliado de la Facción Roja.

Revolvió el contenido en su copa al tiempo que sus azules ojos estaban puestos sobre la figura que tenía al frente. No pudo evitarlo pero una sutil sonrisa cubrió sus rojos labios al tiempo que sentía un cierto regocijo, en cierta forma, era afrodisiaco.

Matou Kyouko logro obtener su posición entre los Magus destacados de la Torre del Reloj al poder obtener la Cresta Mágica y todas las investigaciones de una familia que había caído en desgracia y que en busca de un poco de capital no les tembló el pulso para vender el avance de las generaciones pasadas.

Aunque nunca le gustaba admitir ella no siempre tuvo el control. Primero, su nombre verdadero era Ashida Kyouko y como muchos Magus comenzó su formación dentro de la Torre del Reloj. Dentro de la misma existía n marcado prejuicio hacia las familias poco reconocidas y aquellos provenientes de las tierras orientales, es por ello que sus primeros años en cierta manera, fueron un infierno.

Todas las expectativas y buenos augurios simplemente quedaron destrozados ante los tratos déspotas y las actitudes engreídas, sabía que la única forma de figurar entre ellos era ser tan talentosa y tener la manera de como demostrarlo.

En un golpe de suerte encontró aquella mina de oro al descubrir todas estas investigaciones y más aún el encontrar la Cresta Mágica, no le importo tener que gastar cantidades innumerables de su capital con tal de ponerle las manos.

Estuvo investigando un tiempo y había descubierto que estas investigaciones habían pertenecido a un hombre que fue conocido en su momento como Makiri Zolgen y que cuando decidió residenciarse en Japón cambió su nombre a Matou Zouken. La especialidad al parecer radicaba en el uso de insectos y una forma muy básica de extensión de la vida al usar estos insectos como recipientes para fragmentos del alma.

Por ello y gracias a sus conocimientos logró mejorar y revolucionar los avances antes encontrados, en un motivo parecido a una evolución de sí misma cambió su apellido a Matou.

Ahora en la actualidad era reconocida como alguien de temer entre los Magus de la Torre del Reloj y ella amaba ese reconocimiento, el poder que tenía sobre las otras personas era tan dulce y adictivo como un buen vino y ella necesitaba más, por eso su mayor sueño era dominar a toda la Asociación de Magos.

Y usando el llamado Santo Grial su objetivo no era para nada imposible, solo necesitaba esperar y observar desde la tranquilidad de su sala.

Su tren de pensamiento se desvía al observar la figura parada frente a ella, aquella joven de piel oscura y singular pero muy atractiva silueta para frente a ella, expectante como un cachorro a la espera de una orden o de que le arrojen un juguete.

Kyouko era amante de las cosas hermosas y siempre buscaba tener lo mejor pero contrariamente a ello sentía una especie de malsana fijación ante el dolor ajeno, ella se

consideraba una niña mala, aquella que se divierte al pisar hormigas pero tiene la suficiente inocencia de sonreír con inocencia.

Tal vez por ello se sintió en verdad satisfecha ante la invocación de su Servant y la verdad tras su historia, no sabía que las historias trágicas podían disfrutarse tanto o más que un libro.

Sus azules ojos recorrían a su Servant al tiempo que una creciente sonrisa pintaba sus labios, el silencio a veces era la mejor manera de mantener la expectativa antes de la verdadera diversión y el esperado final.

—Assassin, parece que has fracasado en tu misión...—su voz era lenta y arrastraba un poco las palabras de manera que ella misma pudiera disfrutar un poco—fui muy clara en lo que te había pedido anteriormente, solo debías atar cabos sueltos—.

La joven que usaba aquella máscara blanca no decía palabra alguna y solo mantenía la vista al frente como si solo fuera un muñeco, estaba a la espera del castigo y no quería que su Master se extendiera demasiado pero a ella le gustaba la teatralidad.

Su verdadero trabajo fue la de cazar a posibles Master que participarían junto a la Facción Roja. No tardó mucho en descubrir que la Asociación de Magos había enviado algunos vigías y encargados de regular las acciones de los participantes de la Facción Negra, si alguno actuaba contraria a las ambiciones de la Asociación existían medios para cambiar a algunos Master.

Es por ello que también Assassin fue despachándolos uno a uno, no solo buscaba al master de Saber sino que también buscaba eliminar a toda posible competencia.

Al ver Kyouko que este trabajo era particularmente infructífero no era extraño pensar que, alguien de las llamadas Familias del Origen ya hubiera sido seleccionado para participar y por ello, lo mejor que podría hacerse era tomar una pequeña ofensiva contra la única integrante de esas familias: Tohsaka Rin.

Pero los resultados no fueron los esperados, el mayordomo de aquella mujer resultó ser el verdadero Master de Saber y según lo que había podido observar, era un Servant lo suficientemente poderoso como para ser tomado en cuenta.

—Las cosas tomaron un rumbo que escapo de mis manos Master, le pido disculpas por mi error—Assassin se mostró lo más neutral que podía ya que no buscaba la furia de su Master— le aseguro una victoria absoluta en mi próxima misión—.

—Es por ello que tengo mis dudas Assassin, si en verdad eres capaz de completar tu misión—la mujer de bruno cabello se levantó de su asiento y se acercó a paso raudo y lento hacia su Servant—tal vez en su momento pude haberlo dejado pasar por alto pero ahora que puedo pensar las cosas en frío me he dado cuenta de detalles muy particulares...—.

El Servant no replicaba y tampoco buscaba mantener un contacto visual con su Master, simplemente estaba parada sin mover un solo músculo a pesar de que estaba siendo acusada. Kyouko no podía evitar pensar cuales serían los botones necesarios para provocar una reacción en tan apático personaje.

—Haz actuado con total sigilo y todos tus objetivos han sido muertes seguras, nadie ha podido determinar las causas y aunque la Facción Roja hubiera podido determinarlas ya hubiera sido demasiado tarde—la mujer de bruno cabello caminaba alrededor de Assassin al tiempo que tomaba su barbilla en un gesto pensativo—no solo cuentas con una Habilidad de Clase tan sorprendente como lo es Encubrimiento de Presencia, sino con habilidades Personales tan impresionante como el Shapeshift y la más aterradora: tus Ojos Místicos...—.

Assassin era la Clase Servant especializado en el sigilo y por lo general sus parámetros tienden a ser bajos comparados a las otras clases siendo apenas superior a la Clase Caster, es por ello que su principal función es el espionaje y el ataque a los Master en vez de orientarse al combate frontal.

Por ello contaba con unas habilidades propias que cualquiera puede considerar muy ventajosas en tácticas de guerrilla. Shapeshift es la habilidad que le permite cambiar de forma y disfrazarse para no levantar sospechas, era por ello que lograba acercarse a sus objetivos sin que ellos pudieran darse cuenta.

Pero la verdad era que todo su poder radicaba en sus ojos, aquellos ojos contaban con un poder extraordinario y por ello eran llamados Ojos Místicos de la Infiltración. Una habilidad sorprendente y que cualquier Assassin envidiaría tener.

Gracias a estos ojos Assassin puede inducir a su víctima en un trance hipnótico muy poderoso, la víctima nunca se daría cuenta de este ya que solo es necesaria una mirada para lograr este efecto, como parte de la hipnosis podía introducir recuerdos falsos dentro de la consciencia de la víctima para hacer la coartada perfecta.

Aunque esta tenía una debilidad, si la persona afectada logra descubrir la verdad detrás de los Ojos Místicos entonces ya no puede volver a ser afectado por su poder y es únicamente aplicable a los humanos, los Servant tienen una particular resistencia a este tipo de efectos—en especial de aquellos que cuentan con Resistencia Mágica—así que no aprovechar el poder de los Ojos Místicos pone a Assassin en una posición muy delicada.

—Eliminaste a ocho objetivos sin ningún tipo de problema y sin dudas hubieras podido eliminar a ese Master, según tenía entendido ya lo habías hipnotizado, pero preferiste tomar un papel mucho más radical al buscar ser parte de su rutina—Kyouko era inquisidora y ese tipo de detalles no se les pasaba por alto—dejaste que pasaran los días pero no tomaste acción alguna, solo te mantuviste al margen y esperando—.

Assassin no decía nada porque no había nada que decir, todo lo que decía su Master era verdad, tuvo muchas oportunidades para eliminar a Emiya Souren pero siempre mantuvo una inquietante expectativa al querer hacer el trabajo, siempre se mantuvo a una distancia prudente a la espera.

Lo veía como cualquier persona e incluso aunque pudo determinar la existencia de Circuitos Mágicos de nivel regular ya era suficiente para eliminarlo y sin embargo prefirió no hacer nada, solo esperar. Kyouko comenzaba a aburrirse al ver que su Servant no reaccionaba a sus acusaciones y mucho menos parecía tener la necesidad de reprocharle nada.

—El que mantuvieras una vigilancia tan grande puesta sobre él te permitió encontrar una manera de acercarte a Tohsaka Rin que era uno de tus objetivos primarios y aun así decidiste asesinar primero a ese Master principiante antes que el verdadero potencial de peligro en esa mansión e incluso decidiste jugar un poco con tu presa—se detuvo frente a su Servant y la distancia era de tan solo unos pasos y estos fueron cerrados por Kyouko— ¿Cuál es tu motivo para ello? —.

El rostro del Servant por fin se dignó a observar a su Master pero mantenía su silencio, levemente sus manos se cerraron en puños al tiempo que la tensión y el silencio de la habitación se volvía un poco pesado. Kyouko esperaba escuchar aquella excusa pero sabía lo que en verdad buscaba de todo aquello.

—Tú has decidido que tu máxima víctima de asesinato sea ese Master, el hecho de que Saber haya aparecido y no pudieras concretarlo te ha frustrado y aquello te está carcomiendo, me atrevería a decir que incluso ese es tu único deseo en esta guerra... —la voz de Kyouko era viperina y cargada de una astucia malévola al descubrir la verdad detrás de las acciones de su Servant— ¿Acaso te has enamorado? —.

—Los asesinos solo fuimos criados para asesinar, estamos destinados a traer el cambio de los sucesos a cambio de vidas humanas, vivimos en las sombras y perecemos en las sombras... —la voz de Assassin era serena y neutral, no manifestaba ningún tipo de sentimiento o rencor, simplemente era una sombra en el abismo—descartamos los sentimientos al momento de poner sobre nuestros rostros estas máscaras—.

Kyouko extendió su mano en busca de tocar aquel fino rostro, con sus dedos tocar aquella piel oscura y penumbrosa, pero a pocos milímetros cedió de aquella idea, sabía perfectamente que ocurriría si llegaba a tocarla, podría ser el final inesperado por un capricho.

Era como un niño cuando se le ofrece un dulce y se está muy alto para alcanzarlo, era tan preciosa y delicada pero letal como una viuda negra, tenía belleza tan única pero al mismo tiempo tan prohibida que era contradictoria, un objeto que podía tener pero no era capaz de tocar.

Qué magnífica y frustrante contradicción.

—Entonces espero que en un próximo encuentro con nuestros enemigos puedas en verdad demostrar que no estás siendo llevada por sentimientos inútiles —la mujer de ojos azules le dio la espalda a su Servant el cual hizo una reverencia rápida—incluso tienes mi permiso para usar tu Noble Phantasm y quién sabe, si logras entretenerme podría darte un Sello de Comando... —.

Assassin ya sin necesidad de seguir escuchando paso a su Forma Espiritual dejando a su Master contemplativo y expectante a un próximo choque contra sus enemigos y en cierta forma, una guerra contra sus propios aliados.

El sol se ocultaba, su luz naranja bañaba con gracia y delicadeza toda la Ciudad Fuyuki, los cristales de los edificios y casas se llenaban de aquel brillo tan magnífico, era un espectáculo tan único, como el sol traía a los humanos su más gentil y amorosa faceta y al mismo tiempo, la más funesta.

Sus ojos seguían aquella brillante esfera que se perdía en el horizonte y como la noche poco a poco hacía acto de presencia, pero a sus ojos no podía evitar pensar que era simplemente una abominación. Nunca le gusto la oscuridad, se sentía tan tranquilo bajo el manto solar y el calor sobre su piel que la oscuridad y el frío de las penumbras.

Sus ojos observaban todo el firmamento de manera tranquila y todo lo que la humanidad ha avanzado le ha traído un pensamiento recurrente: detestaba esta humanidad. En su tiempo fue amado y respetado, sus enemigos caían bajo el movimiento de su mano y sus súbditos se arrodillaban en alabanzas.

Y aunque era el hijo de los dioses hizo a un lado esas cosas tan vanas y dedico todo su amor a un solo dios, apreció su regalo y lo llevo a todos los que estaban bajo su mando, les hizo amar al mismo dios que él amaba, quería que todos miraran el regalo que era su abrazo, su sol.

Y todo aquello termino en nada, su muerte fue temprana y todo por lo que había luchado fue borrado como las arenas en las dunas del desierto. Ahora, existía la posibilidad de hacer lo que hizo en vida, traer al mundo el regalo de la luz y para ello, esta humanidad debía perecer y volver a nacer.

— ¿Por qué te encuentras tan pensativo Archer? Llevas tres días observando el atardecer — la voz de su Master le trajo nuevamente a la actualidad pero no se molestaba en observarlo, la relación continuaba siendo tensa— ¿Hay algo que te molesta? —.

—Solo me pongo a observar a esta humanidad que esta sobre la tierra y no puedo evitar ponerme de mal humor, es muy diferente a lo que estaba acostumbrado a ver—Archer tenía los brazos cruzados y la vista en el horizonte—esta humanidad se ha convertido en dioses de sí mismos, van a sus anchas y hacen lo que quieren, son como ovejas en un prado, no van a ninguna parte—.

—Creo que gracias a eso es que hemos crecido hasta lo que somos en la actualidad, es aquello lo que nos ha traído hasta aquí—comentaba Arata observando la figura de su Servant que solo bufaba ante su comentario— ¿Piensa que la humanidad no debería tener libre albedrío? —.

—En mis tiempos los esclavos podían hacer cosas mucho más sorprendentes si tenían la guía adecuada, ellos solo debían obedecer a quienes teníamos el poder. La libertad es igual al poder de elegir las acciones que cambiarán el mundo—el hombre de cabello gris era inflexible con su manera de pensar y por ello se mostraba dominante ante Kagami Arata—acá se ha perdido aquello, hacen muchas cosas pero se ha perdido la belleza y el propósito de ello—.

El hombre de cabello castaño no pudo evitar pensar pudiera estar errónea, no se podía vivir por el deseo de otra persona, eso haría que la vida humana no tuviera sentido, cada respiro, paso, latido, todo lo que los hacía ser hombres y mujeres venían con el propósito de querer seguir adelante.

Era lo que él creía y en verdad lo que pensaba, era un hombre que vivía a través de sus deseos y propósitos, puso mucho de su parte para llegar a esta posición que vivía actualmente, a decir verdad, luchaba por lo que creía y quería que las cosas sucedieran de esa manera.

Nunca lo hubiera admitido pero dentro de su yo joven e inexperto buscaba ser un pilar, un pilar donde todos pudieran apoyarse, provocar un cambio y que cualquiera que se encontrara

desanimado y lastimado, pudiera poner sus dolores y penas sobre él, quería ser el mejor para ayudar a otros.

Quería ser un Héroe...

— ¿Qué te ha traído a este punto Arata? ¿Qué te hace luchar en una guerra tan magnífica? —un poco sorprendido pero las preguntas de Archer no era las que escucharía de un personaje tan egoísta—debo saber que te hace participar en esta guerra y si tus objetivos no entrarán en conflictos con los míos—.

—... Quiero remendar mis errores, en el pasado me enfoqué tanto en lo que yo creía que era correcto que deje de lado muchas cosas, pensaba que si lo hacía le ahorraría sufrimiento a ciertas personas importante y la final solo me enfrascaba en lo que yo egoístamente quería, un sueño tonto que me lo costó todo... —puso un cigarrillo entre sus labios y lo encendió gracias a su encendedor pero mantuvo su vista puesta sobre la pequeña flama—ahora, solo me ha quedado dolor y las brasas de lo que una vez fue mis deseos mientras las personas que yo más he amado pagan esos errores—.

Archer por su parte lo observo de rojeo de forma un poco condescendiente, no terminaba de entender a su Master y a decir verdad tampoco tenía las intenciones de hacerlo pero podía darle un poco el beneficio de la duda, no luchaba por motivos tan egoístas como lo hacía él pero estaba actuando de forma poco ortodoxa.

Tal vez podría esperar un poco más a ver si su Master era lo suficientemente digno de su presencia.

Las noches de Fuyuki de un tiempo hasta la actualidad dejaron de ser seguras de un tiempo para acá, debido a su gran tamaño y su constante modernización las fuerzas del orden y las entidades policiacas no podían atender en su totalidad los diferentes casos que llegaban a sus oídos.

Siempre existieron pequeños focos de vándalos y carteristas que se congregaban en callejones y zonas industriales abandonadas, incluso el puerto de la ciudad era un lugar para su libre tráfico y donde generalmente ocurrían luchas entre bandas.

Tal vez era por ello que los mismos policías dejaban que hicieran de las suyas, nunca pasaban mucho más allá de un hurto menor o tal vez algunas peleas pero nunca se había llegado al punto que causaba el terror actual.

Desde unos ocho días hasta hoy han ocurrido asesinatos totalmente esporádicos y con diferentes niveles de crueldad. En las calles se encontraron algunas personas que han muerto debido a problemas respiratorios e infartos fulminantes los cuales se les ha adjudicado condiciones ambientales insalubres y fugas de gas indetectables.

Después se encontraron que algunas de estas bandas delictivas han desaparecido y solo entre los callejones y el muelle se encuentran únicamente charcos de sangre pero ningún cuerpo, las investigaciones han arrojado que no existe conexión alguna en los asesinatos.

Era por ello que estaban a la expectativa de que este asesino serial haga acto de presencia pero hasta este momento, no era un caso que iba a resolverse de forma inmediata.

Entre las callejuelas de la ciudad los gritos de dolor y el terror provocaban ecos en las mentes y corazones de los presentes. Un grupo de veinte personas reducidos a solo una persona.

Nunca lo hubieran anticipado, simplemente estaban reunidos contando el botín de una noche productiva entre las callejuelas de la ciudad cuando una persona extraña apareció, se movía de forma extraña y bamboleante como si estuviera ebria, una larga capa raída de color arena que cubría su cuerpo y su cabeza.

Se miraron entre los mismos y no pudieron evitar la tentación de coronar aquella noche y mucho más con un objetivo tan sencillo y tentador y por ello se acercaron con sus tubos de hierro y sus cadenas, solo lo iban a amedrentar.

El círculo mortal se cerraba alrededor del hombre borracho que no parecía estar ni siquiera lo suficientemente consciente de la precaria situación que se pintaba a su alrededor. Los bandidos no retrocedían, a decir verdad, preferían simplemente quitarle a ese hombre todo lo que tuviera sin tener que hacerle mucho daño.

Y entonces ese hombre dejo de tambalearse y se quedó estático, un fuerte y tenso silencio se sembró en aquellos callejones y este comenzaba a romperse gracias a quejidos inentendibles y que de pronto explotaron en risas histéricas y el sonido de metal chocando.

Después, todo se volvió rojo.

Los miembros cercenados y la sangre pintaba las calles y paredes, el grotesco sonido de la carne siendo mutilada, los cartílagos rompiéndose y los huesos crujientes solo podían ser opacados por las risas histéricas y las palabras profanas que profería la figura encapuchada.

El sonido de aquellas cadenas que surgían de sus manos y despedazaban los cuerpos era una música de fondo para la inusual y bárbara masacre, una veintena de hombres casi todos despedazados y convertidos en desperdicios humanos, órganos y viseras por todas partes al igual que rostro de dolor y terror pintados en sus muertos semblantes.

El único superviviente de la masacre no podía proferir ningún tipo de grito, su propia voz había huido y sus cuerdas vocales se congelaron ante el horrible acto y el miedo que controlaba todo su cuerpo al punto de haber perdido el control de sus esfínteres.

Aquellas cadenas oscuras y pesadas se arrastraban por el suelo y que terminaban en garfios teñidos de sangre y carne humana provocaban un sonido sobrenatural y demoníaco helaba los huesos, aquella figura era impresionantemente alta, solo su sombra era capaz de tapar toda luz que pudiera darle alguna esperanza.

Aquel hombre extendió su brazo diestro hacia su última víctima y lo tomó de la cabeza con total facilidad, aquel brazo de color moreno y lleno de marcas intrincadas en forma de tatuajes, sus dedos se aferraban y aumentaban la presión sobre el cráneo de su víctima que trataba de gritar de dolor pero la mano sobre su rostro amortiguaba el sonido.

— ¿Mm? ¿Pasa algo? Has estado callado un tiempo desde que comencé a divertirme, me agrada que mis compañeros de juego canten y hagan ruido, sino me puedo desconcentrar... — su tono de voz era turbio y cantarina pero sumamente oscuro y escalofriante—me agradaría saber tu opinión respecto a mi arte ¿Me lo dirías...? —.

La presión de su agarre aumentaba, los quejidos aumentaron la intensidad y el sonido pero este era totalmente amortiguado por la mano de aquel hombre tenebroso. Nuevamente la risa perturbadora y psicótica comenzaba a llenar el aire al tiempo que los quejidos eran gritos opacos de súplica y total dolor.

La presión llegaba a su punto máximo al punto de que las orejas y ojos de la víctima salía sangre, ya no gritaba debido a que había quedado inconsciente del dolor y el largo y nada piadoso sufrimiento. El cráneo bajo los dedos de aquel hombre cedió y explotó en una masa de sangre y materia encefálica que cubrió todo el lugar y la mano del asesino.

El cuerpo se movía producto de espasmos involuntarios antes de caer al suelo de forma nada delicada y con un ruido sordo. Aquel hombre observaba su diestra ensangrentada al tiempo que la tela que cubría su cabeza descendía.

Su cabello era muy largo, extremadamente largo y que fluía por su espalda, a un lado de su cabeza salían dos adornos en forma de plumas desgastadas y de colores opacos, su tono de piel era de color moreno muy fuerte.

Sus ojos eran de un color naranja malsano, se notaba una gran falta de cordura y que disfrutaban de toda la destrucción y muerte a su alrededor. En su rostro una sonrisa torcida y desagradable que mostraba unos colmillos pronunciados.

—Un acto un poco pecaminoso pero se nota que lo disfrutas Berserker...—.

Pasos largos y tendidos se escuchaban cerca de la zona del crimen, los cuerpos alrededor y las partes humanas comenzaron a oscurecerse y derretirse en forma de una sustancia similar al alquitrán, una figura se acercaba hacia el llamado Berserker al tiempo que el cuerpo tirado frente a él se derretía y se juntaba alrededor de la persona recién llegada.

Era una mujer fantasmal y de apariencia muy sombría, su altura era prominente pero continuaba palideciendo ante la de Berserker. Tenía un extraordinario cabello largo que llegaba incluso a la altura de sus tobillos con un color blanco grisáceo.

Su cuerpo era sinuoso y llamativo cubierto por un vestido elegante de color negro junto a llamativas botas de color negro y tacón que resonaba con cada paso. Frente a su rostro llevaba un velo también oscuro pero aquello no podía ocultar dos ojos brillantes y rojizos como las llamas de una fogata.

Su belleza era muy particular ya que aunque era muy fantasmal esa pequeña sonrisa inocente y amigable simplemente acrecentaba la incómoda sensación. La mujer se detuvo al lado del Servant el cual solo la observaba con diversión. Sobre el dorso de su mano diestra estaban tres marcas negras con una forma parecida a una hoja.

—No me has dejado enfrentarme a los otros Servant, tengo que buscar las maneras de mantener mis manos ocupadas—Berserker observaba a la mujer de rojeo al tiempo que observaba su diestra sangrante con cierta fascinación— ¿Por qué entonces no debería divertirme de esta forma? —.

—No me malinterpretes Berserker, tienes total libertad para moverte y hacer lo que te plazca pero debes recordar que estamos en una guerra bilateral—la mujer hablaba con suavidad y sin perder la gracia de una dama—es necesario tener que estar los suficientemente preparados—.

—No me importan si son negros o rojos, mientras pueda asesinar a muchas personas entonces alcanzaré a ese Dios y su copa—Berserker sonreía eufórico mientras las cadenas que surgían de su capa se movían y vibraban—pero recuerda tu promesa Jeanne Vicioux, deberás darme mucha diversión—.

—No te preocupes Berserker, te regalaré toda la muerte y destrucción que tu alma atormentada será saciada—la mujer de nombre Jeanne estaba tranquila al tiempo que aquella materia negra y viscosa la rodeaba—el Santo Grial nos dará mucha diversión a ambos... —.

Continuará...

VAMPIRES & ZOMBIES in FEARLAND

CAPÍTULO 6: EL JUICIO

Entre los barrotes de una angosta celda sacando la cabeza me hallaba cuando de repente me percaté del sonido de unas pisadas. Desistí de mi fugaz intento de fuga... por el momento.

—He defendido casos peores— escuché una confiada y desconocida voz.

—Es un buen chico... solo que algo disperso— reconocí a la otra persona cuando agucé un poco más el oído.

Pronto se encontraron ante mi celda Reindhal y un hombrecillo que vestía un frac impecable y portaba un monóculo y un paraguas que le hacía de bastón. Padecía de una alopecia prematura, su hirsuto bigote aznaresco parecía fruto de una apuesta arriesgada que le había tocado perder y su hocico de comadreja afeaba aún más el rostro simiesco del individuo.

—Me llamo Willhendorf y Reindhal me ha contratado para ser su abogado en el juicio que se le avecina— se presentó con una sonrisa que exhibía sus colmillos chapados en oro. Había que ser cutre para hacer semejante atentado contra la estética pero me ahorré mi chanza porque no quería meter mi polla en la gran olla de mierda en la que estaba inmerso.

—¿Crees que sabrá estar a la altura del caso?— le pregunté a Reindhal con despreocupación.

—¡¿ALTURAAAAA?!— Willhendorf se puso rojo por la furia al mismo tiempo que sus músculos incrementaban hasta el punto de romper sus vestimentas. Era como ver la fusión de Hulk y un gremlin.

—Tranquílcese Willhendorf. Estoy seguro de que William no quería faltarle al respeto— Reindhal agarró por la espalda al abogado hasta que este se calmó un poco.

En ese trance los barrotes que custodiaban mi celda se habían desintegrado. En ese mismo instante me di cuenta de que el vampiro que tenía delante no era un cualquiera.

—Ya estoy bien— Willhendorf mantuvo su respiración durante unos segundos y soltó una gran bocanada de aire. Recuperó la forma física de tirillas— No soporto que me insinúen que soy bajito. No es porque tenga un complejo con mi estatura; es que no me gusta que me mientan— me advirtió.

Willhendorf no sobrepasaría el metro y medio de estatura.

—Usted no es chaparro para nada— tragué saliva acongojado.

—Muy bien. Volvamos al trabajo— sacó los papeles de un maletín que apareció prácticamente de la nada— ¿Por qué asesinó a Zombie Random Número Uno?— me preguntó.

—Yo no le maté— le dije con sinceridad.

—Venga ya— Willhendorf soltó un bufido— No hace falta que mienta a su abogado. He defendido a unos cuantos asesinos antes que usted. En primero de Derecho hay una asignatura que se llama Ética. Allí te enseñan que la única ética que importa es la del dinero. Puedes haberte follado a una decena de niños huérfanos y haberte bañado con su sangre después de degollar sus cuerpos que mientras entre dinero en mi bolsillo yo seré tu defensor a ultranza. Los únicos que creen en la justicia son los que no han estudiado Derecho— se rió a carcajadas— Bueno, si me miente será más difícil planear una coartada coherente— volvió a centrarse en el caso.

—Yo no lo hice— volví a responder con franqueza.

—Entonces me será más fácil defenderle— asintió satisfecho.

Entonces le relaté mi particular caso.

—Muy bien— tomó nota en un bloc— Tengo que irme a preparar su defensa— se fue tan rápido del lugar que casi parecía que se había volatilizado.

—Voy a reconstruir la celda— me dijo con seriedad Reindhal mientras fabricaba desde cero unos barrotes y una puerta con cerradura fabricados con su sangre— Es una réplica de la anterior, el carcelero no se dará ni cuenta.

—¿Cómo puedes ser amigo de ese tipo?— le pregunté asombrado a Reindhal. Su personalidad no casaba nada con alguien de la calaña de Willhendorf.

—No es mi amigo exactamente pero tenía que recurrir a esta medida desesperada. No me creo ni un ápice de la versión que han pronunciado las autoridades zombies en su contra. Alguien te tiene en su punto de mira en las altas esferas. ¿Tienes algún enemigo, William Waster?— me preguntó.

“Todo habitante sobre la faz de Fearland es de alguna u otra forma enemigo mío” pensé. Sin embargo, había una zombie en particular que era la principal sospechosa de este caso.

—Hermenegilda— mascullé ese nombre con nostalgia.

—La número uno del Consejo de los Zombies Supremos. Menudo enemigo poderoso se ha ganado. ¿Puedo preguntar a dónde se remonta tal enemistad?

—Rencillas nimias en el pasado. Lo que pasa es que es muy rencorosa. Es extraño que las mujeres zombies sean bordes conmigo. Desde que no pueden tener la regla no me explico el motivo científico de por qué me odian tanto— me llevé la mano al mentón pensativo.

—No sé por qué será— bufó Reindhal resignado.

—Será un juicio amañado, ¿verdad?— pregunté de repente.

—Probablemente— Reindhal se apoyó en la dura pared de piedra del pasillo con un evidente gesto de cansancio.

—¿De qué sirve entonces la intervención de ese tal Willhendorf?

—Es el mejor abogado de toda Fearland y es además el jurista del Consejo de los Diez Vampiros Supremos. Willhendorf, el octavo asiento del Consejo, líder del sector Norte W, con una fuerza vampírica estimada de 845 unidades. Le apodan el Abogado del Diablo. Si las cosas se ponen feas hemos quedado en recurrir a la fuerza para sacarte de allí y esconderte en un lugar lejano— explicó.

—No veo a Willhendorf sacrificándose para salvar mi pescuezo— le dije desesperanzado a Reindhal.

—Él por dinero haría lo que fuera. Como vampiro me da asco pero nunca deja insatisfecho a sus clientes— dijo mi benefactor con un tono de voz apagado y sombrío.

Una semana después de mi detención se celebró el tan infame juicio. En ese transcurso de tiempo se había montado una campaña en las redes sociales que me ponían a parir soltando todos los bulos y verdades a medias posibles. Los Social Justice Zombie Warriors le habían hecho el trabajo sucio a Hermenegilda. Toda la opinión pública me consideraba culpable antes incluso de empezar el juicio.

La sala del juzgado se parecía mucho a la de los Simpsons: un estrado, dos mesas en paralelo separadas por unos cuantos metros donde se situaban los dos bandos de la acusación, el tribunal que albergaba al jurado popular y un montón de sillas a mi espalda donde se situaban los curiosos espectadores del juicio en busca de algún morbo que les diera un momento de sabor a sus aburridas vidas. Me senté en la silla del centro de mi mesa. Willhendorf se situó a mi izquierda y Reindhald a mi derecha. En la mesa de la acusación se sentó...

—¡Hermenegilda!— exclamé al verla sentada en la otra mesa junto a dos zombies que no conocía.

—Hoy pagarás por todos tus pecados, William Waster— Hermenegilda me obsequió con una mirada sádica y de asco al mismo tiempo que me la puso como para partir nueces. ¡Qué curiosas son las reacciones fisiológicas a veces!

—No esperaba que fuese ella en persona la que llevaría la acusación contra usted— sonrió Willhendorf aceptando el desafío.

La sala estaba abarrotada. No cabía ni un solo zombie más en aquella sala. Un murmullo general de expectación se levantó cuando el juez hizo su entrada desde el techo con una inusitada furia. Algo en su rostro enfadado se me hacía muy familiar.

—El juez de hoy es primerizo. Se trata de un tal Godofredo que ocupa el asiento número diez en el Consejo de los Diez Zombies Supremos— leyó Willhendorf en sus papeles.

—Tiempo sin vernos, William Waster— me saludó Godofredo con frialdad.

—¿Quién es este tipo?— le pregunté por lo bajini a Reindhald.

—Es el jefe de la cuadrilla de trabajadores zombies que se puso en huelga contra usted en el capítulo uno— me respondió murmurando.

—¿Qué capítulo uno?— volví a preguntar bajito.

—El de Vampires & Zombies in Fearland. ¿No me digas que no te has leído Vampires & Zombies in Fearland?— se sorprendió Reindhald.

—¿Por qué iba a leer esa mierda?— espeté.

—Ejem, ejem— carraspeó Godofredo— ¿Qué están murmurando?— estaba visiblemente enojado.

—Le estaba diciendo lo buen jefe que era con vosotros cuando trabajábais para mí— le mentí para salir del apuro.

—Aún nos debe el salario a todos tus extrabajadores— Godofredo hizo especial énfasis en el “ex”.

—Con mi sueldo de profesor pagaré lo que os debo a plazos— prometí— ¿Cuántas nóminas os pagué?

—Ninguna— contestó secamente.

—Eso hace que...— saqué una calculadora de mi bolsillo— el plazo... me llevo una y resto dos... Os terminaré de abonar lo que es vuestro dentro de... treinta y siete años. ¿Aceptáis cheques sin fondos?— pregunté.

Si las miradas mataran Godofredo me habría hecho un combo letal de Mortal Kombat justo en ese momento. Sin embargo solo se limitó a decir con odio:

—¡Que entre el jurado popular!

Una hilera de gente comandada por nada más y nada menos que la Zombie Social Justice Warrior Zoey Smith entró en la sala y ocupó sus respectivos asientos en el palco del jurado.

—Esto es muy malo— una gota de sudor frío se resbaló por la frente de Reindhald.

—¿Qué pasa?— me extrañé de su reacción.

—Zoey Smith ocupa la segunda posición en el Consejo de los Diez Zombies Supremos— respondió Willhendorf en lugar de Reindhald.

—¿Qué?— me quedé patidifuso.

—Se gana usted enemigos muy poderosos con facilidad— suspiró Reindhald.

—Yo estoy contigo, mi señor— escuché una voz de camionero a mis espaldas procedente del público que me resultaba muy familiar.

—No sabes cuánto me alegro de verte Cindy— me sentí reconfortado por tener un apoyo inesperado.

—Te daré todo mi apoyo moral— me dijo con voz femenina.

—¿Solo moral? ¿Si las cosas se ponen feas no me echarías una mano físicamente hablando?

—No te creas tanto, idiota— se sonrojó e hizo unos aspavientos muy femeninos mientras hablaba con su voz ronca de camionero resacoso.

—¡No te pongas en plan tsundere cuando me hables con la voz de un hombre!— un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal.

Me puse a pensar en mi situación actual. En caso de huída la desagradecida de Cindy no me sería útil. Es una pena porque su puesto número seis en el Consejo de los Diez Zombies Supremos me hubiese sido de gran ayuda. A cambio tenía el apoyo de los puestos número diez y ocho del Consejo de los Diez Vampiros Supremos. En mi contra estaban el puesto número uno, dos y diez del Consejo de los Diez Zombies Supremos. A priori estaba en desventaja pero no sabía hasta que punto se equiparaba un Vampiro Supremo a un Zombie Supremo. Desconocía si el número diez de los Vampiros Supremos era más poderoso que el número uno de los Diez Zombies Supremos o viceversa. A fin de cuentas, era un dato que no quería conocer ese día.

—Cuatro miembros de los Diez Zombies Supremos y dos miembros de los Diez Vampiros Supremos. Parece que será un juicio de altos vuelos— bromeé.

—¿De “altos vuelos”?— a Willhendorf se le hinchó la vena del cuello.

—No iba con segundas— corregí de inmediato mi patinada monumental.

—Menos mal— respiró tranquilo Willhendorf.

“¿Y este es el abogado que me va a defender?” me quejé para mis adentros temeroso de que se le fuera la pinza durante el juicio y armara la de dios pero según Reindhald el que más peligro tenía de liarla al hablar era yo mismo.

—Se os ve muy ajetreados en esa mesa— sonrió Godofredo mientras se enfudaba la peluca típica de juez.

—¡Protesto por la presencia de esa tal Zoey Smith! ¡Es una enemiga jurada de mi cliente que además ha vertido difamaciones sobre él en internet! No la consideramos un jurado parcial— protestó Willhendorf con vehemencia.

—Si solo fuera eso— se rió Godofredo— ¿Acaso su cliente no reconoce a los otros miembros del jurado?

—No— respondí de inmediato.

Un enfado monumental se levantó en la tribuna del jurado. Mi querida y santa madre fue mentada con fines no muy dignos en múltiples ocasiones.

—Son los trabajadores que tenías a tu servicio. Somos los originales, es decir, los que creaste tú mismo en persona para explotarnos y esclavizarnos sin remordimiento alguno— dijo Godofredo lleno de rencor.

Se hizo un silencio incómodo.

—Cuánto tiempo sin vernos chicos, ¿qué tal os va la vida?— pregunté de repente a los miembros del jurado sin venir a cuento de nada.

—¡¿Es eso todo lo que nos tienes que decir?!— gritaron todos ellos al unísono llenos de ira.

—Orden en la sala— Godofredo golpeó con su martillo en la mesa.

—Doy por iniciado este juicio en el que se le acusa al imputado William Waster del asesinato de Zombie Random Número Uno. Si el veredicto popular declarase culpable al acusado la única pena posible sería la muerte— dijo Zoey Smith en voz alta tras separarse del jurado.

—¿Quién te ha dado a ti vela en este entierro?— le increpé mientras me levantaba de la silla en señal de protesta.

—Soy la fiscal— respondió.

—Mierda— me senté derrotado en mi silla.

—No te preocupes. En caso de extrema urgencia, Willhendorf puede usar su habilidad vampírica para sacarte de aquí— me susurró Reindhald al oído.

—¿Estás seguro? Tenemos en frente a tres Zombies Supremos— mascullé.

—La habilidad vampírica de Willhendorf es una de las más terroríficas que han existido sobre la faz de Fearland— dijo confiado.

—William Waster es llamado al estrado a declarar— ordenó Godofredo.

Anduve los escasos pasos que distaban del estrado renqueante debido a los nervios. Una vez que me hube sentado la fiscal me leyó los cargos contra mí de nuevo. Seguidamente, Hermenegilda, como abogada de la familia del asesinato, se acercó hacia mi con mirada llena de odio y después se dirigió hacia toda la sala para soltar un discurso populista para alentar a toda la sala contra mi persona.

—Lo primero que una persona hace al encontrarse un asesinato de estas características es buscar un móvil...

—Lo siento pero estoy satisfecho con mi compañía telefónica— solté un chiste malo debido a mi nerviosismo.

Toda la sala se quedó en silencio.

—¿Permiso para golpear en las pelotas al imputado la próxima vez que me interumpa?— preguntó Hermenegilda.

—Permiso concedido— Godofredo no se lo pensó dos veces.

—Como iba diciendo... no hay ningún móvil lógico aparente tras esta acción, ni económico, ni pasional, nada. ¿Entonces qué motivo induciría a William Waster a cometer semejante atrocidad? Ninguno en particular— se respondió a sí misma— Sin embargo, los que hemos tenido la desgracia de conocerle en persona nos hemos dado cuenta de un hecho: William Waster es la personificación de la maldad pura. Nada le motiva a hacer el mal en concreto, simplemente lo hace. A veces sin querer y de manera inocente lo que es peor porque demuestra que es un infraser forjado en el abismo de Mordor por orden M. Rajoy a partir de un forero promedio de foroches, un tertuliano del Chiringuito de Jugones y Federico Jiménez Losantos. En resumen, una aberración de la naturaleza— concluyó.

—Eso es mentira— me indigné ante tal acusación.

—Para demostrar mi tesis pediré al acusado que cuente un chiste de esos que tanto le gustan desde el estrado— Hermenegilda me miró de reojo.

—No lo veo pertinente mi señoría— protestó Willhendorf.

—Protesta denegada— desestimó con celeridad Godofredo— Cuenta un chiste, William Waster— me ordenó.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Como veía que me atascaba, un zombie del público me intentó animar coreando la frase de “Que cuente un chiste”. Poco después se sumaron unas cuantas voces más y finalmente toda la sala estaba jaleando “¡Que cuente un chiste!” como si de un espectáculo de circo se tratase. Parece que todo el mundo se había olvidado del motivo por el cual estaban allí. Sin embargo, esta inesperada muestra de ánimo solo me puso más presión sobre mis hombros porque no quería defraudar sus expectativas. Busqué apoyo visual por la sala para inventarme un chiste. Por suerte, mis ojos dieron a parar con una pancarta al final de la sala que me ofreció lo que me parecía a mí un material de humor de valor incalculable.

—Ehhhh— empecé a decir.

Con ese amago de hablar todo el mundo se fue callando poco a poco para otorgarme la palabra en un gesto— he de decir— bastante educado por su parte.

—¿En qué se parece la menstruación de mi novia a un chico con síndrome de down?— pausa para el remate— En que ambos son desagradables y siempre vienen con retraso.

Un silencio incómodo se hizo en la sala, especialmente en el ala trasera donde estaba la pancarta de “Asociación de estudiantes con síndrome de Down”. Supongo que estarían allí debido a alguna actividad extraescolar.

—Mi tesis está probada— asintió con satisfacción Hermenegilda al cabo de un rato.

—¿No lo habéis pillado?— empecé a mirar extrañado por la sala. Algunos de los espectadores estaban incluso llorando pero no parecía que fuese de la risa.

—Si ser un hijo de la grandísima puta fuese un delito las cárceles estarían saturadas, mi señoría— saltó Willhendorf al ruedo para defenderme— No voy a negar la falta de sentido común de mi cliente pero es ridículo demostrar su autoría en el asesinato con pruebas tan

vagas. En cambio yo puedo ofrecer hechos científicos que prueben la inocencia de William Waster— Sacó un sobre de su bolsillo que entregó a Godofredo.

—¿Qué es esto ?— preguntó interesado el juez.

—Los resultados de las pruebas del carbono 14 en el cadáver de Zombie Random Número Uno. No me ha dado tiempo a leerlos debido a la irregularidad y la rapidez con la que este juicio ha sido convocado pero estoy seguro de que hallaremos algún hecho esclarecedor que resuelva las dudas sobre este trágico suceso— Willhendorf se movía con soltura a pesar de tener todos los factores en su contra en ese momento. Se notaba que era un abogado curtido en mil batallas.

Godofredo se dispuso a leer los resultados.

—El carbono catorce demuestra que Zombie Random Número Uno murió... hace cincuenta años— leyó con voz apagada.

Un silencio incómodo se hizo de nuevo en la sala.

—Efectivamente, casi todos los aquí presentes estáis muertos; pero eso no significa que no podamos datar la fecha del segundo fallecimiento de Zombie Random Número Uno. Los zombies, al poseer sangre vampírica se os ha transmitido a su vez algunas partículas vampíricas. Siguiendo este rastro se puede obtener unos resultados similares a los del carbono catorce ya que dichas partículas cumplen con el mismo papel en los organismos de sangre vampírica. Estos resultados sí que me ha dado tiempo a leerlos— Willhendorf entregó un segundo papel al juez.

—Según estos análisis, Zombie Random Número Uno falleció el sábado pasado entre las cinco y las seis de la tarde— leyó Godofredo.

—¿Qué estabas haciendo a esa hora?— me preguntó Hermenegilda casi sin darme tregua.

—Los fines de semana son mis días libres así que me gusta sentirme realizado haciendo labores que mejoren la vida de la comunidad— mentí para corregir la impresión equivocada que tenían de mí— Ayudo a ancianas a cruzar la calle, recojo la basura que me encuentro por el suelo, participo activamente en OMGs y cosas de esas...

Todo el mundo en la sala se empezó a descojonar de la risa aunque esta vez no la buscaba. ¡Qué difícil que es entender a las masas!

—Esa coartada tan inverosímil viniendo de él prueba claramente su culpabilidad— arguyó Hermenegilda.

Se escuchó una risita maquiavélica de fondo. Todo el mundo se giró hacia Willhendorf el cual arrastraba una mesita de metal con ruedines cuya superficie estaba tapada por una manta negra.

—Querido juez, querida fiscal, queridos miembros del jurado— se pavoneó ante todos ellos — Puedo demostrar con total contundencia que mi cliente es inocente...— pausa dramática para hacer énfasis— a través del historial de su ordenador— tiró de la manta negra descubriendo mi ordenador portátil personal.

Hice lo que cualquier hombre racional hubiese hecho en mi situación.

—Prefiero declararme culpable señoría— me levanté alterado de mi silla.

—Denegado. Que el abogado muestre las pruebas— dijo Godofredo con sadismo y afán revanchista.

—De cinco a cinco y media mi cliente realizó las siguientes búsquedas en su ordenador: “Aparatos o métodos para alargar el miembro viril unos cuantos centímetros”, “Ventajas de tener un micropene”, o “¿Es verdad que las mujeres las prefieren largas?”. Al principio mi cliente intentó buscar información en páginas de probada reputación pero al cabo de un rato acudió lleno de desesperación a Zombihoo Respuestas— Willhendorf mostró el historial al juez.

Unas carcajadas generales invadieron toda la sala. Las sonrisillas condescendientes de Hermenegilda y Zoey Smith no se me pasaron por alto. Incluso Reindhal hacía enormes esfuerzos por controlar su hilaridad. En ese momento deseé tener la capacidad de esconder mi cabeza en el suelo como los avestruces.

—¿Y de cinco y media a seis?— preguntó Godofredo.

—Consumió ingentes cantidades de porno furry, zoofílico, de gilfs y hermafroditas, e incluso hay un vídeo casero muy curioso que reúne todas las categorías anteriores— Willhendorf clickó un par de veces en el ordenador para enseñarle a Godofredo todo lo que este no necesitaba saber de mí.

—No hacía falta que me mostraras ese vídeo— dijo Godofredo con cara de haber despertado un nuevo trauma en su interior.

—No hay nada más que decir señoría— sonrió Willhendorf con la altivez de verse con la victoria en la mano.

Mientras tanto yo estaba deseando que cayese una bomba atómica justo en ese preciso instante y nos matara a todos de una maldita vez.

Un zombie algo torpe se dirigió corriendo al estrado y le entregó una carta al juez. Este la abrió y la leyó para sí mismo sin mostrar ningún tipo de emoción. Después procedió a leerla en público.

—Al imputado se le atribuyen también un delito de abuso sexual contra la zombie Zoey Smith y otro delito de incitación al odio en el aula aprovechando su posición de docente.

—Protesto. No se puede modificar un pleito así como así en plena celebración del mismo— chasqueó la lengua Willhendorf.

—Protesta denegada— desestimó Godofredo la petición.

—Traed la prueba del delito— dijo Hermenegilda haciendo de abogada a su vez de la fiscal Zoey Smith. Nunca en mi vida había visto más irregularidades en un mismo juicio.

Una cinta de video fue reproducida entonces en una tosca televisión. Era la grabación de seguridad del aseo del colegio donde se había producido el incidente y visto desde una posición neutral parecía claramente lo una agresión sexual.

—¿Algo que testificar?— me preguntó el juez.

—Bueno... se me olvidó lavarme las manos. No era mi intención lubricar la mano de Zoey Smith con mi semen. Por cierto, entre nosotros, deja un cutis perfecto— le guiñé un ojo a la fiscal para la sorpresa de esta. Su boca se abrió más que mis posibilidades de dirigirme al patíbulo.

—Mi pareja ha sufrido secuelas psicológicas desde entonces debido a esa traumatizante experiencia— Hermenegilda le pasó a Godofredo un informe del psicólogo.

—¿Cómo que pareja?— pregunté asombrado.

—Hermenegilda y yo somos pareja de hecho— confirmó Zoey Smith desafiante como si se pensara que yo pudiese guardar algún prejuicio homofóbico.

—Sois lesbizombies u zombilésbicas— mi cabeza voló al paraíso de los sueños húmedos— Señor juez, exigo un vídeo casero de Hermenegilda y Zoey Smith como prueba para el juicio.

—¡Protesto!— alzó la voz Hermenegilda.

—Espera un momento— carraspeó Godofredo— Dejemos que se justifique— me miró con curiosidad.

—Es obvio que en este caso la orientación sexual de la damnificada es significativa a la hora de la denigrante acción. No es lo mismo que unas tijeras prueben mi aceite de nabina que lo haga una funda de katana. No sé si usted entiende la metáfora, señor juez— empezó a darme un calentón.

—La entiendo, la entiendo— asintió un par de veces con su bajeza— Propuesta aceptada, William Waster.

—¡Señor juez!— protestó Zoey Smith— Usted no tiene la potestad de exigir un vídeo de Hermenegilda y yo teniendo relaciones sexuales para el juicio— se cruzó de brazos indignada.

—Tienes razón— bufó el juez.

Hermenegilda y Zoey Smith suspiraron aliviadas.

—Lo votaremos por asamblea popular— concluyó.

—¡Señor juez!— Hermenegilda y Zoey Smith se indignaron al unísono.

—¿Quién llevará el recuento de los votos?— preguntó Godofredo.

—Yo mismo. También tengo el título de notario— dijo Willhendorf mientras cogía un papel y un boli. Sangraba abundantemente por la nariz con un rostro de perverso.

Un gran jaleo se armó en la sala en ese momento. La votación casi se convierte en una trifulca pues muchas parejas se pelearon por diferentes cuestiones de criterio. La votación fue caótica. No sé cómo pudo Willhendorf contar todas las manos alzadas en cada ocasión aunque me pareció que hacía trampas en dicha labor.

—Ciento treinta votos en contra y ciento treinta y cinco votos a favor del visionado del vídeo casero lésbico de Hermenegilda y Zoey Smith— redactó en el papel antes de estampar su sello. Willhendorf entregó el documento al juez, el cual asintió con satisfacción.

Hermenegilda y Zoey Smith no tuvieron más remedio que ceder ante la presión popular y poner en la televisión una cinta con sus experiencias lésbicas para mi deleite particular. Ahora que reflexionaba con detenimiento me pregunté por qué los zombies hacían tales cosas si eran incapaces de sentir placer. Supongo que será un burdo intento de imitación de sus antiguas personalidades. Mientras sea material legítimo para pajas a mí me vale. Las damnificadas escondieron avergonzadas sus rostros entre sus manos y yo me jalé el ganso disimuladamente.

—Esta prueba de vídeo agrava más tu situación— dijo Godofredo— ¿Algo que objetar?

—¿Podrías poner la cinta de nuevo?— le pedí.

—No veo problema alguno con eso— asintió.

Y la cinta se reprodujo por segunda ocasión en el juicio.

Al cabo de un tiempo Godofredo removió un poco más sus papeles como si intentara ordenarlos y se puso un par de gafas postizas. Tosió premeditadamente un par de veces.

—Este juicio está visto para sentencia— la mirada del juez se tornó sombría.

—¿Cómo?— la decisión me tomó por sorpresa.

—William Waster es declarado inocente del asesinato de Zombie Random Número Uno y culpable de los delitos de abuso sexual y de incitación al odio en las aulas— sentenció.

—Lo segundo ni siquiera lo hemos tratado— se ofuscó Willhendorf.

—¡No oses interrumpir al juez!— Godofredo golpeó el mazo contra la mesa— La suma de los delitos es bastante grave. Sentencio a William Waster a morir en la horca.

Un murmullo de aprobación se despertó en la sala.

—La Constitución Vampírica no tolera semejante acto de caciquería— protestó Willhendorf con efusividad.

—La Constitución Vampírica no tiene vigor en los zombies— dijo Zoey Smith satisfecha.

—¿Por qué ley os regís entonces?— le increpó mi abogado.

—Por la Constitución Zómbica— respondió la fiscal.

—No existe tal constitución— se mofó Willhendorf.

—Pues claro que existe— sonrió Hermenegilda— Fue aprobada ayer por la tarde.

La encerrona estaba servida. Un zombie random le ofreció a Willhendorf la Constitución Zómbica, la cual era bastante escueta pero dejaba clara su intencionalidad.

—Artículo uno, todos los zombies son iguales ante la ley excepto William Waster; artículo dos, William Waster será encontrado culpable de cualquier delito que se le impute; artículo tres, cualquier sentencia que se dictamine contra William Waster será pena de muerte. Constitución aprobada por mayoría absoluta por el Consejo de los Diez Zombies Supremos. Fin— leyó Willhendorf mientras se rascaba la cabeza.

—¿Tú sabías sobre esto?— me acerqué a Cindy para preguntarle.

—Por supuesto— asintió ella.

—¿Y no se te ocurrió contármelo en algún momento?— le increpé.

—No he caído señor— se golpeó la cabeza con un gesto muy femenino y con una voz muy masculina.

—Maldita seas— mascullé.

—¡Esperad un momento!— alzó la voz Willhendorf— Por su condición de humano William Waster no debería ser afectado ni por la Constitución Zómbica ni por la Constitución Vampírica. Este juicio está claramente adulterado. Exigo la suspensión del mismo y que se reanude en el Tribunal Supremo de Vampirópolis en unas condiciones de imparcialidad que sean justas para la defensa de mi cliente— exigió.

—No me vengas ahora con tecnicismos insignificantes— Godofredo golpeó una vez más su martillo contra la mesa.

—Entréganos a William Waster— Hermenegilda hizo el ademán de abalanzarse sobre mí.

—No me dejáis más remedio— Willhendorf rompió sus vestimentas al aumentar el volumen y el grosor de sus músculos.

Reindhal me tapó los ojos y me apretujó contra el suelo. Un aura maléfica impregnó cada uno de los rincones de la sala. Ya se me había advertido sobre lo terrorífica que era la habilidad vampírica de Willhendorf pero lo que ví entonces superó mis expectativas.

Hermenegilda se estampó contra un muro de papeleo surgido de la nada.

—Si quieres atacar a William Waster tendrás que firmar todos estos papeles y entregárselos al departamento de Caza de Alimañas para que te los refrenden antes de pasar por la oficina de Control de Plagas que a su vez te derivarán a Permiso de Armas no sin antes pasar un examen teórico y un test psicotécnico para el cual necesitarás una acreditación B2 de inglés. Después de eso necesitarás pasar por secretaría, pero tienes que tener vigente la renovación del nuevo formato del pasaporte y del DNI y traer escaneado tu seguro médico, tu tarjeta sanitaria y una docena de fotos tamaño carnet. Una vez superado estos trámites tendrás que conseguir tu propio verdugo homologado y que esté aprobado por nueve de cada diez dentistas y solo bajo estas condiciones se podrá ejercer la ejecución de William Waster en un patíbulo que cumpla todas las condiciones sanitarias y de seguridad, las cuales deberán estar confirmadas por sendos inspectores. Para contratar dichos inspectores, necesitarás ir a comisaría para que te firmen que no tienes antecedentes penales de ningún tipo. Y solo después de todo esto podrás ejecutar a William Waster. Pero para librarte de su cadáver tienes que dejar atado antes de la ejecución el servicio de limpieza de un espacio público del cual se hace un uso privado. Para ello tendrás que acudir de nuevo a las oficinas del ayuntamiento con un C1 de francés y un A2 de alemán, una ristra de morcillas para el noble acto de la corrupción y de la prevaricación, y un frasco de sangre de koala, el cual tiene que estar certificado por al menos tres zoológicos de Fearland de gran reputación. Solo así podrás llegar a William Waster— explicó Willhendorf.

Habilidad vampírica de Willhendorf: Burocracia. Una vez que te estampes contra su red de papeles solo podrás liberarte de ella tras el cumplimiento de todas las condiciones impuestas por la tediosa y lenta burocracia. Cuenta la leyenda que una de sus víctimas tardó casi medio siglo en cumplir todo lo estipulado por su habilidad vampírica.

La red de papeles de Willhendorf inundó toda la sala envolviendo a todos los asistentes al juicio. A Reindhal no le faltaba razón cuando decía que la habilidad vampírica de Willhendorf era una de las más terroríficas que había conocido. Gracias a dios que pude escapar de la sala por un lateral gracias a la inestimable ayuda de Reindhal, el cual estaba prevenido del ataque de antemano.

—¡Huye de aquí!— me gritó mientras me impulsaba al otro lado de la calle. Él también había caído en la red de papeleo de Willhendorf sufriendo los daños colaterales de la acción del octavo vampiro más poderoso.

Y corrí, y corrí, y corrí.



CAPÍTULO 4: DEATHBERRY RETURNS 3

Un hombre iluminaba su pintoresca habitación a la luz de las velas. Una tras otra las encendía y la penumbra retrocedía poco a poco hasta esconderse en las sombras, tímida, como sabiendo que no siempre era bienvenida en aquél lugar. En su otra mano un incienso, que inundaba aquél lugar en una tenue fragancia a lavanda. La brisa, escurría sin patrón de entrada aparente, puesto que el hombre, no contaba con puertas ni ventanas, su residencia podría más bien describirse como una galería que como una casa. Sin embargo, nunca tenía frío, ni calor. Era alguien que parecía estar más allá de aquellas incomodidades tan mundanas.

Observó con dirección hacia el mar, el sonido de las olas chocando serenamente con las rocas siempre le dejaba algún tipo de mensaje. Como si pudiera oír la voz de todas las cosas. *Quizás debería alimentar a los pájaros, se acerca una tormenta*, pensó. El graznido de los cuervos se tornaba más fuerte, casi ensordecedor a medida que descendía de la pequeña colina en la que se encontraba su particular vivienda. Al pie de la diminuta isla donde hacía incontables lunas había hecho su hogar, donde nadie podía encontrarlo y pudiera ser olvidado, contaba con un gran jardín, con infinidad de especies de plantas, y aves, las cuales eran su pasatiempo. O quizás tan sólo era el pasatiempo que encontró para reemplazar a uno un tanto peligroso, que eligió dejar de lado después de olvidar hasta su propio nombre.

–¿Por qué se encuentran tan alterados? Es tan sólo una tormenta– preguntó a sus cuervos al notar que éstos eran las únicas de sus mascotas que no cesaban de emitir sonidos. Ni alcaudones, ni los calafates, ni los búhos ni las grullas. Los cuervos, y sólo los cuervos.

–¿Qué hay de tí, pequeña?– preguntó a una diminuta lechuza que se posó en su hombro, claramente su ave favorita. –No te alteras porque eres sabia– le dijo. Hombre y ave se miraron fijamente a los ojos, durante unos instantes. Si alguien fuese testigo de dicha escena creería que mantenían algún tipo de conversación telepática. Pero la empatía de aquél sujeto era mucho más abstracta que una idea tan infantil como el leer la mente de los animales.

–Ya veo. Con que una puerta se ha abierto– dijo mirando hacia el horizonte, sin la mirada perdida, más bien observando aquello que se encontraba más allá de esa línea imaginaria.

A paso lento caminó cuesta arriba de regreso a su morada. Ahora el aroma de los inciensos había penetrado con más solidez en el ambiente. Viola, Púrpura, Morado, podía describir. Mas nunca Índigo. Cerró los ojos e imaginó un gran palacio, con iluminación artificial que atenuaba o intensificaba simplemente con desearlo. Interminables corredores, estanterías, escritorios y cajones. Puertas que llevaban quien sabe uno donde. Aunque él sí lo sabía, a todos y a ningún lado pues él mismo las había creado. Chasqueó sus dedos y abrió sus ojos. En sus manos ahora se hallaba un libro. De tapa dura y color carmesí. Muchas de sus hojas estaban en blanco, sin embargo una estaba escrita, y no era cualquiera; era la primer página.

–Este es la primer historia que he escrito– contó la pequeña ave que ahora reposaba en una posadera a su lado. –Sin embargo nunca pude encontrar a los protagonistas. Esperé mucho tiempo, pero siempre que creí encontrarlos, él los rechazaba. Los borraba de este mundo, por decirlo de alguna manera. Ni siquiera puedo recordar sus nombres, han sido tantos... – suspiró con sopesar entrecerrando sus ojos– pero el tiempo ha llegado. Se lo advertí, y él no quiso oírme. En principio, ocurría cada mucho, mucho tiempo. Luego, la frecuencia fue aumentando, durante largo tiempo imperceptible, sea por negación o por misma negligencia, incluso si aquellas ocurrencias no fueran aptas para ser parte de esta historia, igual ocurrían. Durante lo que supuso un kalpa aguardé, así incluso esa sea una unidad ficticia; después de todo, vivimos atrapados en una orquestada en una ficción; y en menos de cien años ambos aparecieron. Quien lleva en su sangre el legado de los Celestes, y quien lleva el de los Caídos. Deva y Asura. Paradójicamente por ambos corre la misma sangre. He visto muchas cosas en mi vida, y me alegra nunca haber perdido la capacidad de sorpresa ante las caprichosas coincidencias.

–¿No te parece maravilloso?– preguntó a la lechuza que tan sólo ululó casi imperceptiblemente. Luego apoyó el libro sobre tarima inclinada, sumiendo su pluma en tinta y acerándola a la primer página en blanco escribió: "Kurosaki Ichigo".

Cuando escribía su mente se abstraía completamente. Incluso a las pocas horas, cuando una fuerte tormenta comenzó, jamás se distrajo o siquiera oyó los tronidos. Y aún así, entre medio del sonido de los truenos, el viento, las olas y la lluvia, el sonido que se adueñaba de aquella noche era el graznido de los cuervos.

–No tenías por qué haber venido, Ishida– dijo Ichigo mientras saltaban de tejado en tejado– puedo encargarme solo.

–Tengo curiosidad por ese reiatsu no es como si me preocupara que pueda pasarte algo– respondió acomodando sus gafas.

–¿Qué crees que sea?

–No lo sé. En principio había sentido un hollow. No le di importancia porque pude sentir que desapareció rápidamente, sin embargo luego–

–Apareció el otro sujeto– agregó Ichigo

–Exacto. Su reiatsu no tan diferente al de un hollow, quizás pueda confundirlo un amateur, pero nunca un Quincy como yo.

–¿Un Arrancar, entonces?

–Definitivamente no. Si fuera un Arrancar, tú y yo lo sabríamos. Son diferentes, y un Arrancar no deja de ser un Hollow evolucionado. Este reiatsu es más cercano al de un hollow que al de un Shinigami o un Quincy, sin embargo puedo decir que es diferente, sus patrones son distintos– Ishida cerró sus ojos mientras explicaba tratando de dilucidar los lazos espirituales, sin embargo aún se encontraban muy lejos.

–Pues será mejor que nos apuremos. Puedo sentir a shinigami peleando contra eso y su reiatsu es claramente inferior.

–Mmmmm si bien reconozco que los hombres son mi preferencia, también algunas jovencitas me generan debilidad– dijo Moeru, el togabito recientemente escapado del

Infierno. Sue Hisamoto yacía ya muerto a su espalda, y lentamente se acercaba a la shockeada Shimako Yamana mientras se debatía qué hacer con ella.

–Fufufu, ¿disfrutando de la libertad?– preguntó el Quincy.

Moeru no le respondió, ni siquiera pareció escucharle, simplemente se puso de rodillas a un costado de la sollozante shinigami y lamió su cara. Primero sus mejillas, luego sus ojos, y finalmente su cuello.

–¿Me temes, querida mía? No lo hagas, prometo darte una muerte maravillosa.

–¿Es hermoso, verdad?–dijo Moeru reconociendo por primera vez la existencia de aquél Quincy– ver la expresión de quienes tienen acechando a la sombra de la muerte. En el infierno nunca mueres, esa es la ironía de tal prisión, pueden desmembrarte, carbonizarte, incluso destruir hasta el último de tus espirotrones. Simplemente volverás a aparecer como si nada hubiera ocurrido. Allí dentro estamos resignados, aquí afuera, la ignorancia de sus falaces vidas produce estas reacciones maravillosas. Ahhhh– gimió– vaya que extrañaba eso– dijo exhalando mientras apretaba sus pectorales.

–¿Y bien, preciosa mía, cómo deseas que la ópera de tu mue...?

Moeru no pudo terminar su sentencia. Una onda de reishi en forma de luna creciente le atrapó y le envió lejos de aquél lugar.

–Cierra la boca, infeliz asqueroso– dijo Ichigo– ¿Estás bien? – preguntó a Shimako que no afirmó ni negó.

–Kurosaki...– intercedió Ishida– Ese hombre. Un Quincy– dijo algo sorprendido.

–Fufufu, ahora estamos hablando de una velada interesante– Ishida Uryuu y Kurosaki Ichigo– No me sorprende, ni tampoco les esperaba. Bienvenidos.

–¿Quién carajo eres?¿Cómo nos conoces?

–Ummm quién sabe. ¿Por cierto, no han venido a enfrentar a alguien? Me decepcionaría mucho que piensen que le han derrotado... Yo no me distraería...– respondió con un tono de voz errático, como si estuviera viviendo un bucle interminable entre exaltación y calma.

–¡*Kirchenlied: Eiserne Jungfrau!*– Ishida recitó un encantamiento Quincy, e inmediatamente un sarcófago de reishi con innumerables filos aprisionó a su enemigo– Tienes razón, luego lidiaremos contigo.

–¿¡Palabra Santa!?! ¡Su majestad estaría orgullosa de ti, Ishida Uryuu FUFUFUFU!– rió entre gritos, como si estuviera disfrutando y no sufriendo el dolor.

"¿*Vanderreich?*" pensó Ishida. Rápidamente dejó de su ensimismamiento, tanto él como Ichigo olvidaron al Quincy en cuanto sintieron el reitsu de Moeru incrementarse, casi que doblando al que habían sentido antes.

El togabito pudo sentir la sangre fluir por su rostro, el ardor de la piel tajada, y el dolor de la carne desgarrada, aún así parecía exultante. Se puso de pie y observó a sus atacantes. No pudo más si reír a carcajadas.

–¿Un Quincy y un Shinigami trabajando de la mano? Vaya si el mundo ha cambiado HAHAHA. Son realmente inocentes... ¿De verdad pretender hacerme sufrir?– preguntó soltando una ráfaga de reitsu que esta vez descolocó a ambos, no sólo la presión había incrementado nuevamente, sino por la temperatura, era un reitsu caliente. Ichigo recordó a Yamamoto Genryuusai y la liberación de su Zampakuto, Ryujinn Jakka, en la pelea contra

Aizen. La asociación era evidente, y si bien aquél fuego del capitán comandante podría compararse con el de un volcán al lado de la llama de una vela respecto al calor que emitía el extraño ser, Ichigo pudo notar que era diferente, no era una habilidad en particular, sino que la forma en que esa presión espiritual se manifestaba también era en forma de temperatura.

–¿Qué eres?– preguntó Ichigo.

–¿Comienzas a arrepentirte de haberme atacado, *pretty boy*?– respondió Moeru– Soy un togabito, un pecador del infierno. Pero ahora soy libre de mis cadenas. Aquél no-atractivo Quincy ha logrado invertir el sentido de la puerta ¿Sus motivos? Los desconozco y no podrían interesarme menos– dijo gesticulando grotescamente– ni siquiera sé su nombre y por mí pueden hacer con él lo que deseen. Estoy aquí por la voluntad del Jigokuo.

–¿Jigokuo?– pensó Ichigo en voz alta. Así nunca había escuchado ese nombre, pudo asociarlo inmediatamente con el Reio y con ello quizás comprender a qué se estaba refiriendo ese sujeto.

–Ishida– dijo Ichigo– Lo enfrentaré solo. ¿Puedes encargarte de contener la zona?

–Espera, Kurosaki. ¿Crees que no puedo con un tipo de este calibre?– respondió algo indignado.

–No es eso, idiota. Urahara-san siempre me dijo que por la naturaleza de mi reiatsu, al no poder controlarlo debidamente, puedo atraer muchos hollows. Este tipo no es tan débil, así ninguno de nosotros tenga muchos problemas en acabar con él, tampoco puedo hacerlo si soy muy cauteloso con mi reiatsu, y tu, tienes que encargarte de vigilar al otro tipo.

–De acuerdo– dijo Uryuu con cierta reticencia. Aceptó porque el extraño Quincy era lo que más le intrigaba de aquella escena, y no iba a permitir que escape.

–"Así ninguno de nosotros tenga muchos problemas en acabar con él?" ¿Vienen a pelear o a hacerme reír?, pero si sois unos bebés de pecho, acaso creen que pueden hacer algo contra alguien de mí– Moeru supo decir más dónde se encontraba Ichigo. En medio de su autofelante declaración, le perdió de vista, y tan sólo pudo a percibirlo nuevamente cuando sintió el filo de Zangetsu besando su frente, para luego notar cómo iba abriéndose paso primero por su rostro, luego por su pecho, hasta por fin reaccionar y dar un salto hacia atrás, poniendo considerables metros de distancia entre él e Ichigo.

–Has... Has desfigurado, m-mi rostro– Moeru murmuraba desenchajado mientras sus dedos recorrían el surco que ahora recorría perpendicularmente sus facciones. –Cuando juegas con fuego terminas quemándote bebecito. ¡Mi sufrimiento es mi poder, soy un NARCICISTA!*

Al igual que había sucedido la primera vez, el reiatsu del togabito se disparó una vez más. Ichigo podía notar el sudor en su piel. Pasó de ser una temperatura perceptible a un calor cada vez más sofocante. Aún así no perdía la calma. Un Ichigo más ingenuo, más joven, quizás hubiera sentido algunas dudas, pero él había conocido enemigos mucho más fuertes.

–Tengo 29 sabes. No soy ningún bebecito– dijo Ichigo. –No importa cuánto te creas. No será suficiente– finalizó liberando a rienda suelta reiatsu.

Moeru pudo ver el blanco en los ojos de Ichigo. Pudo entender que no era un shinigami ordinario. Un blanco que brillaba implacable, que si fuera dueño de una mente más calma, podría reconocer dónde lo había visto anteriormente. Pero ese no era Moeru, incluso notando el patrón, atar los cabos requería una mente más filosa, algo que carecía.

Por un momento tuvo dificultades en ponerse de pie. La presión espiritual de Ichigo era vasta. Y aún así, producto del descenso en su locura, sabiéndose acorralado no se intimidó, su poder volvió a crecer, de una forma que ni él mismo había sentido antes.

–¿Llamas?– se preguntó Ishida al notar como el reiatsu del Togabito tomaba una forma visible, a cada instante más evidente.

–¡FUFUFU!– rió el Quincy– le están haciendo sufrir. Realmente no conocen nada de este mundo. Los herederos de su majestad son completamente analfabetos ¡FUFUFU!– rió históricamente una vez más– Quizás no debería reírme de ello...– agregó inmediatamente en un tono tan calmo que Ishida tuvo la sensación de que otra persona estaba hablando.

–¿Que no será suficiente? ¿Qué hay de esto?– espetó el togabito.

Ichigo vio como un pendiente de un profundo color negro en su oreja derecha empezó a emitir calor, como tornándose al rojo vivo. Rápidamente pudo sentir una pizca de un reiatsu diferente al de quien tenía frente a sus ojos. Unas llamas, esta vez púrpuras, envolvieron el pendiente hasta convertirse en una gran espada curva, similar a una cimitarra. "¿Fullbring?" pensó.

–Llevo conmigo la voluntad del Jigokuo, bebecito, y ésto es tan sólo una pizca de su poder.

–¡Kurosaki!–alertó Ishida.

–Lo sé– respondió– es un nivel completamente distinto. No sé de dónde saca tanto poder.

–Eso no importa. Acáballo rápido, no podré contener tanto reiatsu.

–¡INUTIL!–gritó Moeru que se lanzó con su espada hacia Ichigo.

El choque de ambas armas resonó por todo Naruki city. El fuego no paraba de expandirse. A cada estocada, cada parada, la onda expansiva dejaba llamas por su recorrido. Aquél togabito se fortalecía cada vez que Ichigo le dañaba, y así ahora su poder se encontraba estable, era sorprende cuánto se había incrementado.

–¡Kurosaki!

–¡Que lo sé te dicho!

–¡Ya no puedo contenerlo!

–FUFUFU– rió el Quincy.

–Incontables años he acumulado poder bebecito. Cada renacimiento, cada tortura, cada no muerte. ¡Soy el más digno entre los pecadores! Por ello me han elegido. Ardan bajo mis llamas, nunca unos infantes que no llevan ni quinientos años en este mundo podrían derrotarme.

Ishida pudo observar como las llamas rodearon a Moeru, abarcando una zona cada vez más amplia, y una presión que ya no pudo contener. La barrera que allí había levando comenzó a quebrarse, hasta colapsar irremediamente.

–¡ARDAN! ARDAN BAJO MIS LLAMAS– gritó desencajado.

En un parpadeó las llamas del pecador desaparecieron. Ambos amigos sintieron un pequeño escalofrío producto del cambio brusco de temperatura. La capa de sudor que cubría sus pieles se evaporó. Y todos, incluidos el elocuente Quincy y el extravagante togabito fueron envueltos en silencio.

–Entonces no habrá más remedio que apagarlas– dijo una voz femenina más allá de donde hasta hace un momento la barrera de Ishida se encontraba.

–¿Rukia?

–¿Kuchiki?

Se preguntaron ambos sorprendidos. Sin decir una palabra, Rukia de un shunpo fue hacia donde se encontraba la pobre Shimako, inconsciente, pero ilesa. –Cuando llegamos estaba en shock, pero el choque de presiones fue mucho para ella y perdió el conocimiento. Quizás haya sido para mejor– le explicó Ishida. Rukia asintió en silencio.

Así haya querido negarse hasta el último instante, fue a corroborar el estado de Hisamoto, que para su pesar pudo confirmar lo peor. Había caído. Tenía la piel reseca, como si hubiese sido calcinado por dentro, o peor, que su alma le había sido extraída por la fuerza. Como sea, había resultado una muerte horrible, y dentro de la gran angustia que pudo sentir, se sintió en algún punto afortunada de tener los responsables delante tuyo para hacerles pagar.

–Estos son mis subordinados– dijo carizbaja mientras comenzaba a caminar en dirección a Ichigo.

–Lo siento...– respondió el shinigami sustituto. Rukia simplemente le respondió con un corto puntapié en su canilla.

–¡¿Qué haces estúpida?!– le espetó con los ojos lloros.

–¡Estúpido tú! ¿Qué haces jugando con este sujeto? ¿Desde cuándo te toma tanto trabajo derrotar basuras como ésta?

Moeru no pudo más que exacerbarse ante las palabras despectivas de la capitana. Gritó una y otra vez, cada instante más desencajado, al tiempo que se lanzó blandiendo su espada, esta vez no sólo hacia Ichigo, sino también a Rukia.

–Ya cierra la puta boca, me tienes hastiado– le dijo Ichigo que había parado sin dificultad su espada con la mano desnuda.

El togabito retrocedió, esta vez, le empezó a invadir el miedo. Comenzó a entender el alcance del rival que tenía en frente. Esos ojos, pudo recordar finalmente dónde los había visto antes. Y ya no hubo miedo, hubo pánico.

Ichigo levantó su Zampakuto y elevó su reaitsu. Sus piernas no respondieron, quizás era capaz de comprender que escapar hubiera sido un intento en vano. –¡Getsuga Tensho!– pudo oír, y tan solo una ola de reishi concentrada le avasallo, y aquél corte que sintió previamente en su rostro, fue una caricia comparada con el daño y el dolor que ahora sentía. Hasta que ya no hubo nada. Ichigo había destruido por completo su forma física. Moeru no había muerto. Ni tampoco podría lamentarse por lo ocurrido. Su alma se regeneraría en algún punto del infierno en el futuro cercano, y allí recién seguramente lamentaría haber desperdiciado su preciada libertad.

–Disculpa– dijo Ichigo a Rukia–. Creo que la curiosidad sacó lo peor de mí. Nunca había enfrentado a un tipo como éste, y cuando quise ponerme serio, sacó su arma y sentí otro poder diferente que me sorprendió aún más.

–Togabito– explicó Rukia–. Un alma mancha de pecados graves o teñida de tanta maldad que es enviada al infierno. ¿Recuerdas el hollow que perseguía el periquito? Este tipo es lo mismo.

–¿Tienen tiempo para tantas habladurías?– interrumpió el encarcelado Quincy– acaban de llegar más invitados FUFUFU.

Fue allí cuando los tres se percataron de la cantidad de hollows de todo tipo que se habían visto atraídos ante la contienda. Los reitatus de Ichigo y Moeru habían nublado los sentidos de Rukia e Ishida, e Ichigo mismo jamás había sido muy diestro detectando poderes espirituales.

Sin demasiada dificultad los fueron derrotando uno a uno, sin embargo algo no encajaba. Y Uryuu fue el primero en notarlo.

–¿Qué sucede, Ishida?– preguntó Rukia.

–Son demasiados. Incluso siendo el reitatu de Kurosaki tan poderoso, no deberían– hizo una breve pausa– éste tipo los está llamando– dijo haciendo alusión al Quincy.

–FUFUFU parece que han descubierto nuestro pequeño juego, pequeñito– dijo el Quincy al niño que se encontraba delante de él. –Vamos, libérame y te daré el juguete que te prometí.

–¡Kazui!–gritó Ichigo algo nervioso.

Kazui tocó con la punta de su diminuto dedo el sarcófago de Reishi que aprisionaba al responsable de abrir la puerta al infierno, y esta se disipó completamente sin dejar rastro. Ahora estaba libre.

–*Kirchenlied: Klagemauer!*– recitó el misterioso Quincy. Una barrera caótica de reishi emergió entre él y sus tres enemigos, dejando al pequeño Kazui a su merced.

–¡KAZUI!– gritó Ichigo al borde de la desesperación.

–¿En qué momento llegó aquí?–preguntó Rukia.

–No lo sé. Quizás sólo un momento antes. Probablemente el mismo cebo que usó para atraer hollows le atrajo– respondió Ishida.

Ichigo intento destruir aquél muro tanto a golpes como con un Getsuga Tensho, aunque nada parecía afectarle

–Cálmate Kurosaki– dijo Ishida. Encontraré una forma de atravesarlo.

–No te sobre esfuerces, Ishida Uryuu. Tu *Antithesis* no funcionará con él– espetó el Quincy, quien parecía conocer aún más de lo que demostraba–. Ahora, qué debería hacer con este niño tan encantador fufufu– rió–. ¿Te gustaría venir conmigo, pequeño Kazui?

Kazui solo se mantuvo en silencio mirando una y otra vez a su desencajado padre, y aquél misterio señor que le había dado un obsequio.

En ese momento, el Quincy sintió como alguien detrás suyo le aprisionó con una llave. Era fuerte, y era un hombre adulto. No parecía tener poderes y por eso escapó sus sentidos espirituales. Noah Juhkermann era un hombre experimentado, perspicaz y sagaz, sin embargo tenía un gran defecto, uno que jamás había podido corregir: bajaba demasiado la guardia regodeándose en la desesperación de sus enemigos. Era por ello que nunca salía al campo de batalla, en su lugar, lo hacía alguna de sus imponentes creaciones. Pero ello era tiempo pasado. No había más Vanderreich, Yhwach era cosa del pasado, los Quincy que había tenido bajo su mando vivían en pequeños grupos dispersados por el mundo humano. Ahora él, y sólo él y un puñado de súbditos, eran todo lo que quedaba del imperio invisible.

–Fufufu, pero vaya nostalgia. No esperaba ver aquí un rostro tan familiar.

–Te tengo de espaldas. ¿Qué te hace pensar que mi rostro es familiar?

–Nunca olvidaría tu repugnante olor ni tu irritante voz, Shiizu Hakumei.

–Se terminó Juhkermann. Pequeño, ve con tu padre– dijo Hakumei a Kazui.

–Abuelo...–dijo Ichigo un tanto más calmado a la vez que sorprendido de ver allí al hombre que había conocido ese mismo día. Sentía cierto alivio, Hakumei Shiizu era alguien que transmitía confianza.

A gatas Kazui se acercó al muro que lo separaba de su padre y sus amigos. Y al igual que había ocurrido con el sarcófago con sólo tocarlo, se disipó.

–¿Cómo es que te has vuelto tan débil, Shiizu?–preguntó el Quincy despectivamente.

–Aún soy lo suficientemente fuerte para retener a un cerdo como tú.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?– desafió. En ese momento, una docena de agujas de reishi atravesaron a Hakumei por la espalda, que sin remedio soltó al Quincy cayendo de espaldas al piso.

–¡¡¡ABUELO!!!– gritó Ichigo.

–Fufufu. ¿Crees que necesito un arma para usar Hielig Pfeil?– después de soltar una última carcajada, Noah Juhkermann desapareció entre las sombras. Unas sombras que los allí presentes conocían muy bien.

–Maldición– sospetó tras escupir un poco de sangre– te he dicho que no me llames abuelo.

La lluvia lentamente había una vez más comenzado a caer, sin embargo, al sonido de su chasquido golpeando contra el suelo, le acompañaba el del graznido de unos cuervos.



CAPÍTULO 8: SWORDS & ARROWS

La espada espera en la oscuridad.

De entre los árboles, la flecha silba la canción sobre la última noche con luna.

Me encanta la noche, pensó Philippe tras llevarse el whisky a los labios. Amargo regalo, pero sabía encontrarle embriagador placer. El capricho de tener más le obligó a apurar la bebida. La chica lo notó y se encaminó hacia él.

— Más, por favor — le pidió de igual manera. Quería hablarle, hacerle saber que existía por más que sus atrevidas miradas y su cercana presencia no le fueran prueba suficiente. Ella, siempre complaciente, llenó el vaso con más delicioso néctar. Sus pequeños labios carnosos, con los que Philippe no había dejado de soñar, perlaron su blanco rostro a medida que pasó los dedos finos de mujer sobre su brazo desnudo y expuesto. Era la primera vez que lo hacía, y Philippe habría respondido de igual manera si ella no se mantuviera tan poco tiempo allí, lamentablemente. El pequeño ángel marchó rumbo a sus otros hermanos hambrientos, regalándole una última mirada antes de contonearse con el regalo del alcohol en su palma. Si le hubieran dicho en ese momento que el mundo en el que vivía tenía otras cosas hermosas para ser vistas no lo habría creído. El mundo era la figura de ella, su cabello tan oscuro como algo que creía recordar amó más que cualquier otra cosa. Le llegó el turno de sonreír ahora, cuando imaginó que con el tiempo, y con más éxitos de por medio, esa chica nueva en el lugar no tardaría en sentir lo mismo por él que todas sus otras compañeras. O con la misma intensidad que las demás, si es que no sentía nada ya.

Esperar el día mientras me siga sirviendo no está tan terrible tampoco.

La petulante sonrisa creció como un reflejo. Últimamente estaba muy presto a ello, le decían sus hermanos.

No es que haya cambiado, reflexionó, *quizás solamente ahora es que puedo ser como soy en verdad. ¿Por qué no simplemente aceptarlo? Ahora me aman. Aman lo que hago por ellos, lo que continuaré haciendo así no me lo pidan, pues así les gusta más. Ellos a su vez me lo recompensan gratamente. ¿Qué me podrían dar una vez el país se encuentre a salvo? ¿Qué quedaría para darme si también hago del mundo un lugar mejor?*

Como si allí esperara la respuesta, sus ojos ambarinos fueron a buscarlo a él. Anciano tan joven que reía con los demás, de las bromas que oía y de las que hacía. Mil bebidas distintas habían sido juzgadas por su paladar, nunca dictaminando ninguna condena. A cada una recibéndola con pristina sonrisa y voraz glotonería. Bebía más que nadie en el cabaret, y sin

embargo ni una sola vez el alcohol había podido derribarle; aunque siempre estaba un paso más cerca, observaba Philippe no sin preocupación. Notó que el horrible casco verde que protegiera la cabeza del anciano ya no estaba a la vista, dejando su larga cabellera blanca a merced de las implacables manos femeninas que la acariciaban con locura y encanto. Philippe Rouxel había visto muchas cosas en su vida, pero nada se parecía a lo que tenía enfrente. El viejo podía ser su abuelo y a las dos chicas sentadas junto a él no parecía importarles. *Quizás hasta les excite más,* pensó con lujuria.

Solamente las botas de acero esmeralda delataban a los presentes que el popular viejo no formaba parte del mundo, pero había vuelto para otra fiesta más. Un Servant en Francia, quien los salvó a todos de los nazis, de la escoria traidora de Floissard a quien compraron. Espíritu que no era solamente de su propiedad, pues pertenecía a todos ellos. Desde el cobarde más acomodado en París a la rata más escuálida de Roubaix. Todos tenían turno para jugar, Philippe nada más se llevaba el juguete a casa cuando terminaban. En su mano derecha, aún aferrada al recuerdo de la chica, podía encontrar el tatuaje rojo como prueba. Tenía la forma de tres grandes flechas en posición vertical, con el filo apuntando su hombro. De no creer, seguía siendo todo.

Tres disparos directos a su corazón que le obligarán a acatar cualquier orden.

Algo así le había dicho el mismo día que pactaron, cuando despertó al fin de las consecuencias surgidas tras el noble sacrificio del Palacio Borbón. Las cenizas seguían ardiendo, contaban sus hermanos, incrédulos por el resultado, pero nunca menos felices.

— ¿Por qué un Servant querría tener de Master a alguien que no tiene conocimientos de magia? — le preguntó entonces, con la paranoia y la duda que una profesión como la suya podía dejar.

A tal pregunta, el Servant la respondió con desdén, claro e inconfundible.

— Porque los magos ya se creen inmortales por saber tirar chispas de los dedos. Si no sabes magia sabes sobrevivir. Eso es lo que me sirve a mí. Ni siquiera es necesario ser mago para tener un Servant, si te digo la verdad.

Y no es eso interesante y peligroso. ¿Cómo tengo que interpretar además que las flechas me apunten a mí? Pensó con los ojos todavía clavados en Archer. No importaba cuánto mirase y aprendiese, Philippe no dejaba de temer que se le escapaba algo. Un silencio incómodo de parte del Servant o una mirada furtiva podía no significar nada o significarlo todo. Fue Archer quien buscó trabajar con él, de todas maneras, y sin esperar un no como respuesta. El trato servía a ambas partes, afirmaba. Y hasta ahora no había hecho cosa alguna que no beneficiara la causa francesa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Seguía siendo una oportunidad única. Así fue como el país obtuvo una esperanza de supervivencia en la cruel guerra de afuera, y los invasores extranjeros no tardaron en probar una pequeña pizca de su nuevo poder. Con cada día pasado las ganas de servir el plato principal aumentaban sin embargo. Philippe podía verlo en todos los rostros con los que se cruzara. Si hubiera un espejo a mano, se lo encontraría también en el suyo.

Pero la paciencia es importante. Si tengo clara una cosa en este momento es que Archer al menos no parece nada infeliz con el cambio.

Como si lo hubiera llamado, se levantó del sofá en ese momento, con las dos mujeres aferradas a sus brazos como amorosas moscas. Entre un concierto de risas y silbidos, el trío fue a perderse a una habitación apartada de la barra principal. La puerta no tardó en cerrarse tras ellos.

Nada infeliz, y dio otro sorbo al whisky. Al acabarlo se encontró con la presencia de su confidente Jean, serio como el senador Floissard lo había sido toda la vida. Tan impropio gesto alertó a Philippe. Se tensó enseguida, pero no preguntó nada a su compañero, acostumbrado ya a su manera de hacer las cosas.

— La chica te busca — le informó simplemente.

Un tema fantástico, son las mujeres. Que una lo estuviera buscando no era ni nuevo ni dejaba de ser bueno, pero Philippe sabía ya a quién se refería el rubio. Los labios no le sonrieron, incapaces del gesto. El sabor del alcohol en la boca ahora se le antojaba un amargo terrible y desagradable.

— Dile que ya salgo a verla, — respondió. Eso le daría fuerzas para prepararse. *Después de otro vaso claro está. Acostumbrar la mente a lo desagradable para que le importe menos.*

— Yo creo que vas a verme ahora — anunció con arrogancia la voz mandona de Galya Makiri, nada contenta. — ¿Cómo se les ocurre perder el tiempo en un antro de mala muerte como este cuando la ciudad está rodeada de enemigos? Su ciudad, valga decir.

— Estamos cuidando este antro de mala muerte — respondió Philippe, sabiendo de antemano la reacción que tendría la chica. *Ahí se fue mi preparación. Esta es una puta que no me gusta ver.*

— Le dije que esperara afuera, señorita Makiri — se aventuró Jean, intentando sonar severo y complaciente a la vez. — Este no es un lugar para una chica de su edad...

Galya lo fulminó con la mirada primero y le apuñaló después.

— ¿Y con qué cara me dices eso cuando tú te ves hasta menor que yo? Ese bigote horrible no oculta nada. He estado en campos de batalla antes de que desprendieras el peludo labio de la teta de tu madre.

Una carcajada involuntaria escapó de los labios de Philippe, logrando casi por poco arrojar el vaso de vidrio hacia la muerte. Cuando encontró la estupefacta expresión de Jean dibujada en su poco agraciado jeto no pudo hacer otra cosa más que reír otra vez, más fuerte. Sabía que le estaban mirando pero no importó. En su terreno era intocable.

Aunque hay que concederle que la boca la domina mejor que cualquiera aquí.

— Si le hemos ofendido pido disculpas de todo corazón, señorita Makiri — dijo cuando el ataque terminó. — Nos gusta relajarnos antes de una batalla, es lo que hemos hecho siempre. ¿No le gustaría a usted haberse divertido un poco antes de morir? — Su atención estaba sobre él ahora. Responsable del humor de Galya como era, Philippe sabía que de seguir teniendo munición le sería exclusiva.

— Desde que llegué han estado “relajándose para la batalla.”

— Todos los días aquí son una batalla distinta — dijo encogiéndose de hombros. — Los nazis ya nos quitaron el mejor alcohol de la ciudad. El que queda es agua en el desierto. Pero dejemos de hablar de cosas tristes, ¿cómo podemos ayudarla?

— Sacando el culo de este lugar, para empezar. Saber y su Master están por llegar.

— ¿Tan pronto? Teníamos entendido que llegarían mañana.

Galya rió ahora. Una pequeña risita burlona que el francés no le había escuchado hasta entonces, pero que no dudó un segundo en creer que le eran proclives cada vez que veía debilidad y confusión de la que aprovecharse. El violeta en su mirada no se apartó un solo segundo del ámbar revolucionario.

— Estamos hablando de mi padre. Él ordenaría atacar al enemigo así llegase tarde a su propia batalla.

— Un hombre poderoso se puede permitir tales cosas mientras siga al mando, aunque quizás no sea la mejor manera de conservar la autoridad.

— Si te preocupa conservar la cabeza sobre los hombros, agradecerás que siga teniéndola. La última vez escuché que de no ser por un fortuito encuentro con un nido de salamandras, hoy el *führer* estaría en este mismo antro festejando como tú. ¿Me pregunto quién habrá proporcionado esas benditas bestias que le arruinaron la fiesta?

— ¿De fiesta con un hijo recién muerto? El viejo Adelfried tiene menos corazón de lo que aparenta. Yo me pregunto quién pudo haberle hecho tal cosa a su pobre hijo. Su muerte le ha amargado mucho más, eso seguro.

Para franceses y soviéticos lo normal es una fuerte relación de amistad que une ambas naciones a raíz de los espantos del conflicto alemán que les envuelve. No obstante, en ese momento y en ese lugar, para Philippe pocas cosas más dulces hubo en la noche que ver el gesto torcido de Galya ante la burla. La intención no podía ser más clara. Notaba casi con dolor lo que a ella le faltaba y él sí tenía. De ser por su parte, continuaría remarcándose cada vez que a la chica se le diera por embestir, pero no deseaba provocarla a propósito; ese era un terreno muy peligroso. Se limitaría a reaccionar acordemente y nada más. Ni bien Galya llegó al país, lo primero que le hizo entender fue que no pensaba rebajarse ante nadie. A los poderosos se les ganaba con más fuerza, al fin y al cabo, pero no quería admitir nunca que la eficiencia soviética les había ayudado a evitar la tumba más de una vez. Galya podría tirar de ahí cuantas veces quisiera, no dejaría de tener un resultado.

Y esa es una diferencia clave con respecto a su queridísimo padre. Alik no pierde el tiempo con los que no existen para él.

Uno de los principales objetivos del jerarca Makiri, además de obtener Masters y Servants para beneficio Aliado, es el de suministrar armamento y otras fuentes de sustento para que los países que no cuenten con apoyo de un Servant tengan una pequeña chance de defenderse. Mientras más logren resistir, más aumenta la probabilidad de que, en algún momento, los oprimidos ganarán una batalla decisiva y la información más relevante sobre magia y espíritus no tarda en aparecer como consecuencia. En papel suena bastante bien, pero la realidad muchas veces muestra un resultado completamente distinto al anticipado. Para los Makiri ese imprevisto ocurrió una fatídica noche fría en la que soviéticos y fineses se enzarzaban en la feroz danza del combate. La Guerra de Invierno apenas había estallado, y ambos bandos, aunque no exentos de fuertes sentimientos de desprecio mutuo, eran ciertamente inexpertos ante las tácticas bélicas del contrario. No contando en ese momento con buena parte del ejército soviético gracias a la interrupción de Berserker, los Makiri decidieron recurrir a lo poco que quedaba repartido del ejército galo tras la invasión de su país por los alemanes. Una suma humilde, pero que empleada bien, mantendría a raya al enemigo. Lo que era mejor, si los rumores eran de fiar, se decía que los franceses habían conseguido la invocación de Lancer a

sus filas, lo que sin duda podía acabar con la dichosa Guerra de Invierno el momento que el Servant pisara el campo. Nunca llegó tal apoyo. Poco tiempo después los Aliados se enterarían que el Master de Lancer en ese entonces habría muerto, y los italianos tomarían el Servant que dejó consigo. Aparecería en Finlandia claro, aunque no de parte soviética. Aquella noche, Alik Makiri sufrió la derrota más grande de su vida ante tres grandes factores: la remarcable disciplina finesa, la traición de un Servant tan rápida como había sido convocado y la incompetencia francesa, que se vio incapaz de cuidar tan valiosa arma. La Guerra de Invierno lograron ganarla los Aliados al final, pero cierto era que una segunda se estaba llevando a cabo en ese mismo momento. Alik Makiri podría ser capaz de olvidar y perdonar, pensarían desesperadamente las masas una vez ganara la guerra definitiva, pero su hija no tenía ninguna intención de ser un espejo. No era una nación amiga en la que estaba, y no eran amigos tampoco quienes tenía a su lado. Solo herramientas. Ahora que al fin contaban con un reemplazo de la que se les robó, ella se aseguraría por todos los medios del mundo que se usara bien.

— No me gusta nada que otro Servant vuelva a caer en sus manos — declaró, — y menos en alguien como tú. Pero hay que utilizar lo que tenemos. Avísale a Archer que nos ponemos en marcha. Otro idiota nos espera.

...

Cuando llegaron al aeropuerto, la noche seguía calurosa para gusto de Philippe. Arriba, un océano de estrellas hablaba con él. Le contaban graciosas anécdotas, conmovedoras historias de amor, desgarradores relatos de guerra y muerte. Por alguna razón sentía que cada uno que escuchaba era uno que había vivido. La brisa del viento nocturno que meció su largo cabello castaño fue como un beso de despedida. Una cantidad de estrellas resplandecientes repentinamente se puso en movimiento. Y caían, vio con atención. No tardó en escuchar el fuerte clamor que irrumpió toda conversación que estuviera teniendo. El nuevo viento que sintió fue distinto también. Le empujaba y tironeaba del pelo como si quisiera arrancarle la cabeza, mientras la cara le golpeaba con polvo y tierra seca.

Ahí vienen.

Del avión recién llegado dos figuras no tardaron en salir de su boca de acero para ser tragadas inmediatamente después por la oscuridad. Philippe debió esperar a que estuvieran lo suficientemente cerca para que pudiera apreciarlos mejor. Primero un chico joven vestido de azul, más grande que Galya a simple vista, pero menor que él; luego un anciano de mirada serena, ataviado con un poncho gris sobre los hombros y una camisa amarilla. El filo de una espada bañándose con la luz del sol.

Un sol vestido de espadas, mejor dicho. Saber. Así que es otro viejo. ¿Acaso vienen con el aspecto que murieron? Eso debe decir mucho de su fuerza.

— Y no te olvides que ahora somos más fuertes que en vida — escuchó decir a la voz de Archer en su cabeza. Otra cosa de Master a la que no terminaba de acostumbrarse. Al parecer un pacto con un espíritu incluía también compartir los pensamientos. No terminaba de gustarle nada que la sombra que tenía de sirviente pudiera conocer en todo momento lo que pasaba por su mente. Que estuviera oculta en la noche hacía menos incluso por tranquilizarlo.

A su lado comprobó que Galya estaba ansiosa también por alguna razón. Un protuberante ceño fruncido en su rostro le indicó que como novedad, no estaba muy complacida.

Ya quisiera saber qué piensa ella todos los días que le desagrada tanto.

— Castle, Saber, sean bienvenidos a París — dijo la chica soviética con un saludo militar que los demás debieron imitar.

— Escuché muchas historias de esta ciudad cuando vivo — Saber fue el primero en romper el hielo. Una sonrisa se le insinuó bajo el poblado bigote marrón. — Me hubiera encantado tener la oportunidad de visitarla entonces. Vivía al lado.

— ¿Eres francés? — preguntó Philippe. De serlo todo sería mucho más fácil. O más difícil, dependiendo de cómo se dieran las cosas.

Los ojos celestes del Servant lo miraron fijamente. Incluso en la oscuridad, Philippe distinguió la brillante mirada cortés que esperaba debajo. Decidió que era alguien inteligente con quien se podía tener una fructífera conversación, según el tema. Seguía siendo más de lo que podía decir de otros visitantes.

— No. Hoy por hoy sería considerado italiano — Saber dejó esa afirmación en el aire, como si supiera lo que significaba para su bando y quisiera ver cómo reaccionaran estos nuevos aliados. Hubo un silencio, pero no se sintió del todo vicioso.

¿Y quién le diría algo?

— ¿Eres el Master? — preguntó ahora al muchacho. Un segundo par de ojos azules fue a darse de lleno con su mirada inquisitiva, haciendo una pequeña parada por el inusual corte de cabello que caía como cascada de un único lado de su cráneo. El otro no desprovisto de agua tampoco, aunque menos abundante. Moda Rouxel.

Este por otro lado se ve débil. Conoce sufrimiento y muerte, pero no parece haber aprendido nada.

El joven asintió. Si tenía ganas de reírse no lo demostró. — Me llamo Benjamin Castle, del Ejército de los Estados Unidos. Tú debes ser el Master de Archer si no me equivoco. Un placer conocerte.

Ambos Masters se dieron la mano, la tatuada, y Philippe podría haber jurado sentir un latido desarrollándose en su interior, igual al andar de miles de gusanos bélicos. Había visto solo a un Master en su vida, y era un tipo que no podría lucir más corriente. Este no era una gran evolución tampoco, pero estaba de su parte al menos. Solamente quedaba esperar que no resultara peor que René Floissard, enterrado bajo escombros ardiendo.

— Philippe Rouxel. Debe ser la primera vez que te encuentras un corte de cabello como el mío. No pasa nada, cuando acabe la guerra vas a verlo por todos lados — sonrió.

— Ahora que ya están aquí podemos repasar las preparaciones del ataque — anunció Galya, deseosa por interrumpir al francés y su vanidad insípida. — Como ya estoy segura que sabrán, se espera la presencia de Lancer en esta ciudad a la brevedad. Son dos Servants contra uno, pero más les vale no confiarse. No hemos tenido información de los Tohsaka y esos malditos Edelfelt en un buen tiempo. Yo estaré prestando asistencia en la delantera, y haré del

Master enemigo mi prioridad, por lo que deberán cubrirme — dijo esa última frase mirando directamente a Benjamin, lo que no pasó desapercibido.

— No volverá a suceder lo mismo que la otra vez — se excusó rápidamente el americano.

Veo que no soy el único que recibe sus encantos.

— ¿Dónde está Archer? — irrumpió Saber. Su mirada abierta y enfocada en Philippe solamente. No había ninguna cortesía.

— ¿Quién sabe? — lo miró este divertido. Sin temor. — Yo también me estoy preguntando lo mismo.

En ese momento, Philippe habría esperado ver la flecha volando desde una dirección incierta, impactando de lleno en el Servant. Una flecha pasó entre ellos, sí, pero no golpeó donde habría esperado que lo hiciera. Patéticamente fue a perderse al fondo del aeropuerto, tragada por la noche. Un segundo disparo no tardó en acompañarle, tampoco impactando donde debiera, ni más cerca que la primera vez. La incomodidad ya estaba reflejada tanto en el rostro de Philippe como en el de Saber, que no había visto pertinente siquiera sacar su arma. Archer se dignó en aparecer de entre los árboles ubicados detrás del aeropuerto, no sin antes proferir una maldición que silenció cualquier cosa que los demás pudieran decir. El paso del arquero se mostró apresurado e irregular, como si estuviera desorientado. Ni siquiera se tomó la molestia de acercarse más de donde ya estaba. Cuando su mano fue a buscar una tercera flecha, Saber estaba con la espada esperando.

— ¿Muy oscuro, amigo? — preguntó.

— ¡¿No sabes que a la tercera va la vencida?!

Había algo en la voz de Archer que no sonaba del todo normal el tiempo que Philippe había pasado con él. Su aspecto también tenía una llamativa diferencia. El casco verde había regresado a su cabeza... puesto al revés. La respuesta llegó al rostro de Philippe casi tan rápido como la vergüenza anterior.

— ¡Maldita sea viejo de mierda! — gritó incrédulo y furioso. — ¡¿Cómo puedes estar ebrio ahora?!

— ¡¿Qué otra cosa esperabas que hiciera?! — respondió Archer con otro grito a medio camino de ser un eructo. Su mirada pasó de Philippe a Galya, a quien apuntó con un dedo acusador e inquieto. — ¡Desde que llegó esa pendeja hemos estado escondiéndonos de un enemigo ya derrotado!

Y al igual que la serpiente bajo la bota, Galya reaccionó. — ¡¿Quién es la pendeja, babuino sin sesos?! ¡¿Qué significa todo esto?!

Si hubo calma durante la llegada de los refuerzos era ahora cosa del pasado. Unos cuantos segundos desde la flecha inicial habían dado paso a un campo de batalla ciertamente, con insultos y gritos en lugar de balas. Pidiendo silencio con bastante poco tacto, Archer disparó por tercera vez. Fue bien encaminada esta flecha, pero le murió la esperanza cuando la hoja de Saber la acariciara con un rayo de acero. En dos justas mitades fue a parar al suelo pavimentado de la pista. Para entonces Archer tenía la cara roja de ira, y en un arrebato arrojó el arco en dirección al asesino. Estaba así de furioso.

— ¡Que le den por culo a esta Clase! — Exclamó materializando un sable curvo sobre la mano diestra. — Más humillante será que te gane en un duelo de espadachines.

A la provocación, Saber llevó la mirada interrogante a su Master, esperando indicaciones. Benjamin a su vez lucía incómodo por la situación, pero en su voz no faltó desconfianza alguna cuando exigió saber a Philippe qué estaba sucediendo. No tardó en sumarse la de Galya tampoco.

— Guarden esas feas miradas para sus enemigos — dijo el francés al fin, suspirando y con las manos en alto. — No soy ningún traidor, pero alguien tiene que poner a prueba a esos espíritus a ver si son tan útiles como dicen ser. Que se conozcan a sí mismos con una pelea para poder ayudarse mejor, no son Servants por nada. Aunque yo quería una buena primera impresión — se lamentó, — a veces con solo mi aspecto no basta.

— Una estrategia estúpida — apuntó Benjamin, — no solo juegas con la confianza de tus aliados, sino que incluso tu Servant ni siquiera puede pelear en esas condiciones. No olvidemos tampoco que no solo ellos pueden luchar y ver qué tan útil es el otro.

— ¿Escucho una amenaza? — preguntó Philippe con más diversión en la cara y una sonrisa blanca mayor que la primera. — Eso sería un problema, yo no soy un mago. ¿Cómo podría enfrentarme a uno?

— ¡Suficiente ustedes dos! Nadie está aquí para pelearnos entre nosotros. — Con la mirada todavía cargada de veneno, Galya se volteó en dirección a Philippe ahora, con una sola intención. — Dile a Archer que se deje de estupideces ahora mismo. Me importa una mierda si tienes que usar un Sello de Comando para hacérselo entender pero no voy a consentir que el enemigo sepa nuestra ubicación si a los Servants se les da por hacer un escándalo.

— Es un duelo de espadas, ¿qué escándalo van a hacer? Saber tiene todo mi permiso de cortarle la lengua si se pone peor. Una inversión, por como veo ahora. Son sus manos lo que necesito.

— ¡¿Qué es eso sobre mi lengua, idiota?!

— Además no crea ni por un segundo que me he olvidado de los indeseables que nos rodean — prosiguió el francés. — Archer podrá haber mostrado una debilidad esta noche, pero es algo bueno, mejor ahora que ante el enemigo. Nosotros no podemos permitirnos tal bravura, pero no es obstáculo para nuestra supervivencia.

Para entonces, sombras negras poblaron los alrededores del aeropuerto, o al menos eso fue lo que creyeron notar los demás. Sombras humanoides, de todos los tamaños y sexos, en gran cantidad y todas armadas por igual. No se acercaron ni dispararon, pero no era necesario que no lo hicieran para que pudieran reconocer en ellos la presencia de aliados. Aunque no quitaba tampoco la intranquilidad en ojos americanos y soviéticos. Claro que Philippe Rouxel acabaría muerto si ellos así lo querían, pero las sombras.. demasiadas para contar, quizás toda la ciudad para lo que sabían. Sí estaba clara una cosa, mago y civil muere igual ante una bala.

— De no ser por ese viejo borracho hoy sería igual que ellos. Al final resulta que brillo ahora, y por eso genero sombras. No busco enemistarme con ustedes, pues compartimos un mismo objetivo, pero es importante que le muestre a la noche mi amor. Solo conozco una forma de expresarlo, lamentablemente.

La segunda risa que llamó la atención de Philippe fue la que provino del propio Saber. Dos ínfimas carcajadas apenas, pero carentes de todo eso que había escuchado en la de Galya

horas atrás. Reía con el alma, este viejo, y cuando se vieron otra vez, el francés notó que volvía a encontrar la cordialidad en su semblante. Y también algo más.

— Cómo me arrepiento de nunca haber visitado esta ciudad. No sabía que los parisinos tuvieran tan envidiable amor por su patria. ¡Cómo no emocionarme yo, que visité tierras extranjeras luchando por la patria de otros! Lo siento, Master, Galya, pero este hombre me ha convencido. Su Servant estará ahogándose por la mano de Baco en este momento, pero no este pueblo. Este pueblo quiere otra cosa para beber hoy.

Sin esperar protesta alguna, Saber aceptó la invitación, veloz como un relámpago, fuerte como un toro embistiendo. Las dos espadas colisionaron, provocando un destello plateado tras el impacto, un eco que reverberó durante un interminable segundo. En el cielo de la noche, ni la luna quiso perderse el combate, y su gran ojo blanco brilló con deleite mientras seguía los movimientos de los luchadores. Para estar alcoholizado, Archer demostraba una eficacia con el dao que no había podido con el arco. Esto no era tan extraño. En tiempos antiguos no era infrecuente la ingesta de alcohol para nutrir de fuerza y valentía al soldado. En más de una ocasión era la razón de la masacre y la falta de piedad, ayudaba a disipar la culpa. A cada golpe, Archer reía y se tambaleaba a la vez, pero el cuerpo de Saber retrocedía inevitablemente cuando el arma enemiga se le acercaba demasiado. Fantasmas viejos eran los dos, pero había una diferencia física. Saber acertó cada uno de los tajos que hizo, y sin duda su enemigo ya tendría que estar muerto sobre el suelo, aún perdiendo sangre. Pero Archer no tenía piel mortal, aunque sí una armadura verde que parecía estar cubierta de esmeraldas. No gritaba, no gruñía. El dolor había escapado de su cuerpo tanto como el casco que cayó con violencia al suelo cuando su cabeza fue alcanzada por el filo asesino del sable de Saber. La melena blanca y salvaje expuesta ahora, bailando un vals de batalla.

Tiene sangre en la cara, logró distinguir Philippe no sin cierta dificultad. Ese golpe le hizo un corte en toda la jodida frente y el maldito no puede borrarse la sonrisa. Lo que es peor es que estos desgraciados no buscan matarse, eso lo saben bien.

— ¿No decías que mi Servant no podía luchar? Pues mira eso, ¿alguna vez habías visto a dos viejos pelear así? — preguntó a Benjamin, quien no podía sacarle los ojos de encima a las imágenes que captaba. Vio al chico cerrar las manos con fuerza.

— Baco ha ahogado a más hombres que Neptuno, se corregiría Saber. ¿Y qué dios ahoga a estos dos?

— Eso lo sabes bien — respondió con una risa.

— Esto es una locura — agregó Galya. Por primera vez aparentaba la edad que tenía, la de una chiquilla insignificante ante los poderes superiores, por encima de toda magia. — Una locura y una estupidez. No es entre ellos con quien deben luchar.

— Pues ve a decírselo entonces. Por mi parte es algo que deberíamos agradecer, que sacien la sed entre ellos. Una pena que sean tan pocos y destinados a ser menos todavía.

Saber cayó al suelo después de un movimiento que Archer sorprendentemente pudo intuir. O no estaba tan ebrio como parecía o la mano recordaba todo pese a los efectos. La sangre brotó por primera vez del hombro de Saber, huyendo del reciente agujero del tamaño de una pelota de tenis en el poncho gris. El rojo no tardando en hacerse paso entre el oro de la camisa. Un segundo y peor corte habría nacido en su cuerpo de no ser porque lograra levantarse rápidamente para bloquear con el sable la arrolladora fuerza del dao. Durante un momento ambos Servants se mantuvieron así, en un nuevo duelo de voluntad, buscando

derribar al otro con la mera fuerza de sus cuerpos. La ebria sonrisa de Archer apestando a alcohol, la media sonrisa de su contrincante, todo dignidad pero tan dispuesto a ensuciarse cuando las quejas de la espada destruían su porte. No solo el cuerpo de Archer era ajeno a las afiladas caricias, pronto hasta el digno viejo recibió más de una herida. No frenó de ninguna manera la contundencia de su mano no obstante. Buscando puntos flojos, presionando en los que ya tenía. Como respuesta, la mano de Archer se vio limitada más a defender que a contraatacar, y era ahora quien retrocedía ante el avance del sable. Cada vez que lograba esquivar o ignorar el golpe, su estrategia se leía claramente para la infinidad de ojos testigos que rodeaban la carnicería. Archer no perdía el tiempo buscando aperturas que el oponente dejara sin darse cuenta; prefería construirlas él mismo.

Cuando lo vi usar el arco en el Palacio Borbón pensé que sería el tipo de Servant que priorizaría la paciencia y el golpe certero ante todo lo demás. Pero es sostener esa espada y convertirse en alguien completamente diferente.

Así se mantuvieron ambos Servants, distintos y tan similares a la vez. Chocando y cortando, chocando y cortando durante horas, días. Solamente pararon cuando sintieron que no podían cortar ya más nada. Sable y dao, dao y sable, cayeron al suelo con tal impacto que los espectadores podrían haber esperado que dejaran una gran grieta sobre la arena de cemento. Sus dueños no cayeron, sin embargo. Se mantuvieron de pie, jadeando, sudando, sangrando, sonriendo. Qué importaba que la derrota de las armas no fuera suficiente para destruir de terror el suelo, los corazones de todos aquellos estaban lo suficientemente rotos para su gusto.

Philippe se acercó entonces, aplaudiendo con energía, brillante de júbilo y orgullo. No solo estos espíritus habían puesto a prueba sus expectativas, las habían reducido a minúsculas trizas. Lejos quedaba el enfado con su Servant, ahora le palmeaba el hombro y lo felicitaba. Genuinos cumplidos tuvo también para Saber, que aceptó con modestia. Este casualmente arrojó el poncho al suelo, visiblemente arrepentido de no haber pensado en sacárselo antes. Benjamin llegó a su lado, y aunque seguía sin compartir los mismos sentimientos que el otro Master, no le era nada sencillo esconder el orgullo por su espíritu, tan hábil de mente como de espada.

— Que venga ese Lancer cuando quiera — decía Philippe entre sonrisas, — si esto fue un mero entrenamiento imagínate cómo será cuando les toque ponerse serios.

— No hables antes de tiempo — respondió Benjamin, acordándose de su primer batalla con Saber en Súzda. — Según la información de Alik Makiri, irónicamente nuestros Servants son los que menos tiempo llevan en este mundo. Todos los demás tienen más experiencia.

— Tenía entendido que eso no te impidió ganarle a Lancer.

— Bueno, fue un breve intercambio de golpes nada más. Ninguno llegó a luchar en serio. Sé que no es invencible, pero me preocupa mucho más el Master.

— ¿Varduzzi? Antes me preocupa un mono con magia antes que Varduzzi — dijo Galya. — Mi padre se enfrentó a él una vez, antes de que tuviera su precioso Lancer. Me dijo que solo perdonó su vida porque quería que alguien le contara al *führer* Adelfried lo que pasaba si insistía con la invasión a nuestro país.

Ya veo que lo contó a los fineses también. Ahora entiendo por qué dijo que se encargaría de él. Quiere corregir los errores de su padre.

— Ahora que los Servants ya tuvieron su aparentemente necesario combate sugiero que descansen — continuó ella. — Ni bien recibamos confirmación de la llegada de Lancer, atacaremos.

— Hay algo que quiero preguntar, — dijo Philippe. En su mente una de las dos preguntas a las que más deseaba una respuesta. Archer aún no le había contestado la primera, pero quiso creer que el mago americano recién llegado podría ofrecerle la respuesta a la otra. — ¿Qué sabes del tal Ruler?

La expresión de sorpresa de Benjamin sumado a su repentino silencio le hizo creer a Philippe que definitivamente no se había equivocado con las sospechas. Sabía también que Benjamin no estaba en una posición en la que pudiera mantenerse callado. Hasta el semblante de Galya cambió, incómoda, vulnerable.

— Así que sabes sobre eso — habló el americano al fin. — Claro, tendrías que hacerlo, eres un Master ahora y Ruler se presenta ante todos ellos. Si hay algo que realmente no sé, es lo que tiene que ver consigo. Lo vi solo una vez, cuando Saber fue invocado. Me explicó mis responsabilidades como Master, y a lo que de verdad tendría que estar concentrándome como uno.

— Un emisario del Santo Grial, dijo ser cuando lo vi tras pactar con Archer. Un octavo Servant. Aunque sin Master, al parecer. Este tal Santo Grial es lo que buscan, ¿verdad? Un artefacto que se le dará al último de ellos en pie, capaz de conceder cualquier deseo. Supongo que a eso se refería Ruler con lo de realmente concentrarse en lo importante.

— Esta guerra que tienen ustedes los humanos es asunto suyo — agregó Saber tajantemente. — Pero decidimos ayudarlos con ella siempre y cuando se recuerde que nosotros los Servants tenemos nuestras propias batallas, a las que ustedes ofrecerán su asistencia. Si tomo en cuenta que este conflicto humano lleva ya seis largos años y recién ahora los dos últimos Servants han sido convocados, no puedo encontrar muchas razones que me hagan pensar que Ruler se encuentra complacido con ello. O el propio Grial.

— Tendrán que esperar — la voz de Galya había recuperado la energía de siempre, y no se molestaba en disimularlo. — Mientras tengan pie en este mundo, jugarán con nuestras reglas. Su precioso deseo será recompensa suficiente por su trabajo una vez esté terminado, pero no antes.

Y entonces toda alianza se romperá. Qué mal gusto el nombre usado para denominar a quienes se oponen al Eje. Vio a su alrededor. Las sombras seguían allí, aunque cada vez menos, dándose por satisfechas con lo que habían presenciado. Aunque pronto estarían pidiendo más, sabía Philippe. Galya, Benjamin, Saber y también el propio Archer los vio como sombras también. No nacidas de su mano, pero rodeando su propia luz. ¿Cuánto hasta que decidieran apagarle? La noche repentinamente se le hizo lo más terrorífico que conocía en la vida.

PENTAPHOBIA

QUARTA: DESPUÉS DE LA TORMENTA

Seguía lloviendo mientras los sanitarios subían a la ambulancia el cuerpo de Blanca. Diego miraba la escena desde la puerta, medio ausente a las preguntas que le hacía el gordo inspector.

—Entonces, ¿usted no vio a esa niña?

—Ya le he dicho que no, y mi mujer no me explicó gran cosa: la bañó, le dio de cenar y la acostó en la habitación pequeña. Oiga, ¿de verdad cree que una niña pequeña tiene tanta fuerza como para estrangular a un adulto sin que este se defienda? ¿No cree que me habría despertado con el alboroto?

El inspector se rascó la nuca.

—Sinceramente, no sé qué pensar, esta casa me da escalofríos, no sé cómo se atrevieron a comprarla.

Ante la mirada interrogante de Diego, el hombre se explicó:

—Verá, no soy de creer en historias de fantasmas y esas cosas, pero lo que sucedió aquí deja a cualquiera con mal cuerpo: los antiguos propietarios fueron encontrados una mañana con los cuerpos cosidos a puñaladas. De su hija de ocho años y una amiga de la niña que se había quedado a dormir no se encontró ni rastro.

El marido de la difunta arqueó las cejas y se empezó a interesar por lo que le decía el inspector.

—¿Un secuestro con asesinato?

—Ambas puertas, la de la entrada y la de la cocina, estaban cerradas con llave, nunca fueron forzadas, y las ventanas, como puede ver, tienen barrotes, es imposible entrar por ninguna de ellas.

—¿Y cómo encontraron los cuerpos?

—Los padres de la niña invitada al venir a buscarla vieron un rastro de sangre que salía por la puerta y llamaron enseguida a la policía.

—¿Puede ser que le abrieran la puerta al asesino?

Uno de los sanitarios se acercó a Diego, interrumpiendo así la conversación. Debían llevarse a Blanca al depósito para hacerle la autopsia. El inspector, a su vez, le dijo que debía acompañarle a comisaría: pese a la mala reputación de la casa, él seguía siendo el principal sospechoso.

La lluvia había cesado. Estaba anocheciendo y Diego seguía en la comisaría pues no podían descartar nada. Sin embargo, varios agentes se habían quedado vigilando la propiedad por si aparecía alguien sospechoso. Dos policías colocaron su coche cerca de las barreras de la entrada, a doscientos metros de la casa, mientras otros dos hacían guardia en la puerta de la entrada y de la cocina respectivamente. Además, cuatro más peinaron tanto el interior como los alrededores, pues cabía la posibilidad de que la persona que había matado a la mujer siguiera todavía cerca de la finca.

—Empiezo a pensar que esta casa está embrujada —dijo el copiloto del coche, un hombre con algo de sobrepeso, a su compañero.

—Vamos, Tomás, no me digas que crees en fantasmas.

—Te lo digo en serio, ¿sabes que hace justo un año de la muerte de los anteriores propietarios? Y justamente el mismo día a la misma hora muere la nueva dueña.

—Te digo que es pura coincidencia, cierra el pico ya, cagueta.

Los agentes guardaron silencio. Lo único que se escuchaba era el viento agitando los árboles y un perro aullando y ladrando a lo lejos.

—Oye, ahora que caigo —volvió a decir Tomás—, esa familia, ¿no tenía un perro?

—¿La primera? Sí, tenían un perro grande y negro, como un labrador. Pero tampoco lo encontraron después del incidente.

—Quieres decir, ¿como ese?

El hombre señaló al otro lado del camino, con una mirada aterrada. Su compañero miró hacia el lugar y lanzó una expresión de sorpresa: medio escondido entre los hierbajos parecía encontrarse la silueta de un perro. El conductor encendió los faros para iluminar lo que les estaba mirando: un enorme perro negro de ojos brillantes que les enseñaba los colmillos. Al verse iluminado, el animal se puso a ladrar con desesperación mientras parecía tirar de una cadena invisible que le impedía correr hasta ellos.

Los dos hombres se miraron, el copiloto asustado y el otro intrigado. Tanto, que decidió coger su arma y salir del coche para acercarse al animal. Su compañero tardó varios segundos en decidirse si quedarse solo en el coche o ir bajo la imaginaria protección del otro agente. Al final lo siguió, con la mano temblorosa acariciando la pistola.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Pero si es el perro desaparecido. Vamos, grandullón, tranquilo, nadie va a hacerte daño —iba diciendo el valiente policía mientras se acercaba con cautela al animal.

—Tío, Jaime, vámonos de aquí, esto no me gusta.

Jaime hizo oídos sordos y se acercó más al perro, que a su vez iba retrocediendo con cautela, sin dejar de gruñir a los indeseados.

—¡Eh, vosotros!

Una voz femenina detrás de la pareja de agentes los sobresaltó a los tres, y el perro aprovechó para escabullirse por entre los árboles.

Jaime y Tomás se giraron para encontrarse con una compañera suya.

—¡Maldita sea, Julia! —exclamó Jaime dando una patada a una piedra—. ¡Lo has espantado!

—¿A quién? —preguntó la mujer, acercándose.

—¡Al perro desaparecido! ¡Estaba ahí! —explicó señalando el lugar.

Julia los adelantó y se acercó tranquilamente al lugar indicado. Pese a tener la luz de los faros del coche cogió su linterna, iluminó la zona y se puso de cuclillas para inspeccionar.

—Chicos, con la lluvia ha quedado el suelo embarrado, pero no hay pisadas de ninguna clase. ¿Seguro que no os lo habéis imaginado?

—¿Los dos? De haberlo visto solo el miedica de Tomás lo creería, pero yo también lo he visto.

El aludido le lanzó una mirada asesina, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, Jaime tenía razón, era un miedica.

—El inspector ha llamado para que abandonemos el lugar —explicó la mujer mientras se levantaba y comprobaba que los matojos estaban intactos—. No hemos encontrado señales de ningún atacante, y el marido de la asesinada tenía restos de piel bajo las uñas, así que será acusado de asesinato.

Los dos agentes se sorprendieron.

—Pero a esa mujer la asfixiaron sin dejar marcas, ¿cómo es posible? —preguntó Tomás acercándose a su compañera.

—Al parecer, el forense encontró arañazos que pasaron desapercibidos en un primer momento. Aquí no hay nada, vámonos —añadió, dando la explicación por concluida.

Se dieron los tres la vuelta para regresar al coche, pero se quedaron paralizados. Delante de ellos, a unos cuatro metros, iluminado por los faros del coche, volvía a estar el perro negro. Pero no estaba solo. A su lado, sujetándolo por una correa, había una niña de unos ocho años, de pelo corto, vestida con un pijama sucio y lleno de barro. Les dirigía una mirada severa, casi espeluznante.

—Tenéis que iros antes de que sea tarde. Si ella os encuentra os matará como hizo conmigo.

Jaime sacudió la cabeza como para alejar cualquier miedo e hizo ademán de acercarse a la niña, pero a los dos pasos se detuvo: la pequeña tenía una gran herida abierta en la cabeza, como si se hubiera dado un golpe mortal.

—Joder... —fue lo único que logró articular.

—Tú... ¿Eres una de las dos niñas desaparecidas? —susurró Julia.

—E-e-esto... Esto ti-tiene que ser una broma —tartamudeó Jaime, mirando a su alrededor en busca de una cámara oculta o de compañeros escondidos esperando para burlarse—. Seguro que es una broma de Ana.

—Ella los mató —susurró la extraña—. Tenéis que iros, está loca, ¡os va a matar!

—¿Ella los mató? ¿A tus padres?

El viento ululó más fuerte de lo normal. La niña giró la cabeza bruscamente, asustada.

—Ya viene... ¡Marchaos!

La extraña y el perro se alejaron del trío, corriendo hacia el interior de la finca. Julia frunció el ceño y decidió seguirla. Jaime echó también a correr detrás de ella.

—Eh... ¡Ey! ¡Esperad! —exclamó Tomás, más rezagado.

Julia siguió corriendo, sin quitar la vista y la luz de la linterna de la niña. Mientras corría, como buena policía, no dejaba de observar los alrededores, por lo que no le pasó desapercibido un dato curioso: ni la niña ni el perro dejaban huellas en el suelo.

Al girar la curva del camino que daba a la casa, perdieron de vista a la pequeña. Allí solo había árboles, la casa y los dos agentes que hacían guardia en la entrada de la misma.

—¿Dónde está? ¿Dónde ha ido? —preguntó la mujer, dirigiendo el haz de luz por todo el alrededor, buscando algún indicio de la niña o el perro.

—Era un fantasma... -murmuró Tomás.

Esta vez, ninguno de los otros dos le contradijo. Al fin y al cabo, todos habían sido testigos de la ausencia de huellas pese a estar la tierra mojada.

—Ah... ¡Allí! —exclamó Jaime señalando hacia el bosquecillo del interior de la finca. A pesar de no ver nada fuera de lo común, los demás confiaron en la intuición del hombre y corrieron todos hacia el lugar señalado.

—Si nosotros ya hemos peinado esta zona y no había nada... —dijo Julia, mientras buscaban algún indicio por entre los árboles.

—¡Allí hay algo! —Tomás señaló detrás de unos matorrales.

Se acercaron los tres con cautela donde indicaba el hombre y se quedaron parados: la lluvia, traviesa, había golpeado con fuerza el lugar hasta llevarse la tierra con ella y dejar al descubierto lo que parecía el rostro de una persona medio enterrado.

Julia se acercó al cadáver para comprobar que, efectivamente, era la misma niña que les había avisado antes.

—Tomás, llama a los demás...

—Vaya, vaya.

Una voz los sorprendió. Los tres se giraron lentamente, aterrorizados.

—Así que habéis descubierto mi pequeño secretito...

Los tres policías seguían mirando aquella visión espeluznante sin poder mediar palabra. Efectivamente, tras las palabras de la niña fantasma y el posterior descubrimiento de su cuerpo, los tres eran conscientes de lo que realmente sucedió en aquella casa un año atrás.

De pronto, una bandada de pájaros, que dormían tranquilamente sobre los árboles de alrededor, echó a volar.

N/A: la última entrega tendrá un formato especial.

STAR WARS

LOS MISTERIOS DE LA FUERZA

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana....

Episodio X

STAR WARS: LOS MISTERIOS DE LA FUERZA

TIEMPOS DIFÍCILES SE AVECINAN PARA LA CONVERGENCIA GALÁCTICA. UNA SERIE DE ATENTADOS PERPETRADOS POR “LA RESISTENCIA A LA CONVERGENCIA” Y EL HABER PERDIDO ALGUNOS SISTEMAS HACE QUE MUCHOS CUESTIONEN LA VALÍA DEL NUEVO GOBIERNO GALÁCTICO.

EL TEMOR Y LA INSEGURIDAD SE APODERAN DE LA GALAXIA, VIENDO RESURGIR PEQUEÑOS GRUPOS DE AFINES A LOS ANTIGUOS IDEALES DE LA REPÚBLICA O DEL IMPERIO, PROVOCANDO CONFLICTOS QUE ALIMENTAN, MÁS SI CABE, LA INESTABILIDAD Y LAS ANSIAS DE GUERRA. ARMADOS POR AGENTES MISTERIOSOS, LAS VÍCTIMAS YA SE CUENTAN POR MILLONES.

ATERRORIZADO Y SUPERADO POR LA ADVERSIDAD, EL PRESIDENTE ELECTO HA ENVIADO A UNA PARTIDA DE CABALLEROS JEDI, GUARDIANES Y PROTECTORES DE LA CONVERGENCIA, A NEGOCIAR UN NUEVO TRATADO CON VARIOS GOBERNANTES, FRUSTRADOS Y ASUSTADOS ANTE LOS FUNESTOS ACONTECIMIENTOS QUE SE SUCEDEN A LO LARGO DEL COSMOS. LOS DISCÍPULOS DE REY, LA MAESTRA JEDI QUE SALVÓ LA GALAXIA, SON LA ÚNICA ESPERANZA PARA MANTENER LA PAZ Y LA SEGURIDAD EN LA CONVERGENCIA Y MÁS ALLÁ...

Capítulo 1 – Vacío

El Vacío siempre encogía su corazón. Tanta oscuridad, tanta inmensidad, tanta ausencia de vida...podía pasar absorta, con la mirada perdida en la nada, durante horas. Aquel territorio, el más grande de todos, estaba desprovisto de vitalidad, inteligencia, sentimientos...de la Fuerza, aquella energía creada por las cosas vivientes y que mantenía unida la galaxia. Realmente en aquel Vacío sí había Fuerza, rastros de seres poderosos de antaño y del presente, ecos que resonaban por todas partes como señales. No eran más que eso, recuerdos o avisos, nada propio de aquel páramo desolado, el cual se limitaba a ser una estación de paso entre planeta y planeta, entre sistema y sistema...

—¡Maestros, Caballeros y Padawans! —Una voz distorsionada, la del piloto, se podía escuchar a lo largo de la sala principal— ¡Hemos llegado al punto de encuentro! ¡Prepárense para salir del Hiperespacio y aterrizar!

Los quince Jedi que iban en aquella nave empezaron a moverse agitadamente, ya fuese para colocarse en sus asientos o irrumpir en la cabina del piloto y ver en primera fila el satélite Covenant, lugar donde charlarían y negociarían con más de cien gobernantes de diversos planetas y sistemas acerca de lo mucho que les beneficiaría seguir unidos a la Convergencia. Realizar una reunión de tamaño calibre en persona y arriesgando muchas vidas importantes era, según el Presidente Electo, una forma de demostrar que la Convergencia podía proteger cualquier vida en cualquier momento. “Paz, Prosperidad y Seguridad” era su lema, y no dejaría de defenderlo a pesar de la ola creciente de detractores que estaba surgiendo.

Sin embargo, a Hertz no le hacía ninguna gracia aquel plan, el cual consideraba absurdo y poco menos que un suicidio. Aquella reunión tan grande e importante sería un dulce caramelo para los terroristas, colectivo que había crecido en poder en los últimos años y ya había protagonizado incidentes muy sonados: el desastre minero de Kessel, la incineración de varios mausoleos del Antiguo Imperio, la destrucción total del planeta Corulag...desastres que poco a poco habían ido minando el crédito de la Convergencia, y parecía que el Presidente Electo quería seguir tocando fondo.

—Mi querida Padawan... —Antes de poder girarse siquiera, un golpe seco había impactado contra su cabeza, dejándole una marca muy dolorosa—...la misma que nunca presta atención al presente —Continuó, riendo acto seguido.

—Maldita sea, maestro —Aquel golpe le había dejado huella— Estoy con la vista en el aquí y ahora, prestando atención a todo lo que me rodea.

—¿Y por qué sigues aquí y no has ido a ver el satélite?

—No me apetece. Es un simple satélite.

—Sí y no —Irrumpía otra voz, más aguda y aterciopelada que la del Maestro Kai. Ambos se giraron y vieron al Maestro Jedi y miembro del Consejo Biel Valorum. Su alta presencia, larga cabellera gris y su porte de aristócrata intimidaban bastante— Bien es cierto que es un satélite como otro cualquiera, y no se diferencia mucho de otros en los que he estado— Mientras hablaba, se sentaba en el hueco libre de los asientos que rodeaban aquella pequeña mesa con vistas al exterior de la nave— Pero la historia de este es muy particular.

—Estaremos muy agradecidos si nos la cuenta, Maestro Valorum —Decía el Maestro Kai, hablando como de costumbre en nombre de los dos.

—¿Cuál es esa historia...? —Un leve codazo impactó en una de sus costillas, captando el mensaje—¿...Maestro Valorum?

—Pareces una Padawan de armas tomar, joven Hertz Lyrae —El hecho de que dijese su nombre completo provocó que se ruborizase— Pues la historia de este satélite, cuyo verdadero nombre es Yavin IV...

Conocía esa historia. Alianza Rebelde, el Imperio, Luke Skywalker, Leia Organa, Han Solo... grandes historias que le contaban sus padres a sus hijos, grandes héroes que habían luchado por la Convergencia. Mucha controversia había sobre ellos, sobretodo acerca de si habrían apoyado a la misma Convergencia. Muchos extremistas y veteranos de la extinta Resistencia consideraban que ellos jamás habrían aceptado el Tratado que volvió a unir a la galaxia, mientras otros señalaban que Rey, la causante de aquello, había sido instruida por los héroes de la rebelión, lo que les hacía cómplices del nuevo orden.

—Sabes mucho, joven —La voz de Valorum interrumpió sus pensamientos. Levantó la cabeza y pudo ver a los Jedi de rango superior mirándola fijamente— Y piensas demasiado sobre ello.

—Solo...reflexiono, Maestro.

—Y eso es bueno —El maestro Valorum acercó su mano a la frente de Hertz, quién se mantenía tensa, no sabiendo que pretendía— Pero hay momentos en los que hay que aparcarse la reflexión y, simplemente, dejar que la Fuerza te guíe —Sus dedos índice y corazón tocaron la frente de Hertz, notando poco después como su cabeza se inclinaba hacia atrás— Mantén la cabeza alta y firme.

Un aviso por megafonía les indicaba que iban a aterrizar. Intentando que no la vieran, la Padawan ojeó la ventana más próxima, viendo un paisaje muy verde, con un extenso bosque y varias construcciones de bastante antigüedad. Le recordaba a su planeta, aunque un poco más monótono y con el ruidoso y aparatoso tráfico de las distintas naves que llegaban a los distintos espaciopuertos repartidos por todo el satélite. Al voltear la cabeza, pudo ver como su maestro mostraba su dentadura canina y no podía evitar reír.

En cuanto la nave se posó sobre la superficie del satélite, todo el comando Jedi salió de la nave y se dirigió a saludar de manera protocolaria a los demás asistentes. Mientras el Maestro Valorum, representante de mayor grado de la Orden, y el Maestro Kai, entre otros, charlaban amistosamente con seres repletos de lujos y poder, que caminaban y hablaban siendo conscientes de su poder, Hertz seguía maravillándose con todo lo que se encontraba en aquel lugar tan emblemático. Caminando sin rumbo, pudo ver algo...

“Un cazador estelar X-Wing T-65B”

Una de las míticas naves usadas por la Alianza Rebelde se encontraba delante de sus narices, sin vigilancia de ningún tipo. Aprovechando un despiste de sus maestros, se dirigió al hangar donde se encontraba el caza. Nada más llegar, pegó un salto con la Fuerza para situarse en la cabina del piloto y empezar a recordar cómo, de pequeña, soñaba con ser una audaz piloto que derribase naves como lo hacía el General Poe Dameron o consiguiese hacer el Corredor de Kessel en menos de doce pársecs como el contrabandista Han Solo y su fiel camarada wookiee Chewbacca.

A pesar de que aquel era un sueño recurrente y muy ansiado, sus aptitudes para manejar cualquier clase de nave eran desastrosas. En las prácticas de vuelo de la Academia, sus numerosos accidentes le conllevaron el convertirse en Padawan sin permitírsele ser piloto y el sobrenombre de “Calamity Lyranae”. Cuando cogía los mandos de una nave, todo iba demasiado rápido y la cantidad de decisiones que debía tomar la sobrepasaban por completo. Muchos se preguntaban cómo era posible que una Jedi, con unos reflejos más allá de aquellos que poseían los no sensibles a la Fuerza, no pudiese pilotar una simple nave. Ella tampoco lo entendía.

—¿Te diviertes? —El Maestro Kai volvía a sorprenderla, mirándola con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—Lo siento, Maestro.

—Cálmate, anda —Reclamó con su sonrisa abierta de siempre— La reunión va a empezar, tenemos que ir —Hertz no pudo evitar poner cara de hastío mientras salía de la nave— Cuando acabe esta aburrida reunión, algunos Jedi aprovecharemos para hacer práctica con el

sable. Solo nos quedan unas horas para eso, sé paciente —Le decía mientras le guiñaba un ojo y le ponía una de sus manos peludas en la cabeza.

Aunque fuese un maestro estricto y con un gusto hacia la política y el espionaje opuesto al suyo, no creía que pudiese tener a nadie mejor como guía en los caminos y en los misterios de la Fuerza. Amable, paciente, paternal...la había aceptado a pesar de ser la Jedi graduada con la peor nota media de la historia de la Academia. No le importaron las nulas aptitudes en vuelo, su mediocre estilo para el combate con sable láser, su pobre conexión con la Fuerza...Poco de eso le había importado cuando la eligió. Muchas veces le preguntó que le había llevado a escogerla a ella, evitando siempre la respuesta.

A pesar de echar de menos su planeta y el hecho de que en la Academia lo había pasado muy mal por culpa de sus compañeros y de sus profesores, que la escogiese y entrenase había conseguido hacerla más feliz que cualquier otro futuro que le hubiese deparado la Fuerza. El ser una Jedi había sido su sueño desde que la mandaron a Coruscant para ser la primera de su pueblo en ser instruida en las Artes Jedi, y la misión que le habían encomendado. Poder cumplirla y representar con orgullo a los suyos era algo increíble.

Sin embargo, una melancolía solía invadirla constantemente. Aunque ya era aquello que tanto ansiaba, no le agradaba nada lo que eso conllevaba. Protección, espionaje, asesinato... todo al servicio de gobernantes que prometían a su pueblo una cosa y luego hacían otra, pues en el fondo solo servían a los intereses de las empresas multisistema, los del partido o facción que representasen o los suyos propios. Incluso los mismos Jedi mostraban signos de egoísmo, violencia, arrogancia...todo lo contrario a lo que le habían contado de pequeña.

Sentía un vacío interior que se agrandaba conforme pasaban los días, los meses, los años... un vacío que absorbía sus sentimientos, su autoestima y su felicidad, lo que al final le impedía disfrutar de las lecciones del Maestro Kai y realizar las misiones con perfecta ejecución. Disfrutaba con la compañía con la compañía del maestro, pero cada vez discutían más y se divertían menos, y últimamente no sacaba nada en claro de aquellos conflictos.

La entrada a la base donde iba a tener lugar la reunión se presentaba ante ellos. Antes de cruzarla, Hertz miró a los alrededores, viendo a muchos de los invitados que aún no habían ocupado sus asientos. Observó el cielo, viendo un cuerpo terrestre bastante imponente: Yavin Prime, el planeta sobre el que orbitaba aquel satélite. Era increíble que un diminuto satélite tuviese mucha más relevancia histórica que el planeta sobre el que giraba...

La reunión se sucedía como era de esperar, de manera aburrida y con una batalla de egos que impedía que el debate avanzase rápido. Unos reclamaban más seguridad, otros más créditos, más provisiones de armas, que el planeta vecino fuese invadido...y algunos ya dormían, ajenos a lo importante que aquello. Hertz podía entenderlos perfectamente, había estado a punto de hacerlo lo mismo dos veces si el Maestro Kai no la hubiese golpeado discretamente en las costillas.

—Maestro...

—¿Qué ocurre?

—Necesito tomar el aire.

—Tienes cinco minutos. No tardes.

Poder salir de aquella cárcel de politiquero y chanchullos, aunque fuese por un rato, era un regalo de la Fuerza. En cuanto estuvo fuera del campo de visión de gobernantes, representantes de la Convergencia y compañeros Jedi, empezó a corretear hasta encontrar la salida y respirar aire limpio. En cuanto dio un paso fuera, notó algo extraño. Se sintió mucho más pesada de lo habitual y se mareó por un momento, recuperando la compostura poco después. Vio que a su lado estaba un compañero Jedi, el que había quedado encargado de vigilar el lugar.

—¿Te encuentras bien, Lyrae?

—Sí, Aak, no te preocupes —El Gran miraba al suelo, buscando algo— No he tropezado con nada.

—¿Qué ha sido entonces?

—Pues no lo sé, ha salido salir y... —Mirando a todos lados, vio algo que la dejó anonadada y sin palabras. Cuando notó que el Jedi Gran le tocaba el brazo, pudo volver en sí— Joder.

—¿Qué ocurre?

—Mira al cielo —Juraba que, cuando volvió a mirar al cielo, la sensación se había más fuerte, aunque aún no confiaba del todo en aquello que estaba viendo— Yavin Prime...

—Está mucho más grande —Confirmó el Gran.



CAPÍTULO 1: EL COMIENZO DE UNA HEROÍNA

La historia comienza en la prefectura de Aichi, durante las vacaciones de primavera. Una joven de quince años, pelo negro y atado en una coleta, y ojos negros realiza unas compras en un supermercado ayudando a una mujer de pelo negro y largo hasta la mitad de la espalda, y con algunas arrugas viéndose en las zonas cercanas a los ojos, éstos de color marrón. La joven lleva una ropa de calle compuesta en una blusa azul de cuello alto con una falda y unos zapatos a juego; y la mujer viste una camisa algo holgada y marrón, una falda azul claro y zapatos marrón claro.

—¿Así está bien, mamá? —pregunta la joven cargando con algunas bolsas blancas que contienen la compra de comida, como indican las marcas de las bolsas.

—Sí, gracias hija —dice sonriendo la mujer, llevando unas pocas bolsas más.

La joven que le sonríe a su madre es Yaoyorozu Momo, una de las miles de millones de personas que conforman el ochenta por ciento de la población mundial en haber nacido con un Quirk, o superpoder como también lo llaman. Momo es alguien muy dada a ayudar a su familia en los quehaceres del hogar, y que siempre ayuda en lo que puede a sus compañeros. Y eso es posible porque su Quirk es uno bastante poderoso: tener la capacidad de crear, a partir de cualquier parte de su piel, cualquier material no vivo del que conozca bien su estructura.

—Una pena que la comida no pueda crearla —dice Momo con un pequeño pesar, recordando que a los siete años cuando intentó crear un pollo frito, como sorpresa para sus padres, pero no le salía por mucho que lo intentase. Y lo mismo ocurría con los libros cuando fue por primera vez al colegio—. Al menos nos ahorramos algo en cosas como refrescos y patatas de bolsa.

—Esas cosas no hacen bien a tu cuerpo, hija. Tienen azúcar y otros productos químicos.

—Mamá, un poco de esa comida de vez en cuando no le hará daño a nadie —dice Momo riéndose un poco.

Al llegar a su casa, se puede ver que en realidad es una gran mansión de mármol blanco y lujosas estatuas de decoración preciosas. Una fuente hay en la esquina derecha de la mansión y se ve que el césped está bien cortado, la verja de hierro negro se abre sin realizar ningún

sonido, dejando entrar a las chicas hasta la puerta de su hogar, con un hombre enfrente de la misma.

—Bienvenidas, señoritas Yaoyorozu —dice un mayordomo inclinándose con respeto nada más ver a la familia salir del coche. Tiene una edad cercana a los setenta años, tiene el pelo canoso, va vestido elegante, es ligeramente pequeño y tiene un rostro apacible.

—Muchas gracias Uchimura-san —dice la mujer sonriendo, el mayordomo llamado Uchimura coge algunas bolsas, y algunas sirvientas el resto de la compra. Todos entran en la mansión tras pasar por la puerta hasta una sala bien iluminada y con lujosos detalles en las paredes, también el techo cuenta con una lámpara de araña y un sillón cómodo y de color marrón oscuro, en donde se ve a un hombre leer el periódico.

—Cariño, ya estamos en casa —dice la mujer, se ve que el hombre va con una camisa negra y una chaqueta marrón encima, pantalones marrones y mocasines negros. El hombre saluda a las chicas con un beso en los labios para la mujer y uno en la frente para Momo.

Ese hombre se llama Yaoyorozu Hiro, y aunque es un Quirkless, una persona sin un Quirk, sus dotes en la bolsa son envidiables pues cuando tenía dieciocho años empezó con una humilde casa y recién emancipado, y llegó a ganar tanto como para tener una gran mansión en Japón en un año.

—¿Qué tal todo? —pregunta el hombre con una sonrisa.

—Vimos por una televisión como Mount Lady derrotaba a un villano en plena costa de Japón —dice Momo con una sonrisa—. Fue increíble.

—Me alegra oír eso —dice Hiro, sonriendo—. Tenemos suerte de que hayan tantos héroes para sentirnos más seguros, y con el nacimiento de más gente con Quirk y las academias, se respira paz la mayoría del tiempo.

—Aún les queda un largo camino por recorrer —dice Momo, su madre mira al marido con una sonrisa, y el hombre asiente.

—Hija, sabes que yo siempre quiero lo mejor para ti, ¿verdad?

—Pues sí, ¿por? —pregunta Momo, algo confundida por la repentina pregunta de su padre. El hombre le da un sobre blanco, la joven lo abre y lee la carta. Nada más leer el nombre de la Academia Yūei, Momo abre los ojos sorprendida.

—Hija, espero que te guste, he hablado con el director de tu escuela para que te recomiende a la Academia Yūei —dice Hiro, sonriendo junto a su mujer—. Apuesto a que no lo imaginabas, ¿verdad?

—No... la verdad es que no —dice la chica sonriendo, y leyendo la carta. En ella dicen que recibieron la carta de agradecimiento del director de su escuela junto con las notas académicas, así como el nombramiento de las diversas ocasiones en que el Quirk de creación evitó accidentes, como la vez que Momo creó un pequeño flotador salvavidas para sacar a un compañero que se ahogaba durante una excursión a la playa principal de Japón—. Siempre consigues hacer algo inesperado para sorprenderme.

—Todo sea por mi hija —dice el hombre dándole a Momo, de nuevo, un beso en la frente.

—Tenemos mucho tiempo para comprarte un uniforme y buscar los libros —dice la mujer con una tierna sonrisa, y Momo niega con una sonrisa en el rostro.

—Puedo ayudaros creando la ropa, para ello voy a necesitar información para ello —dice Momo con una sonrisa dulce.

—No vas a dejar que nos gastemos nada siempre que puedas, ¿eh? —pregunta la mujer con una sonrisa y revolviéndole el pelo a Momo—. Pero no admito un no por respuesta, iremos a comprar, ¿de acuerdo?

—Está bien, está bien —dice Momo sonriendo—. Dejo la carta y voy a poner la mesa, ¿de acuerdo? —tras la pregunta y su afirmativa respuesta de parte de sus padres, Momo sube a su cuarto donde los lujos son también bastante notables: una cama bien hecha: estanterías con unas cuantas matryoshkas adornándola, pósters de heroínas en algunas paredes y sobretodo libros sobre herrería, manipulación y creación de objetos... Todo para intentar mejorar como se pueda el Quirk de creación. Y aun con todo eso le es muy complicado todavía, pudiendo crear unas pocas cosas—. ¡Si, si, voy a la Yūei! —sin contenerse Momo salta de alegría, abrazando la carta que aún tiene en la mano. Se calma, deja la carta en la mesilla y baja a colocar la mesa.

Ya en la mesa, la familia come y charla sobre las cosas que pueden pasar. Sobre los libros y ropa que había que comprar dijo que en la carta ya había una lista, y sobre los nuevos compañeros admitió estar nerviosa porque no sabía lo que podría haber.

Momo sabía que la Yūei es famosa por crear héroes increíbles, y sobre todo porque fue la que tiene en su historia la graduación del héroe número uno y el Símbolo de Paz actual, All Might. Un héroe con una gran base de fans en su clase, y de casi todo el instituto en sí. Si supieran que ella iría a la Yūei, algunos de los más fervientes fans del gran héroe llorarían a mares, de eso está segura.

Momo está nerviosa, y mucho. Ha pasado el mes de las vacaciones de primavera hasta ahora, trece de abril, y ya tenía todo preparado: los libros para aprender sobre las clases, la cartera para llevarlos y los utensilios necesarios; todo ello comprado por sus padres aun con sus pequeñas súplicas en tono de broma para que ella se encargue de eso. También se pidió en una hoja cómo quería tener su traje de heroína, y solo tenía en mente tres cosas: enciclopedias, un lugar donde tenerlas y un traje abierto para sacar más cosas de su cuerpo.

Se acerca a las puertas metálicas que darán inicio a los terrenos de la academia, con unos pocos alumnos más en la entrada. Sabiendo que es raro que la Yūei acepte recomendaciones a menos que seas un genio solo hay cuatro personas, contándose ella misma, que pudieron saltarse el examen práctico e ingresar directamente. Su vista se fija en un chico de cabello corto, pero con una mitad blanca y la otra roja; también la heterocromía que hace que uno de sus ojos sea verde y el otro sea azul, y la cicatriz de quemadura de su parte izquierda fueron lo que más le llamó la atención a la chica.

—"Una cicatriz..." —piensa Momo, rememorando algo—. "¿Qué es lo que le habrá ocurrido?" —Momo rápidamente se niega a sí misma varias veces. No porque le diera cosa ver la cicatriz, sino porque piensa que preguntar sobre algo así sin venir a cuento es una falta de respeto—. "Creo que debería empezar con un saludo" —Momo se arma de valor, sabiendo que ayudaría mucho la primera impresión—. Esto, hola —dice Momo llamando la atención del joven de pelo bicolor. El chico la mira.

—¿Sí? —es la única pregunta que da el chico, Momo carraspea un poco aclarándose las ideas.

—Mi nombre es Yaoyorozu Momo —dice Momo con amabilidad y le tiende la mano. El chico solo mira, sin mostrar ningún sentimiento en su rostro que ayude a que Momo pueda descifrar algo—. Un placer conocerle, espero nos veremos varias veces.

—Todoroki Shōto —dice el joven, con seriedad—. Lo mismo digo —dice simplemente en respuesta a lo último dicho por Momo, las puertas metálicas empiezan poco a poco a chirriar al abrirse—. Nos vemos —dice pasando con otros alumnos adentro.

Momo se queda unos segundos mirando la fachada del gran edificio, y rememorando parte de su niñez.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Momo, cuando tenía siete años, al ver el enorme edificio de la academia Yūei. Es uno de los días que su madre la traía de su escuela y pasan por ahí durante el camino de vuelta a casa.

—Esa es la Academia Yūei. Allí la gente con Quirk aprende a controlarlos mejor para volverse héroes y ayudar a la gente.

—¿Ayudar a la gente? —preguntó Momo mirándose la mano y sacando una barra de plástico de la misma, luego mira a su madre—. ¿Mi poder hará mucho bien?

—Por supuesto, habrá cosas que solo tú puedas hacer —dice su madre sonriendo, Momo la mira con una gran sonrisa.

—¡Yo quiero ayudarlos a todos! ¡A ti, a papá, a todo el mundo! Estudiaré un montón y seré una heroína con mucha inteligencia y fuerza.

—Es muy prestigiosa, así que deberás esforzarte mucho para poder entrar.

—¡Sí! ¡Lo haré!

Momo sonríe al rememorar ese agradable hecho, mirando las puertas.

—"Quien iba a pensar que estaría aquí, ¿eh?"

Las puertas metálicas de la Academia Yūei se abren al completo, sacando a Momo de sus pensamientos. Con el primer paso de Momo en el recinto de la mayor y más prestigiosa academia de héroes, es así como comienza su historia.

ONE SHOT: “ESTELA”

El crepitar de las innumerables gotas contra el cristal del autobús hizo que emergiera del sueño a la vigilia. El angosto silencio aprisionaba mi pecho haciendo que me costase inhalar aquellos que iban a ser mis últimos suspiros. Los pocos pasajeros que nos encontrábamos sentados en aquellos sillones viejos, maltrechos y con un fuerte hedor nauseabundo nos invitaban aún más con los brazos abiertos alejarnos de todo aquello que íbamos a dejar atrás.

Mi reflejo se mostraba intermitente cuando el oscuro cielo de la noche embotado de nubarrones furiosos descargaban su ira contra el mundo. Apenas duraba unas milésimas de segundo pero eran suficiente como para mostrar lo hundida que se hallaban las cuencas de mis ojos. Los fogonazos que emitía los truenos palidecían aun más mi rostro albino. La inquietud y la incertidumbre con frecuencia escalaba por mi espalda, recorría mis entrañas o discutía en mi cabeza y como resultado las hormigas de mi estómago iban trasportando poco a poco unas náuseas que iban trepándome por la garganta. La ropa aún continuaba mojada y me dolían los huesos de tanto tiritar. La sangre de mis dedos; manos y pies, dudosamente debían de circular puesto hacía más de dos horas que había dejado de sentirlos y me ardían a causa del frío que habían acumulado durante todo el trayecto desde casa. Al mirar el asiento vacío de mi derecha solo avisté la única pertenencia que llevaba conmigo, un viejo candil, antiguo regalo que me había dejado mi difunto abuelo en su lecho de muerte y que conservaba la calidez propia de las llamas, cuales abrazaban mi alma con un amor incalculable. Nadie hablaba, nadie cruzaba palabra alguna. No existía razón para articular o expresar alguna emoción hacia nuestros semejantes en aquel habitáculo rodante.

El asfalto de la carretera había terminado su periplo dando paso a un accidentado camino poblado de pequeñas rocas puntiagudas que empujaban con vigor al vehículo tambaleándolo de un lado a otro. Me aferraba al sillón con todas las fuerzas que me quedaban para no salir despedido, cada movimiento producía un doloroso chasquido a mis huesos.

El autobús se detuvo sin razón aparente, todos los allí presentes nos levantamos de nuestros respectivos asientos y caminamos hacia aquellos peldaños de la puerta que nos conducían al exterior. No miré atrás, no me despedí del conductor, simplemente caminé entre la espesa niebla que nos envolvía a todos nosotros con aquel manto fantasmagórico que encharcaba nuestros pulmones. Las puertas se cerraron a nuestras espaldas y cuando quise darme cuenta el vehículo había desaparecido de entre la densa bruma, ni tan siquiera quedaba el rastro de las llantas por donde había circulado.

Inhalé todo el aire que pude y lo retuve en mis pulmones hasta haber calmado los nervios, aunque aún me temblaban las manos. Anduve junto a los que aún podía distinguir entre la penumbra. La hierba mojada por el mismo ambiente encharcaba mis viejas botas calándome los pies. La helada brisa susurrada por las ramas de los colosales arboles de los alrededores acariciaban las partes de mi cuerpo que permanecían al descubierto. La soledad que emanaba del lugar me producía sentimientos contradictorios, sentimientos plácidos y serenos por una parte y desgarradores por otra. Cuando me quise dar cuenta ya me hallaba envuelto completamente en las entrañas de aquella vegetación tan abrumadora que nos acogía con vigor hallándonos en el bosque donde cada uno de nosotros; impuestos por una meta, decidimos fielmente a cumplir.

Los minutos pasaban, al menos era lo que imaginaba ya que nos era imposible deducir la hora exacta por aquellas adversas situaciones atmosféricas. Uno de nosotros pegó un brinco asustado y contagiando al resto; aunque no nos esperábamos lo contrario, la sorpresa nos esperaba agazapada entre la maleza. Allí encontramos una grotesca experiencia. La descomposición, el hedor y la cantidad de moscas que revoloteaban sin rumbo a su alrededor nos quitaba el aliento. Una de las chicas tuvo que salir corriendo y esconderse tras un arbusto para seguidamente vomitar todo cuanto aún conservase en el estómago. No es que fuese a necesitar tenerlo lleno allí a donde nos dirigíamos pero nunca es placentero la sensación de mareo, náuseas, debilidad que se produce al estar expuesto a un largo período de hambruna.

Un muchacho de más o menos mi edad aparentemente decidió por cuenta propia separarse del grupo, sentarse en un árbol y sacar de su mochila unos afilados utensilios para colocarlo en la fría hierba mojada. Siguió indagando en sus pertenencias. Lo segundo que reveló fue un cuenco hondo de plástico con la típica pinta de barreño casero para meter los pies., por último de la cantimplora que llevaba colgada sobre el hombro vertió su contenido dentro.

Todos sabíamos lo que iba a hacer, todos hicimos caso omiso de la situación, todos guardamos el mismo silencio prosiguiendo nuestro camino. Sentía como me ardía el pecho al imaginarme la situación que acto seguido borraba instantáneamente de la mente para protegerme. Aunque el horror paralizaba mis músculos y el miedo manipulara mis pasos, desde la lejanía volteé la cabeza durante una fracción de segundo y lo único que grabó mi cerebro en mis retinas fue la imagen del chico con las manos metidas en el barreño.

Sin tan siquiera darme cuenta, la vista se me nubló, no encontraba la forma de satisfacer la sed de mis pulmones y mis piernas flaquearon haciéndome caer sobre la mullida superficie húmeda que nos rodeaba a todos. Mi mano por cuenta propia buscó ayuda pero nadie hizo acoplo de asistirme, excepto una chica. Se acercó, me observó contemplativa mientras dudaba como socorrerme y tras unos instantes buscó en su pequeño macuto que llevaba colgado del hombro un pequeño recipiente con agua que inmediatamente me dio de beber. El líquido fue bajando por mi garganta como un torrente frío que revitalizaba mi cuerpo con nuevas fuerzas salvándome así de un posible colapso.

Cuando fui capaz de volver a incorporarme sobre el terreno intenté agradecer la ayuda pero ésta negó tres veces con la cabeza y con un rápido y silencioso movimiento se marchó como si sus pies tuvieran las almohadillas de unos gatos. No perdí más tiempo y proseguí por la estela de la senda que me aguardaba.

Un sonoro crujido retumbó por todo el bosque haciendo graznar a las incontables aves que pululaban por el hábitat. Una rama crujía en lo alto de un árbol y luego silencio, mas silencio. Un poco más adelante una silueta captó mi atención y la seguí con la mirada, dificultosamente a causa de la niebla. La silueta trotó sorteando los obstáculos hasta llegar a lo que parecía una especie de lago y allí se zambulló sin contemplaciones. Pasaron los minutos hasta que al cabo de un buen rato sin hacer el menor ruido, la silueta arrastrada por la corriente en la superficie del lago chocó contra la orilla.

En la lejanía una tenue luz arrastró mi atención. Un pequeño faro brillaba dentro de toda esta espesa niebla, allí entre la maleza el candil que había olvidado en el autobús iluminaba una pequeña circunferencia en la hierba. Tras acercarme e introducirme en el halo luminoso

focalicé un punto en concreto a la vera del instrumento. Aquello que vi, desde lo más profundo de mi corazón, no me extrajo ninguna empatía. No sentía pena, "¿por qué?" me preguntaba sin lograr hallar más que incertidumbre.

"¿Cuándo había terminado?"

"¿Cómo ocurrió exactamente?"

He de suponer que ya no importaba lo más mínimo. Nadie iba a echarme de menos, nadie iba a recordarme más allá de una posible estela en un periódico.

Pero irónicamente no sentía remordimientos, estaba en paz. Una paz que jamás había experimentado. Se acabaron los abusos, los insultos, las agresiones. Por fin tras muchos años de agonía podía relajarme, cerrar los ojos y dejarme llevar por la corriente sin preocuparme de nada.

"¿Huir?"

No pensaba eso, simplemente no podía calificar lo que me rodeaba como tal. Había zafado aquel huracán que me despojaba a jirones de mi humanidad.

"Nubes"

Finalmente podía observarlas con total tranquilidad. Jamás pude contemplar tal belleza. Los rayos de sol que penetraban en ellos produciendo aquellos juegos de luces y sombras me arrojaban una cantidad de emociones que no podía sostener convirtiéndose en lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. Cada visión que recogía era digna de enmarcar, la divinidad que me trasmitía endulzaba los resquicios de mi ser y al fin pude alzar la vista orgulloso, sereno y con decisión, suspiré y afirmé...

"Todos merecemos *vivir*"



GRACIAS POR LEERNOS!

El proyecto "*Monthly NU Jump*" tiene como objetivo principal reunir aquellas historias que los usuarios deseen compartir con los lectores agrupadas en un sólo sitio

¿TE GUSTARÍA PARTICIPAR?

Todos aquellos escritores que tengan intenciones de comprometerse a brindar una historia en los plazos establecidos para las publicaciones, podéis hacerlo, ¡visitad el hilo de la Monthly NU Jump en nuestro subforo de **Fanfics** para más información!

¡SÉ TAMBIÉN PROTAGONISTA EN LA NUVIÑETA!

¿Tienes un guión gracioso que te gustaría que fuese publicado a modo de NUviñeta? ¡Anímate! Pásate por nuestro subforo de **Diseño Gráfico Y Multimedia** para más información.